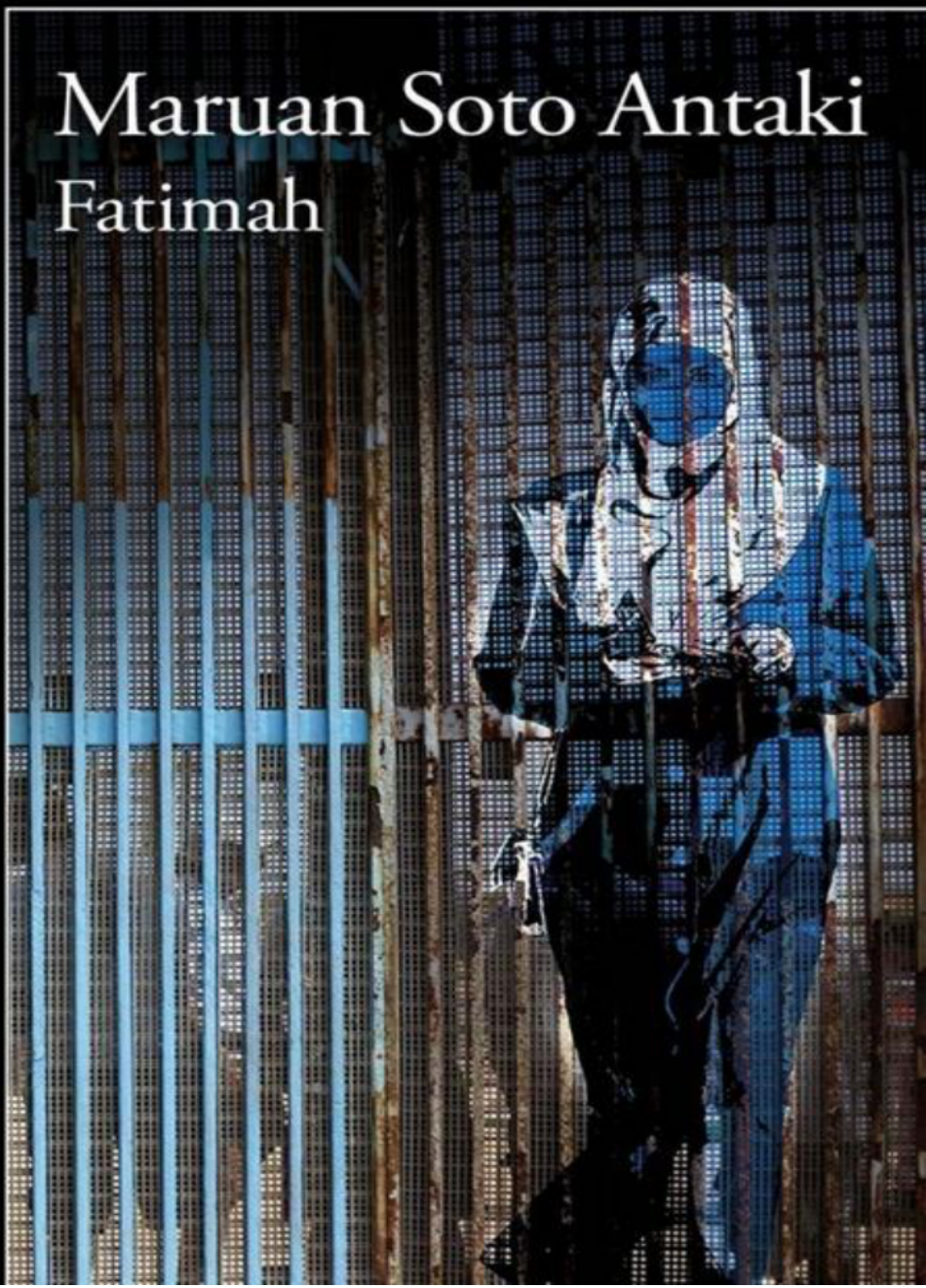
ALFAGUARA

Maruan Soto Antaki

Fatimah



Narrativa Hispánica

ALFAGUARA

Maruan Soto Antaki

Fatimah

Narrativa Hispánica

Maruan Soto Antaki

Fatimah

ALFAGUARA

A Ramón Córdoba. Capitán.

El luto no está prohibido, sabes.

SIMIN DANESHVAR

Las memorias tienen forma de independizarse de la realidad que evocan.

AZAR NAFISI

یک

yek

Muhsin Najafi. Mi madre es americana y nació en Teherán. No, no lo digas. No a menos de que te pregunten. Aunque nunca preguntan lo que ya saben. Sólo te llevan a responder lo que para ellos será una confesión que confirme sus sospechas o abra las que no tienen.

En las fronteras, las sospechas no dependen de razones para existir. Algunas sí, sin duda. La mayoría, no.

Quizá no debas decir más que su nombre, Fatimah.

Atención. Pronuncia ese nombre sólo si vale la pena.

¿Mi padre? Tariq Najafi. Nació en el Juzestán, pero cruzó la frontera para estudiar en Najaf. Todos somos americanos. Aquí está mi pasaporte. También mi licencia.

No, no. De Irán, vinieron de Irán. No soy de origen iraquí.

Mi abuelo era árabe, de Najaf. Por irse al seminario, a mi padre le llamaban Tariq el iraquí. Para molestarlo en la infinita dualidad de su amor y odio al país. Dice que se lo han recordado a lo largo de su vida muchos árabes de la diáspora sunní, o la de los judíos árabes de Alepo, o los cristianos árabes de Damasco. A mí sólo cuando fui adolescente. Los chicos de la escuela se confundían entre el lugar de mis padres y el lugar donde estudió *baba.* La tierra de su familia.

Se casaron en San Francisco. Eran amigos desde niños. Ella era niña, él adolescente.

Muhsin, es probable que en el escritorio de migración no te pregunten nada.

Tal vez sean los temores heredados de ambos. También, puede que sea lo que hacen ciertos países con los que somos de ahí pero nunca terminamos por serlo. Porque no siempre se puede. Porque no siempre nos dejan y muchas otras veces no dejamos.

Quizá sea el puesto fronterizo, la salida de Tijuana o la entrada a San Ysidro, los que despojan de identidades mientras dan distintas que pertenecen a las mismas personas. Todas preparándose para segundos de incertidumbre que impregnan sus ánimos y dejan ánimos respirables a largas distancias, desde antes de la entrada del Chaparral.

Es la resaca de una embriaguez permanente e inconclusa, a la que nos sumergimos desde el inicio del *Muslim Ban*.

Antes, ya éramos: ellos.

Quienes tenemos relación con siete países dejamos de ser ciudadanos de algún lado.

Desde el día en que se firmó la orden presidencial, pasamos a ser: ésos.

Los de Siria, los de Irán, de Irak. Los de Libia, Yemen, Sudán y Somalia.

Somos ésos, los que no pueden entrar. Aunque seamos de adentro.

Dijeron que era para los de afuera, en el país donde todos son de afuera. Insistieron en que no era sobre musulmanes. Aprovecharon la relación con los sauditas para justificarse.

No importó si nuestros padres habían llegado hace cuarenta años. Si nacimos en California o en Florida hace treinta. Si nuestra escuela fue pública o los negocios familiares pagan los impuestos puntualmente. Las miradas de quienes aplaudían la orden ejecutiva eran de cuidado y de miedo. Muchos de los que la rechazaron nos tuvieron lástima. En el campus nos defendieron, como defendieron a la generación que estudió en la década de los ochenta, pero la defensa que nos protegió recordó lo vulnerable.

A los que llegaron no los dejaron entrar, aun cuando su desesperación ya había sido vista kilómetros atrás. A los de adentro nos recordaron que seguimos siendo de lejos. Somos de un lejos que sus ojos siempre verán con juicio.

Es la preparación. Adiestramiento de la consciencia de que un día, el pasado se hará presente y no perdonará lo que uno no cometió. Uno lo encarna.

En esta parte del mundo, después de ver la playa con sus rejas, se llegan a entender los extremos de cierta naturaleza. Queriendo ser postales de ella, un vendedor ambulante me ofreció la fotografía de dos meñiques tocándose a través de los orificios en el muro entre México y Estados Unidos. El único contacto que le queda a una familia separada. Se abrazaban a través de los barrotes. A los barrotes les colocaron una malla.

Al crecer, los niños de un lado o del otro ya no tienen espacio para sus pulgares o para los índices. Apenas cabe el dedo pequeño. Incluso al envejecer ya no crece. Los juntan cada que se los permite la *Custom Border*. Cada que el azar permite recordar que alguien extraña a un padre, a una madre o a un hermano.

Antes de verse y tocarse se pueden acostumbrar a la ausencia.

Sus relaciones son frágiles. De ahí se sostienen.

En la curva de la calle que lleva a la zona de Playas me di cuenta de la hora y esperé bebiendo una botella de agua. Tomé refugio del sol en la tienda con techo de paja que está a la orilla de la acera.

Y si los meñiques no me bastaron para entender, es porque durante unos instantes olvidé las reglas del juego. El chofer del taxi que me trajo de la playa a la frontera fue claro.

Sin haber tenido tiempo de abandonar el barrio donde me recogió, el chofer mostró aquello que antes escuché de amigos de mis padres llegados en las dos migraciones forzadas. La de quienes salieron de

Irán en la revolución del setenta y nueve, y la de quienes migraron a Irán tras el arribo de Saddam en Irak y poco a poco huyeron para venir a América o probar suerte en Europa. El espíritu equivalente a las contradicciones en aquellos nacionalistas de antes de la revolución de los ayatolas, cuando los conformes con el Shah se quejaban de que los palestinos se fueran a vivir allá. Cuando los americanos cuidaban las reacciones de los israelíes por lo que no ocurría en Israel. Idéntico al de los nacionalistas de después, enojados con los palestinos de Fatah porque no le permitían a Teherán sentirse cómoda con los palestinos de Hamas. Parecidos entre las multitudes que cambiaron de sujetos para construir frases similares a partir de sus temores y la búsqueda de seguridades.

Las conveniencias de estar tan podridos se huelen en Medio Oriente, en Persia y en América.

De Playas a la frontera se ven varias Tijuanas. La carretera es tan rápida como lo que pasa a sus lados. Mucha de la gente en la parte alta de California, los que no han bajado, imaginan que el muro es recto. Estoy casi seguro de que la mayor parte de la gente en los dos lados se ha hecho a esa idea. Desde la ventana del auto, hay un punto en que se llega a dudar del extremo en que uno se encuentra. Hasta que se vuelve a entrar a la ciudad.

Un grupo de tres adolescentes se acerca al taxi para limpiar el parabrisas en la esquina previa al puesto fronterizo. La garita.

Qué sencillo es imponer el estigma de la frontera, en cualquier frontera. Visten como los hermanos menores de mis amigos. Sus movimientos darían la impresión de ser una coreografía previamente ensayada. La única práctica es la de la supervivencia.

—Deberían llevarse a los centroamericanos a otro lado. Con ellos, a los gringos les da miedo venir a nuestros *tables* —afirma el conductor sin dejar de observarme por el retrovisor.

Que yo le entendiera al chofer era lo de menos. Que nuestros ojos se cruzaran en el reflejo fue un simple trámite. Apretó sus manos sobre el volante. Presume un detector de nacionalidades infalible. Cada que alguien presume es muy probable que se esté equivocando.

No pude contestarle nada. No supe cómo. Tampoco es que él estuviera esperando que lo hiciera.

Fui tan irrelevante que, al descender, no le extrañó mi falta de agradecimiento. Mucho menos mi despedida en un español atropellado. Todo el trayecto no pasé de ser el gringo que va de regreso.

Creí que podría cruzar más temprano. Pasé demasiado tiempo viendo a la gente tomándose fotos con sus teléfonos en el muro que va

entrando al mar. La sensación es extraña. Sin razón única y determinada para ser admirables, los ojos se fijan en las pinturas que se han trazado de barrote a barrote para ser vistas de lejos. Uno ve los colores, se maravilla por ellos y, simultáneamente, resiente el peso de algo que no debería de estar ahí. De una barrera cargada de símbolos de todas las pizcas que nos permiten despreciarnos y maravillarnos.

Odié el muro. No pude evitar pasmarme frente a él. Traté de entender cómo se convive con su presencia. Cómo juegan los niños en la arena mientras las sombras van extendiéndose sobre las olas. Esas sombras, las verdaderas. Cómo hacen ejercicio los que practican en el gimnasio callejero que se construyó a unos metros de la pared de tubos oxidados. Cómo mirar todos los días un recordatorio de que aquí no es allá, y a que allá se van muchos en incontables despedidas.

Si marco a mis amigos para avisar que ya voy de regreso, Uthman reclamará por haber tenido que responder en mi lugar los correos de la universidad. Pidió viajar conmigo para no repetir la sorpresa de hace unos meses, cuando sin decirme se inscribió a la misma maestría que cursamos Amri y yo.

Los demás aceptaron mi exigencia de ir solo. Espero hayan entendido por qué me negué a su compañía.

Amri, a quien las responsabilidades se le resbalan como aceite de oliva, dirá que se hizo cargo de lo que no se ocupó Uthman. Abul Qasim, siempre presumiendo su relación con los decanos, mejor que la de cualquier otro de nosotros, estará feliz por escucharme y me recordará que debí pedirle a él lo que fue complicado para Uthman y para Amri. Hasan al-Samarri me reclamará por no enviarle una foto en la entrada de la garita. Quería enviársela a sus tíos y a su madre para preocuparlos porque estoy aquí. Todavía disfruta angustiarlos. Sobre todo, desde lo de su padre. Tiene demasiada confianza en su pasaporte.

A ella, a Sofía, ya no tengo razón para hablarle. O si tengo razones son mías, ella no las tiene para contestarme.

No hay a qué tomarle foto. Se ve que nadie saca dinero del cajero al interior del edificio de entrada. Las teclas están limpias y la pantalla llena de polvo. El torniquete, vigilado por policías mexicanos que no voltean a ver a ninguna de las personas cruzando. Su amistad debe ser más profunda que el turno. Dividen en dos pedazos una tira de chicle que el menos joven sacó de la bolsa en el pecho de su camisa. Lo retiró de su envoltorio, tiró el papel metalizado al piso. Tiene un basurero a dos pasos.

Acaso, algunos, americanos o no, los saludan entre murmullos, pero ambos apenas responden con un ademán y vuelven a platicar

entre ellos. El mismo gesto les permite ignorar a los que están afuera de la puerta, en la plancha de concreto, esperando a la nada porque la esperanza también se acaba, allá en la banqueta a la que llegan los taxis y donde los padres más ricos que la mayoría depositan a sus hijos para que crucen camino a una escuela privada.

Ahí donde están los que aguardan, caminan quienes los hacen invisibles. Locales o de cualquier lado, piensan que no hacen gran cosa. Aguardar es algo que jamás debe minimizarse.

Ésos que terminaron en ese lugar por su propio pie, cansados de caminar desde muy lejos, no tienen posibilidades de cruzar la entrada. No tienen pasaporte, ni tarjeta, ni papel más que el del cigarro que alguien les dio porque se lo pidieron al verlo prender uno. Después del puente ya nadie fuma. Atrás del torniquete se dan las últimas bocanadas.

Nadie se fija en las gigantescas letras que anuncian el nombre de México en una simultánea bienvenida y adiós. Dos viejos recargados en la equis voltearon en cuanto abrí mi cajetilla. El celofán se quedó pegado entre mis dedos. Es la estática.

Migrantes. Hay una pinta inconfundible en el migrante a quien le han interrumpido el migrar. Mi encendedor tardó en encender por el viento. Daría la impresión de que en esta parte de la ciudad siempre sopla con mayor fuerza. Al segundo chispazo, el hombre de la equis se levantó y apoyó en la barda. Había perdido el equilibrio por la velocidad de su impulso.

Él, y supongo que se trata de su mujer, han dado forma al par de bolsas sobre las que estaban recostados. Almohada y refugio. Imagino, llenas de ropa.

Cuando mi madre migró tuvo suerte. La dejaron llevarse una maleta. Sus padres empacaron por ella. No metieron ni un solo objeto personal que le recordara el lugar del que huía. Eso creyeron. Si tan sólo se hubieran dado cuenta de que hasta la tela más insignificante se convierte en instrumento de memoria al abandonar una vida.

Frente a ella y a espaldas de sus hermanas, destruyeron aquellos artilugios del recuerdo por los que podría querer volver. Los marcos de fotos, las cadenas de oro que le obsequiaron en varios cumpleaños, los discos de treinta y tres, el cuaderno con los teléfonos de sus amigos.

Nunca quiso volver. Jamás extrañó los objetos. Su memoria es el dolor de sus hermanas y la decisión de sus padres.

Sostuve el filtro entre los labios mientras el hombre se aproximó. Sólo tuvo que extender su brazo para dejarme entender qué quería. No quiso aventurarse a que hablara una lengua distinta a la suya. Con la

mano que sostenía la cajetilla saqué dos cigarros para que los tomara sin tocar el resto. Así lo hago por costumbre. Le ofrecí un tercero con mis dedos, sin rozarlo. No sé si le dé tanto asco como a mí llevarse a la boca las yemas de alguien más.

Volvió a tardar en prender la flama. Cinco chispazos y lo apresuré para que no se apagara. Se lo encendí, fumamos juntos. Hablé primero. A veces, las conversaciones entre el humo inician y transcurren con menos dificultades.

Siento mi acento tan marcado como un salón de clases y poca convivencia en la calle. A Sofía le faltaban años y a mí me faltaron años con ella. Debí hacerle caso a su insistencia por hablar español en la casa.

A los viejos los deportaron hace un par de semanas. Al menos eso dijo. En su condición el calendario es engañoso. Sus hijos viven del otro lado. Uno en San Diego y la otra en Ottawa. Sus hijos son americanos.

El hijo estaba en la casa cuando entraron a detenerlos. En cuanto logró sacar su cartera del pantalón y pudo mostrar su licencia, lo soltaron sin que sus padres tuvieran tiempo de despedirse.

Saben que para verlos de nuevo tendrían que viajar a México. Aquí estuvieron de niños por una visita de sus tíos y abuelos que, a su vez, viajaron desde el sur para conocerlos. Cuenta que en esos años se podía ir y venir sin tanto problema. A lo largo de mi infancia escuché eso.

Cuenta que les gustaba jugar con los perros callejeros. En estos días no vi ninguno. Sólo el de un hombre, de edad mediana, sin techo además de los cartones al borde del puente que lleva a la frontera. Este clima hace imposible sobrevivir sin la generosidad de un poco de agua.

Los dos viejos saben que a ellos hace mucho tiempo se les acabaron las fuerzas para atravesar de nuevo. De cualquier forma, no tienen dinero con qué pagarle al traficante, e intentarlo por sus propios medios ni siquiera alcanza a cobrar sentido.

Saben también que, si el hijo no le dijo a la hija de la deportación, ella aún debe creer que sobreviven la cocina y la sala donde se crio en San Ysidro, del otro lado del *mall*, cruzando la inmensa avenida, en el *trailer park* debajo de la escalera del puente peatonal.

Han hablado con él todos los días. No le preguntan, prefieren evitar una de las dos posibles respuestas. Así se va renunciando al pasado. Cuando hay dolor es frecuente que abdiquemos.

De mis padres aprendí lo que jamás quisieron enseñarme: no somos capaces de olvidar lo que realmente ha hecho daño. Entonces,

tenemos la enorme virtud de bloquearlo. Supongo que les ha pasado lo mismo a los viejos, han decidido renunciar al país porque les lastima pensar en él. Es curioso, a los países les damos características de individuos. Rasgos de personalidad, de afectos.

De esa forma, mis padres mataron a los que todavía no morían. A mis abuelos, a sus amigos, a su calle y a sus casas. Ninguno dejó de existir en ese extraño rincón que guarda la permanencia en la memoria. Sin embargo, tampoco volvieron a estar presentes.

El viejo fuma con prisa. El rojo nunca deja de estar vivo. Agita la mano para que lo siga, me invita a su espacio. Al acercarnos a la mujer me doy cuenta de que carga más años que su marido. También más alegría.

Insiste en que yo parezco un mexicano salido del mar.

De ahí vienen, de una costa que no ven desde hace mucho y no creen que lo harán de nuevo. Desde que los deportaron no van al mar. Para qué. Dicen. De jóvenes vivían en una casa rodeada por palmeras.

—Usted es costeño. Tiene ese pelo que nunca se moja y con su nariz jala mucho aire —al marido le entusiasmó presentármela.

Mi pelo es del negro carbón que heredé de mi madre. El que nunca sufre canas.

Tomaron a bien que me quitara la mochila de la espalda para recargarme en la equis junto a ellos. Son más pareja de lo que fuimos nosotros.

Reímos, me rasco la barba con las uñas jalando hacia arriba.

Me despedí con una palabra en árabe por la herencia obligada que jamás pedimos, pero agradecemos, otra en farsi por mis padres, y un adiós por mis nuevos amigos.

Harían mejor sus hijos en ocultarse.

Si todo pasa pronto, el ambiente será el mismo durante algún tiempo. *Baba* y *madar* me cuentan que, a principios de los ochenta, ya con los rehenes en casa, los señalamientos siguieron durante seis meses. A partir del séptimo fueron menos pero sólo porque a la gente le empezó a dar pena.

—*Yallah, azizam* —levanté mi mano. —Adiós.

La mujer sonrío. Tiene un diente roto y ennegrecido que no tardará en dar complicaciones.

De la explanada a la rampa hay apenas unos metros. Todavía del lado mexicano, el soldado al final de las escaleras respondió amablemente a mis buenas tardes.

Puede que mi acento no sea tan malo y el café de mi piel disimula bastante.

Luego del último escalón, adelanto a un grupo que camina sin

vergüenza y expele cierto orgullo en ser de los que se cruzan cada tanto para beber y comer como no lo hacen en sus hogares. Quizá algo más. Algo que el pudor me prohíbe. No vine para arrepentirme.

Nunca entendí cómo no molesta el arquetipo de la tez enrojecida, las piernas lampiñas o con unos cuantos pelos saliendo de las bermudas. El mundo silenciado por los gritos de euforia gratuita.

Camino rápido por su izquierda para alejarme.

Contrario a lo que creí, la hora es buena. El sol no pega tan fuerte y no están los estudiantes corriendo para ir a los colegios, ni tampoco los trabajadores de las tiendas o los empleados de servicios. Aunque ayer el chofer de un taxi me advirtió de los tumultos que ocasionan, y el tiempo de más que toma cruzar en las horas pico, disfruto su presencia. Verlos. Imaginar qué hacen. Cómo viven. Suponer sus historias entre dos países.

No es mala hora porque la espera será más corta.

Qué sucio está el río que se ve a la izquierda. No es el Grande ni el Bravo. Cuánta basura hay en el río Tijuana. Dos patos se las arreglan para escarbar entre los desperdicios. Causan gracia a pesar de hacer lo mismo que las ratas a su lado. Vi correr una, café más que gris. Parda. No se ve que por ahí camine la gente. Un par de bultos dan la impresión de ser casa, o cama, o bodega. Tampoco hay perros. Hasan al-Samarri aplaudiría.

Cuando entré a México no noté que el puente para regresar iba a ser así de largo. No vi que los pasos del nivel superior serían más que los del piso a la altura de la tierra.

Ni teléfonos ni cámaras. Los letreros colgados cada diez metros.

El arco de la *Revo* a la izquierda. Ahí una iglesia. Me gustó que le llamen *Revo* a la avenida de bares. No los bares. La revolución contraída.

Alguien con más prisa que yo va sacando su identificación de la cartera. Una reunión de trabajo, una entrevista. Viste traje y corbata. Hay movimientos complicados que se ven sencillos en el dominio de las rutinas. Usa una sola mano.

La altura del puente sirve para distraer el recorrido. En las filas del lado americano se ven pocos autos. Tres CBP inspeccionan una camioneta de carga. Pick up, Raptor. Blanca. Creo que tiene placas de Nevada.

Debo revisarme los lentes.

A la derecha se ve todo más limpio. Dos camiones de pasajeros esperan su turno.

Buenas tardes. Saludo a una familia de tres, con la hija, que es pequeña, jugando en la pantalla sin que nadie le dé aviso de la

prohibición. Soy malo identificando edades. Devuelven la cortesía. Los padres de la niña se hurgan entre las ropas. Mueven las manos con urgencia. Demasiada velocidad las obliga a golpearse entre sí. La madre aprieta la mirada, respira con la boca abierta. El padre dando grandes soplidos con la nariz. Son mexicanos, encuentran una tarjeta. Siguen escarbando entre sus cosas. Veo el documento, son americanos.

En verdad, el puente es largo.

Aquí arriba hay un silencio distinto a otros. Todo lo que sucede afuera apenas logra entrar con mayor fuerza que la de un eco. El caminar de la gente mezcla la prisa de saber a dónde se va, con la presión de tener que llegar y de partir. También, con la resistencia a partir y para llegar. Entre las tres, prisa, presión y resistencia, producen un viento ligero que toma direcciones opuestas y se impacta en remolinos amplificando las reverberaciones del exterior.

Si la desconfianza hace ruido así se escucha.

Tal vez sean los temores heredados. La penitencia de las líneas.

Cómo es posible no avanzar con un mínimo de miedo. Ese ligero y constante viento que abraza el no saber los finales de eventos que tampoco aparentan ser fatales. Pueden serlo.

Las aduanas y sus filas. Una interpretación tiene el poder de cambiar los planes. No es algo en lo que la modernidad haya hecho concesiones.

Éramos niños cuando en casa de Hasan al-Samarri, su padre se acercó a nosotros al darse cuenta que espiábamos a los mayores fumando el *gaylān* que cuando se descuidaban llamaban narguile.

—¿Quieren entrar a la sala? —preguntó mientras su gigantesco tamaño, barba continua hasta el vello de su pecho y pasos largos, nos fueron recluyendo hacia el cuarto que teníamos asignado durante las reuniones de los grandes y donde nos estaba permitido jugar.

—¿Están seguros de que tienen lo necesario para irse con nosotros?

Afirmamos al unísono. Nos sentó a su alrededor, en cuclillas.

—Veremos. Aquí hay una frontera. El de los adultos es un país distinto al de los niños. Yo la paso con dinero, pero soy grande. Si ustedes se suben a los hombros del otro no alcanzarán mi altura. ¿Y tú, Amri? —le preguntó sonriendo—. ¿Tú con qué pasas?

Lo que aparentó un juego contenía la crueldad del mundo entero.

—Yo paso con mi pasaporte.

—No, Amri. Con tu pasaporte no pasas. Vete al cuarto y, tal vez, te dé una segunda oportunidad. ¿Abul Qasim?, ¿con qué pasas?

—¡Yo paso la frontera con mucha comida! — gritó con la seguridad de la infancia.

—No, Abul Qasim. Tampoco pasas.

La mueca se le deshizo. Qué fácil es destruir la felicidad.

—¿Con qué pasas la frontera Muhsin? Pequeño negro.

—Yo paso la frontera con dudas, Abu Hasan.

—¡Muhsin Najafi pasa la frontera! Ahora yo la pasaré con un *shawarma*.

Abul Qasim renegó y cruzó los brazos. Ya había hecho su intento con comida y no vio razón para que un platillo tuviera más peso que su conjunto.

—Es una clave, Abul. Siempre hay una clave y quien te deja pasar es el primero en conocerla. La frontera desaparece cuando tú también sabes cuál es —le explicó en la extraña pedagogía del desastre y la resignación.

Fue el turno de Uthman.

—Yo paso la frontera en silencio —y Uthman pasó.

—Con sal —suspiré y crucé.

Abul Qasim lo intentó con furia. Falló. Amri lo consiguió en solitario.

Dicen mis padres que todos los que conocieron después de salir de Teherán o de Najaf tuvieron la misma sensación. Es el trepidar de los aeropuertos y de las aduanas, en este continente o en otro.

Allá afuera de la garita, el sobrepeso en la fragilidad debe ser infinito en quienes ni siquiera sueñan con esta plataforma de posibilidades. La fatalidad es la suya. Los viejos deportados de la entrada, los que esperan a ser expulsados. Los que caminan en el frío de la noche y bajo el sol del día. Su desierto tendrá más agua que el nuestro, la pequeña abundancia no lo hace menos desértico. No es lo inhóspito ni eterno. Azora. El de aquí o el de mis padres, cualquiera, es tanto un espacio como una condición. Esa condición es la que se hereda.

Al desierto sigo sin conocerlo. Ojalá sea mi siguiente viaje. Hay tanto que conocer en la nada.

Cómo irritan las pisadas de confianza excesiva y los manoteos de los de tez roja, a quienes sin duda saludarán y dejarán entrar con bienvenidas. O sin ellas, pero exentos de grosería.

Mientras se camina, es fácil suponer que en cierto punto del recorrido el muro está bajo los pies, pero, justo aquí, donde estoy parado, no hay manera de saberlo. Es un limbo. El tramo de la nada es breve y permite respirar. A los lados se alcanza a ver la división. Es larga. Es doble. Limpia. Es más limpia que lo que nunca estuvo el muro de la playa.

A primera vista, al final del puente es imposible saber en qué país se encuentra uno. ¿Ya habré cruzado?, ¿ya estaré en casa? Tras unos

días en Tijuana sería válido pensar que la espiral para bajar del paso elevado es mexicana. No la hicieron para ahorrar espacio. La hicieron para que, desde la primera curva en los inicios inferiores de su circunferencia, hasta la más alta —el inicio de todo es el piso; arriba, el final—, la gente se vea los unos a los otros, impacientes por quién va adelante. Sin ser ellos ni ocupar su lugar. Para que el que esté formado atrás adivine o dude, en ese primer filtro, mera exhibición de papeles, si algo le hace falta y si no es tarde para darse la media vuelta. Quizá, aún quede tiempo para adivinar la clave. Sólo que no hay media vuelta. Las flechas tienen un único sentido. La diseñaron para que, desde abajo, ahí donde una puerta de metal dice que tal vez lo logres, los CBP miren fingiendo que es la primera ocasión en que te han visto.

Si son los temores heredados, sé que aquí tengo con quien compartirlos.

La licencia, el pasaporte. La palma de una mano indica que siga adelante.

Cruzo la puerta.

Un día entraré a Teherán y la herencia habrá terminado.

دو

do

Dos filas largas. Dos clases para dirigirse a los mostradores. El galerón es grande, contiene el frío de una construcción temporal que gustó de la permanencia.

En la pared, el letrero que dicta las normas está en las dos lenguas. Asomo de cortesía que resulta insultante. Lo sería para nosotros. Para los árabes o para los persas. Una letra escrita con pinceladas dice quiénes somos. Compartimos alfabeto. Lo combinamos con tal de que suene distinto y para que seamos tan diferentes como podemos.

El temor alienta la indiferencia y es tan grande que nadie se ha atrevido a informar del error. *Gravar* con *uve* y no con *be*. ¿Qué queremos los americanos? Que no graven con sus celulares las paredes de nuestro puerto de entrada.

Mi español es mejor de lo que admito.

Esa facilidad muy nuestra para ser majaderos. ¿Cuánto tiempo tendrá ese letrero? Somos lengua y ellos también. Desde aquí los han despojado.

Debí marcarle a *mama* o a *baba* antes de entrar a la garita. También pude hacerlo antes de partir para que supieran a dónde vine. Volverían a regañarme y a afirmar que a los treinta me oculto de mis problemas como si tuviera diecisiete. Repetiría que a su edad les queda poco tiempo para perderlo en regañarme, que no tengo problemas. Habrían respondido, para eso son *baba* y *madar,* y seguirán siéndolo cuando llegue a su edad. Volverán a prometerlo: abandonarán sus preocupaciones si aún están vivos en ese momento y la tez blanca, casi translúcida de *madar*, ha dejado de arrugarse. Si las canas en la barba de *baba* han dejado de parecer un algodón de azúcar.

Habituados a las tragedias públicas, guardan mala relación con las personales. Varios de sus amigos han muerto en los últimos dos años. El padre de Hasan al-Samarri en un accidente de tráfico. La primera amiga de mi madre, antigua traductora de una compañía petrolera, debilitada por la quimioterapia más que por un cáncer linfático. El clérigo de la mezquita a la que va *baba* en San Diego. Ninguna razón aparente. Simplemente no despertó un día. Sin haber dejado de escuchar un solo día el llamado a la mezquita, la gente corrió a buscar al encargado de dirigir la oración.

Lo encontraron en su cama cuando los creyentes dejaron de escuchar el *adhan*.

Al irse muriendo, quienes los conocieron en un principio piensan que en cualquier instante será su turno. Hay detalles que se incorporan al fatalismo. Salvo Abu Hasan, cada muerto era más viejo que ellos. Sin embargo, la edad se transformó en un elemento

eludible. Lo importante es su relación y no las causas. Éstas son imponderables a los que no conviene fijar tanta atención. De encontrarse en el país viejo ocurriría lo mismo. La muerte como asunto de los vivos es capaz de excluir las razones del muerto.

Lo cercano en la temporalidad de esas muertes ha tenido distintos efectos. Se han hecho más familiares, recuperando las insistencias perdidas por la emancipación. *Baba* no perdona el retraso en mi llamada de los viernes. Espera hasta las diez de la mañana y, a falta de aviso, toma su teléfono para ver si se presentó algún problema. Antes de decirle que *madar* no tiene razón para preocuparse, ya ha inventado una serie de conflictos que me veo obligado a aclarar para tranquilizarlo. Su respiración se acelera entre los gritos que han supuesto: Amri, quien ya vive solo, tuvo un altercado por no pagar la renta a tiempo. Aunque sabe que su trabajo es estable y la beca de posgrado es generosa, desconfía tanto de su sentido de responsabilidad que, a la tercera pérdida de aliento por lo acelerado de su voz, ya está convencido de que no marqué a San Diego por tener que negociar plazos con un casero que no me corresponde y, seguramente, jamás se ha preocupado por tal eventualidad. Si voy a visitarlos, se ofende al verme sacar mi cartera para intentar pagar las cuentas de los restaurantes o de las tiendas a las que vamos por los productos que ha pedido *madar* para cocinar. Insulta a los refrigeradores de lácteos, a las granjas vendedoras de huevos sin yema, a las verduras orgánicas. Detesta el universo de comida a sobreprecios que justifican su costo en los métodos de producción. Libre pastoreo, libre de elementos que nunca le han importado, leche de semillas. Convencer a un exiliado de Irán que una gallina es susceptible al agotamiento emocional resulta sumamente complicado. Sus posibles argumentos irrebatibles.

—Cuando tengas mis años puedes invitarme —la estructura de aquella amenaza se repite en cada aspecto de la vida. Se escudaron en ella al saber de Sofía. Rechazaron que la diferencia entre nosotros era similar a la que tienen y jamás la aprobaron.

Madar tenía diecinueve al salir de Teherán, él veinticinco cuando tomó el vuelo para encontrarla. Viajó con una muda de ropa. Hoy usa un par, a pesar de tener un armario repleto y creciente porque no siempre es sencillo regalarles algo distinto a lo que les gusta y tienen probado.

Baba no tiene una buena vejez y aún no es viejo. La de *madar* llega a ser peor. Por fortuna, los episodios de la edad que todavía no se asoma tienden a ser raros a sus cincuenta y nueve. Sin embargo, replicando los usos de su marido, aunque con un carácter metafísico que no se había presentado, llegó a marcarle a Hasan a las seis de la

mañana de un domingo para informarle que vio a su padre en un sueño. Le pidió que manejara con cuidado, respetando los límites de velocidad y, siempre, con su licencia a la mano por si lo confundían con un migrante mexicano. Después dedicó veinte minutos a hablar de sus dudas hacia la niña mexicana con la que vivía su hijo. Hasan no tiene automóvil.

Les digo *baba* y *mama* para que él me escuche llamarla como llamó a mi abuela. *Baba* y *madar* porque ella siempre ha preferido que la nombre en farsi, pero para mi padre el árabe deber ser útil para repetir el préstamo de la palabra. Para hablar sobre el misericordioso. También para referirse a los mayores. Cada vez menos frecuentes a sus sesenta y cinco, pero tampoco escasos. Aunque entiende la lengua de la calle en el barrio, por mis abuelos y por los años en el seminario, con nosotros sólo habla en farsi, y si acaso deja de hacerlo, es al salir juntos de compras porque siente que los comerciantes lo observan y murmuran a sus espaldas.

La pelea entre las dos lenguas es el fantasma de la casa por el que no hicimos nuestra parte, lo que nos tocaba, para ser de ahí. Por ellas tampoco lo fuimos del viejo continente. El que es más viejo que al que aquí le dicen viejo.

Madar salió de Teherán sin querer oír una palabra en la lengua del libro. De nuestro libro. La revolución había entrado a la ciudad con sus páginas en la mano. Desde 1979 somos más bilingües de lo que habíamos sido.

A mis abuelos los abandonaron sus amigos, después de ser abandonados por la gente del Shah, la misma noche en que comenzaron a cubrirse la cabeza. Tuvieron suerte y alcanzaron a llevarla al aeropuerto.

Para *baba*, escuchar persa era recordar el dolor en las voces de los viejos en Najaf, a quienes obligaron a huir durante la purga del partido Ba'ath.

Saddam trató mal a los ayatolas de la ciudad sagrada.

De su juventud, me cuenta de la vista desde su ventana a la Mezquita de Ali, donde Jomeini llamaba a rezar mientras impartía el seminario en la época del exilio.

Después del golpe de Estado, para pasar desapercibido, a mi padre le instruyeron a sólo responder en árabe a la gente con quien se cruzaba en la calle. Medida discreta para que no lo confundieran con chií, siendo chií, en un país chiita. En la ciudad donde está la tumba del Imán, la de Adán y la de Noé. Gobernaban los sunnís.

Madar tuvo que ser migrante para enamorarse de un hombre indispuesto, como ella, a hablar la lengua que ambos detestaban. *Baba*

se enamoró de una mujer que, al saludarlo en las mañanas, como él nos pidió siempre que lo hiciéramos, le recuerda día con día el dolor del que huyó.

—*Mummy, mummy* —en la fila, la niña tras de mí llama la atención de la sala antes que la de su madre.

—Ya casi, *baby* —español para la frase e inglés al invocar. Le contesta con un *spanglish* inverso a nuestros usos de diáspora, donde el afecto se dice en la lengua de origen.

Los de tez roja han llegado y se forman a unos metros. Están en su territorio, el que comparto, frente al orden y su ley son más discretos. Cada uno en los asuntos que guardan sus pensamientos. La cartera de uno, el pasaporte de otro. El acomodo de un calcetín que ha descendido al tobillo de quien quedó rezagado. Lo jala, sacude su pie. Pregunta a su compañero por el horario de una tienda al otro lado de la frontera. Si sus pieles fueran distintas uno de ellos sería Amri, el segundo mi buen Abul Qasim y el de pies inquietos ocuparía el lugar de Hasan al-Samarri.

Si tan sólo fueran menos americanos.

Un mexicano con aires de Uthman, por lo alegre, parecido en la risa nerviosa y torpe hacia su novia, aguarda su turno en la línea de junto. Se ven relajados, sin el temor de mis manos. Ellos se las dan y cruzan los dedos. Ríen. Esperan. Avanzan y no alcanzo a escuchar de qué hablan. Por la edad deben llevar poco tiempo juntos. A los años que aparentan, no más de veinte, todos son pocos. Soy malo dando edades.

Como si fueran mucho menores que yo.

Rondan esa edad en la que uno apenas se ve a sí mismo como un pequeño adulto, y todavía conserva el espíritu de una adolescencia con la que se cree que lo que hace sentir bien impondrá su esencia sobre el resto de las cosas. Ingenuidad, seguramente.

Todas las relaciones son un castillo de cartas. Hay cartas más resistentes, sin duda, pero cartas al fin. Con su fragilidad y necesidad insoportable de equilibrio para sostenerse unas a otras. Castillos que tienden a interpretar lo que se mantiene de pie por una especie de condición azarosa que, al mismo tiempo, pide una exactitud si no forzada, tan endeble como cualquier artefacto sostenido por unos cuantos hilos.

De los muchos mostradores sólo cuatro están en servicio. Son dobles. Ocho en total. El oficial a cargo del último, al fondo a la izquierda, señala su cubículo. La llama en la voz de amabilidad autoritaria que indica no sólo el lugar al que se deben dirigir, también el carácter del interlocutor.

Hombre robusto, de aspecto hispano como todos, salvo dos de sus compañeros. Uno que no parece mostrar origen claro. Podría ser de ningún lado. La oficial restante es mujer. Negra. Cada uno viste un chaleco antibalas de gratuidad imponente. La camisa, azul oscuro de mangas cortas. Radio colgando a la izquierda del pecho por encima de la placa metálica. Al otro lado una identificación bordada con las siglas CBP y un subtexto que los identifica como oficiales federales de trabajo de campo. Con tantas plumas en los compartimentos dispuestos para ello, queda pensar que las colocaron para no dejar vacíos los espacios o bien, alguno de sus portadores tendrá la ilusión de aumentar con el plástico de bolígrafos, la madera de los lápices, y la tinta de marcadores permanentes, la resistencia a los impactos que aquí no recibirá su vestimenta.

Al sentarse, los chalecos antibalas les suben unos centímetros por los torsos. La ortopedia involuntaria de unas armaduras.

Adelanta la novia cual recepción de iglesia. Pasa frente al resto de nosotros, no dirige su mirada a ninguno. Tampoco lo hacen los oficiales de los mostradores por los que va cruzando. Observa el suelo y levanta el rostro para confirmar que se está acercando a su destino. El novio la ve y trata de otear si alguno de los presentes presta mayor atención de la apropiada a sus pantalones entallados de mezclilla. Suficientemente rasgados para imaginar las razones de su entusiasmo.

Él levanta la parte trasera de su camiseta estampada para sacarse la cartera. La abre y retira su *Crossing Card*. Ya la tiene en la mano. *Ready lane.*

Cuando se trata de relaciones, es común que nadie quiera aceptar que por sólida que aparente ser, hasta la torre más acorazada se viene abajo al temblar sus cimientos. El castillo de cartas, así, puede ser positivo porque gracias a la consciencia de su fragilidad es que se le prestan cuidados. Esto es aplicable a familias, claro. Por más afectos y pertenencia que se profesen, un padre y un hijo pueden distanciarse si se rompe algún acuerdo con el que intentan brindarse seguridad. De hermanos que dieron un golpe a sus cartas está escrita la historia. En cuanto a parejas, las barajas no se caen por la fuerza de traiciones, solamente, como por la fuerza del peso que cargan y conforme pasan los años aumenta. Esos dos tienen suerte de ser jóvenes.

Ella cruza. No le preguntó nada. Vio su documento y la dejó pasar. Ella le indica al novio el lugar donde lo esperará, a unos metros de distancia. Donde no estorba ni la moverán. El oficial nota o recuerda que vienen juntos. Decide hacer avanzar al hippie octogenario que se encuentra delante de mí. Lo colorado de sus mejillas es más rojo que los rostros en el grupo de amigos escandalosos. Los rizos de su cabeza

y la brillantez de la barba confunden las canas con el amarillo de su color original. Abre la chamarra de mezclilla para descubrirse el pecho. Su camiseta, otrora negra, gris a fuerza de lavadas a base de detergente barato, con la leyenda *"No human is illegal"*, muestra de rebeldía y de principios.

Pasa desapercibida a regañadientes. Alrededor provoca sonrisas quedas.

Con disciplina marcial, el empleado de gobierno no tarda más de unos segundos en darle acceso. No lo quiere tener cerca.

La novia tranquiliza con su mirada al impaciente.

En Irán, el castillo se desbarató en 1979. Era un castillo descompuesto. Castillo, al fin y al cabo. Tenía todos los defectos salvo aquéllos que se implantaron en el país del que huyó mi madre, antes de reencontrarse con mi padre en San Francisco.

Antes de que yo naciera, ellos se mudaron a Pasadena, luego a San Diego y otro castillo se erguía en la memoria de una Persia no persa. Entre lo árabe sin ser árabes. Al borde de un Medio Oriente tan a su orilla que no podemos hacernos de él, pero tampoco separarnos de su presencia mientras nos entrega, con rencor, la carga maldita de ser la nación del único extremo en el mundo que se encuentra en medio.

Ese nuevo castillo juega a caerse y ponerse en pie en simultáneo, como yo y Sofía en los muchos últimos meses. Hay parejas que en los rompimientos viven uno o dos meses complicados. Los nuestros fueron largos, como un año. Al venirse definitivamente abajo nuestro castillo de cartas, ella me avisó que iría este fin de semana para tomar su ropa y vaciar los cajones de nuestro departamento en Berkeley. Yo me vine a Tijuana. A su ciudad, en la que nunca conocí a sus padres.

Los murmullos esperan un grito.

Dos oficiales llaman en simultáneo. El de voz gruesa y uno que no había hablado. Sus vocales son extrañas. Agudas. Disonantes. Dan turno al novio y a mí. Avanza con zancadas cortas, las mías rápidas. Terminamos caminando en paralelo. Nos cruzamos un instante. Demasiado cerca para la indiferencia que reclama el escenario y no el espacio.

—Buenas —le saludo contraído. Evito perder tiempo con palabras que creí innecesarias. Lo sintético arrojó un acento que creí dominado.

Me responde con un gesto de cabeza. Los oficiales en los mostradores que nos corresponden se percatan. Uno, el grave, se levanta de la silla y desciende sus lentes abajo del tabique. Desnuda los ojos. Ligeros, atentos. Prisioneros de sus sospechas. El agudo se vuelve a sentar.

No nos conocemos. Sin quererlo, tal vez le he obligado a compartir

un destino. Puede que sea nada y mi herencia me delata.

Nosotros hemos sido ciudadanos de segunda clase, dependiendo de la época, volvemos a serlo. A ellos, los del sur, les obligamos a recorrer el camino que todos sufrimos y despreciamos.

Tener sangre de Medio Oriente es estar cubiertos por una aureola que contagia suspicacias a quien se nos acerca. Con o sin intención.

Él, mexicano. Yo, americano de origen iraní. Combinación perfecta para despertar la imaginación de un policía cansado de su rutina. Debí ser más cuidadoso en mi reflejo. No tienes que saludar a cada cual que se atraviesa en tu camino, aunque así te hayan criado.

La única mujer oficial se encuentra en un mostrador intermedio. Cabello recogido. Es más oscura que ancha. No comparte la musculatura de sus colegas, solamente el volumen. Atiende a un hombre moreno que tendría algún rasgo distintivo si no se pareciera a cualquier otro. Carga una mochila, mucho más pequeña que la mía, sin múltiples bolsillos ni correas, de uso diario y no de viaje, que sostiene apretándola entre sus piernas mientras muestra documentos.

Él entiende mi herencia.

Ella no le ha regalado la menor mirada hasta ponerse de pie. Se levantó de su silla en un solo movimiento. Es amable. La incorporación advierte. Le abre la portezuela de acceso. Pone su mano izquierda en su espalda y avanzan. Juntos. No le devolvió su pasaporte. Sin mayor intercambio da la impresión de que ambos conocen el camino.

La pared de espejos frente a la multitud guarda tres puertas. Permisos, Personal Autorizado, *Secondary Soft Inspection*. ¿*Soft*? ¿Habrá una *hard* ? Los vidrios proyectan el reflejo de quienes esperan. El del moreno y la negra. El reflejo de las pupilas intentando no verse ni verlos. Sin resultado.

Se esfuman al reducirse el espacio entre el marco de la puerta que dejaba asomarse al interior.

El miedo se contiene con el orden de un hormiguero. De repente, un oficial ha ocupado el escritorio vacío. Vuelve a interrumpir el murmullo.

El novio mantuvo la atención en su cruce y hacia su portero. Evitó distraerse. No puede darse el lujo de más imprevistos. Dos pasadas de vista, tres preguntas, seguramente inocuas, y suena la liberación del seguro magnético en su valla. Agradece. Triunfó. Abraza a su novia con esa extensión de brazo por encima de los hombros que marca territorio. Vuelven a reír y a encontrar sus dedos.

Pasando los cubículos, del otro lado, suficientemente cerca de mí para oír lo que preguntan, dos orientales, turistas. Entraron por la

salida. No hay vigilancia en esa dirección. Interrumpen a un CBP que hace nada. Con ingenuidad americana quieren saber si mucha gente cruza la frontera a pie. Si es grande. Si es la más grande. Quieren la traducción de la palabra *garita*. La indiferencia se disfraza de incomprensión. Los ignora. Se retraen.

Doy el paso final. Entrego mi pasaporte. Siempre que he entrado al país tengo la impresión de que el personal de migración se sorprende al ver que soy americano.

—Buenas tardes —saludo a mi oficial. A mi guardia.

En Tijuana se dice *hola*.

En Tijuana más que en otros lugares, se pregunta y afirma lo que quiere transformarse en confesión. Que me devolviera un *hola* debió avisar el instante. Es probable que lo haya provocado.

A los rubios les quitaron dos minutos. Regresan a la estridencia. Se cuentan las anécdotas de estos últimos días, aún frescos. Ya son su memoria. Corta.

Si la memoria americana fuera más profunda seríamos otro país. Seríamos más decentes.

El oficial Pirsing tiene voz suave, casi femenina. Aguda masculinidad que lucha entre lo inmenso de sus brazos y lo trinado de cada vocal que enfatiza sus preguntas.

—Muhsin Najafi. No, no nací en Irán. Mi certificado de nacimiento se expidió en Pasadena. Hospital Saint Vincent. Las palabras correctas a preguntas anticipadas. Mi madre también es americana, nació en Teherán. Todos somos americanos. Tiene mi pasaporte. Aquí está mi licencia. ¿Mi padre? Tariq Najafi. Él estudió en Najaf. Sí, en Irak.

El tiempo nunca se detiene. Si acaso, da la sensación de no avanzar.

—Tampoco he estado en Irán, ni puedo tener el menor recuerdo de Irak. No, no he formado parte de ningún grupo u organización contraria a los intereses de mi país. Sí, tengo amigos árabes. Uthman, Hasan al-Samarri y Abul Qasim. Amri no es árabe, es persa. Nacieron en California y en Nevada.

No estoy seguro de que tenga permitido preguntarme eso.

Vine a Tijuana para no ver a mi mujer sacando sus cosas de nuestra casa. Mi exmujer, perdón. Es de aquí, de México. Nació en Tijuana. Sí. Ella está legalmente en el país. Tampoco he ayudado a nadie a cruzar ilegalmente la frontera.

Bienvenido de regreso. Bienvenido a casa. Bienvenido a América.

Baba y *madar* me regalaron la invulnerabilidad a los *noes* de los puertos de entrada. Castillos de una sílaba. Su obsequio fue doble. Al tomarme en sus brazos me dieron familia, y esa familia me cobijó por

encima de la educación que me dieron y de la que evitaron.

Volví. Efectivamente he vuelto.

El oficial Pirsing sabe que está imposibilitado para negarme el acceso.

Tal vez estés inventándolo todo, Muhsin. La paranoia de los legados.

Soy su igual en un país de dispares. Sabe que tiene un margen nada despreciable para hacerme sentir incómodo, así como el mandato de ser amable y cortés en el camino. Tengo mis documentos de vuelta. Los sostengo en la mano sin guardarlos. Dice que podría ayudar a resolver algunas dudas. ¿A quién? A nosotros. ¿A su colega recién llegado de la puerta de personal autorizado? No, a él no. Ocupa su puesto.

Quieren que los acompañe. Hablan en plural pero sólo Pirsing se dispone a avanzar. Recuerdan que la invitación depende de mi tiempo.

Entraré a ese cuarto donde la gente ve desaparecer una espalda que avanza a un lado cuando quería ir a otro.

Durante las noches del *Muslim Ban*, todos los padres nos hablaron a los hijos para pedirnos que nos quedáramos en los departamentos y no se nos ocurriera acercarnos a los aeropuertos. Sabían que lo correcto era ignorar su súplica. Llamar a más que poblaran las protestas a riesgo de ser detenidos. Cada hijo era tan ciudadano como los policías que enviaron a contener los posibles disturbios.

Algunos, como Hasan al-Samarri, que hasta 2011 no le dio demasiada importancia a su origen, empezaron a ir diario a la mezquita después de las elecciones. Las cinco veces al día.

En un afán por integrarlo a los otros compañeros de escuela que no fuéramos los cuatro de siempre, su padre no dudó en que fuera él quien se acercara a la comunidad religiosa, si es que acaso le llamaba.

La primera vez en que pensó hablar con el imán fue al mes del accidente.

Abu Hasan manejaba por la Interestatal número cinco. Un perro se atravesó a la altura de El Camino Real, antes de Chula Vista. Logró esquivarlo y el animal se salvó, a diferencia de Abu Hasan, aunque por la misma razón. La camioneta quedó incrustada en la barda que divide los sentidos.

La segunda ocasión, durante las elecciones de 2016.

Al inicio del *Muslim Ban*, Hasan al-Samarri durmió tres noches afuera de LAX. Como no tenía padre, el mío intercedió a solicitud del tío al-Samarri. Se habría quedado a vivir ahí. *Baba* sabe cómo

convencer sobre el horror de los aeropuertos.

Amri, Uthman, Abul Qasim y yo, viajamos a Los Ángeles para turnamos y llevarle comida al aeropuerto. Para él y para los demás.

Un equipo de televisión fue a entrevistarlo en la universidad. Algún abogado de nuevo ingreso buscó atención y dio los nombres de quienes cargaron las pancartas.

Nuestros teléfonos sonaban cada media hora. Al otro lado de la línea muchas madres suplicaron en lágrimas. Entre ellas, la mía.

se

۳

Recibir la bienvenida varias ocasiones seguidas, anuncia, normalmente, una intención oculta entre las cortesías. También sucede con los agradecimientos, cuando éstos son separados apenas por una frase que permite, en el mismo párrafo, repetir palabras de apariencia gratuita. A menos que sea un verso. En América no somos buenos con ellos.

El cuarto es suficientemente grande para empequeñecer a quien entra.

Dos filas de sillas dispuestas como sala de espera. Su tapiz, un azul irritante. Computadoras encendidas. Puertas a la izquierda asoman cuartos más pequeños. Una cámara sostenida por un tripié apunta a la pared de la habitación. Silla frente al lente.

En el mostrador de recepción, al fondo, cuatro oficiales con uniformes distintos se interrumpen sin escucharse. Las voces y los pasos. Risas se sobreponen y cacarean en simultáneo.

Un CBP, con todos sus artefactos colgando del chaleco, balancea el torso con movimientos ligeros que no evidencian rastro de sufrir por el peso de la coraza. Junto, un par de policías regulares, del estado, con placas e insignias discretas. Funcionario anodino el que deambula entre ellos. De corbata roja y camisa blanca. Trae placa en el cinturón. La hebilla igual de pulida. Misma figura que atrae a la mayoría de los oficinistas. Las letras griegas, los caracteres chinos e ideogramas japoneses son de una popularidad monstruosa en quienes usan alfabetos distintos. Debe estar en algún tipo de dieta. Si no, su salario es bajo, o lo gasta sin mensura en frivolidades. El saco gris como alma de burócrata es varias tallas más grande de lo que le corresponde. Pasa algo parecido con su camisa. La ha fajado tanto que los pliegues se hacen bultos en el pantalón y no se disimulan. A pesar de ello, la tela saliendo alrededor de la cintura alcanzaría para confeccionar una prenda de reemplazo.

Bromean, trabajan, escriben en un teclado. Lo aporrean.

Pirsing me presume sin dejar de avanzar, impetuoso. Me señala con la mano en ademán de muestra. Pieza de exhibición. Lo sigo dos zancadas atrás.

Uno de los suyos ha vuelto a casa, de los nuestros. Yo.

El menos alto de sus compañeros de horario aplaude un regreso que prescinde de interés o conocimiento de la partida. Hay cómplices de vida, de aventuras, de reloj. Es policía estatal, con brazos más anchos que la cara. Algarabía de soldados que jamás entenderán la soledad de un veterano de guerra, de alguien que perdió las ilusiones. En eso se parecen los presentes a los traficantes de personas que atrapan y cuyos arrestos se anuncian en la televisión. Los sueños les

son indiferentes.

Baba y *madar* no desaprovechan oportunidad para afirmar que la estridencia es una de las actitudes que menos aguantan de las nuevas generaciones. Me lo dicen a mí, a los cuatro que siempre me acompañan. Es lo que más recalcaron entre las molestias que les generaba Sofía. Durante el tiempo en que estuvimos juntos, hablaron con ella unos cuantos minutos. A lo mucho.

Luces modernas han logrado dejar atrás la intermitencia de los neones sin abandonar su frialdad habitual y capacidad de radiografía. Veo el dorso de mi mano. Las pieles marrones se hacen pálidas. Las pálidas, translúcidas. Aquéllas más oscuras, color de la nada o del todo, cobran una brillantez imponente. De cinco civiles puede que sea el único nacional aquí dentro. No tengo las facciones evidentes, si es que aún hay alguien capaz de afirmar que éstas existen.

Sabes que hay quienes aseguran que sí, y que son muchos, y que son poderosos.

¿Cuántas veces escuchaste que le dijeran árabes blancos a los provenientes de Siria?, ¿a los del Líbano? ¿A los hijos de hijos de Palestina? ¿Cuántas veces árabes negros a los de Libia y de Marruecos? Cafés a los sauditas. Persas blancos a los de las ciudades. Afganos a los iraníes de las provincias. ¿Cuántas veces lloraste de niño hasta comprender que Amri, *habibi, azizam*, te llamaba *la noche*, de cariño?

Blancos muy blancos y negros muy negros portan orgullosos sus insignias.

Los demás tienen parientes hispanos.

Hay una pareja de mayores, pocos años más jóvenes que los viejos deportados afuera de la garita, en el lado mexicano. Un adolescente va con ellos. Podría ser el nieto o el sobrino. Por fortuna, hay una edad en la que las gorras ya apuntan la visera al frente de la cabeza. Le faltan unos años. Mirará con vergüenza su pasado.

También soy el único al que le evitan sentarse entre los demás. Me acerco a las sillas y me llama.

—¡Vamos, vamos! —vamos, pues, oficial Pirsing. Yo le sigo.

Ofrece un café. ¿Leche?, ¿negro?, ¿azúcar? Camina mientras habla. La camaradería hacia sus colegas se confunde con la que aparentemente busca imprimir en mí. Quizá sólo sea un tipo amable.

De continuar a este ritmo por unos metros, nos veremos como amigos visitándose en la oficina para salir a comer juntos.

Aquel hombre al que pasaron hace unos minutos aún abraza su mochila. El *Secondary Soft* previo. La tiene sobre sus piernas. Las correas para sostenerla con la espalda hacen su trabajo encima del

pecho. Invertidas. Regazo de pertenencias. Una mujer en el asiento contiguo carga una bolsa de mercado, tejida. Hilos de plásticos llenos de color. Amarillos, verdes, rojos, anaranjados. Vi que las vendían los ambulantes en Playas de Tijuana. Calle abajo. Extendidas en el suelo sobre un mantel cuadriculado de plástico. Ahí donde dejan de verse locales de mariscos y comienzan a ser más frecuentes los de carne asada.

Debí comprar una para reponer la que Sofía seguramente se llevó. Era suya.

La banda de músicos con gente bailando alrededor me impidió escuchar al vendedor cuando dijo el precio. Le deseé buena tarde y caminé sobre mis huellas para pedir el taxi a la frontera. Si vuelvo pronto iré a comprar un par.

Gracias, oficial Pirsing. Un vaso de agua es suficiente.

Mamparas mitad blancas y mitad de vidrio se ordenan a la derecha del espacio. Forman pequeños cuartos a la vista de todos. La intimidad es nula entre las paredes que dividen lo vulnerable. Camino atravesando su estela sin aminorar ni extender nuestra distancia. Nadie más nos acompaña. Pasillo a la izquierda. Una puerta cerrada. Intenta abrirla y avanza para probar suerte adelante. La siguiente está abierta.

Una mesa, cuatro sillas. Cartas enmarcadas sobre derechos de migrantes, derechos aduanales. Obligaciones. La foto del presidente. Ese presidente. La del Secretario de Estado.

Pirsing invita a sentarme. Volverá en unos segundos con el vaso. Promete. Seré de gran ayuda. Parabienes y agradecimiento. Otra vez.

¿Sonaré así al decir buenas tardes, buenos días, y pensar en la fortuna? Lo mío siempre es a personas distintas y jamás repito la oración.

Descuelgo mi mochila para colocarla en la silla a mi izquierda. Tiene las patas delanteras atrapadas en el posapiés de la mesa. La destrabo. Su tapiz, sintético. También azul.

No soy migrante sino heredero del exilio y herencia de ellos. Por ser su hijo seguiré siendo migrante, ya no exiliado, ajeno propio al que sólo tienen que decirle que su deber es cumplir o ayudar para dar asistencia. Cuando tenga hijos, ellos también cargarán la condena.

Los minutos de Pirsing son largos. Sus sesenta segundos duran el recorrido de un centenar de pasos en las manecillas visitando la carátula de mi reloj. Le doy cuerda. Es el reloj de *baba*. Lejos de impacientarme, me da calma para observar al hombre de afuera. El de la mochila. Siempre ha sido el de afuera.

Lo hicieron levantarse. Tal vez no entendió la indicación de buenas

a primeras. Agachó para desatarse los cordones de los zapatos.

En los labios de la oficial leí cómo lo interrumpió. Aprendí a leerlos para saber si los árabes realmente hablaban de mi padre a sus espaldas. Ni una palabra. Jamás.

El hombre se confundió. La instrucción era otra. Un policía le llama al mostrador. Lo acompaña la oficial negra. Le pone un cuestionario en frente. Hay una pluma sujeta a un cordón elástico. La toma con una mano y hace esfuerzos para controlar la hoja. No suelta la mochila. La negra le endereza el papel. Ha quedado en diagonal. Le incomoda la posición. La mujer le desea suerte y se retira. Su nariz es como la mía. Mulata. El policía se va. No se despide.

La hoja se le escapa y la cambia de dirección a cada plumazo. De usar su otra mano le sería más sencillo. Está ocupada. La mochila le cuelga de la parte interna del brazo. Lo tiene doblado. Es un gancho que no la deja tocar el suelo. Higiene o temor a la suerte.

Por mero instinto acerco la silla con mis cosas. Reviso el cierre. Lo abro y meto el pasaporte. Me levanto unos centímetros para sacarme la cartera. La abro sabiendo sus contenidos. Repito con la licencia. En su ranura. La que había quedado vacía. Satisface el resguardo.

—*Marhaba*, Muhsin Najafi. Bienvenido a casa —Pirsing no volvió solo ni trajo el vaso. Una botella de plástico vino acompañada con la idiotez de una policía en traje sastre que me habla en árabe y carga una carpeta de piel plástica. Está llena de papeles. Mantiene la forma con dificultad.

—Buenas tardes, oficial —respondo en inglés.

—Agente —aclara. Firme. Misma lengua. Le duró una respuesta. Regresa al árabe.

Baba nunca me habló de Bizhan Najafi.

Por más que la agente Suzzana Narwani, compañera de Pirsing, me pregunte por él, su nombre es nuevo para mí. No así el de su familia, porque es el mío y es el de otros. En las provincias de Irán y en Najaf. También en Bagdad, sobre todo con los que emigraron del norte al centro. O con los que emigraron de Najaf a Teherán durante la época en que mis abuelos paternos lo hicieron. Perfectos desconocidos.

La escucho sin la amabilidad de Pirsing. Su monólogo aumenta de velocidad, el acento es equivalente a mi español. Alguna vez aprendió las palabras y la mínima gramática. Redacta con la precariedad de los libros de texto para idiomas extranjeros. Afirma en preguntas que infieren, estoy al tanto de lo que supone.

Se ha cansado de cargar la carpeta. La pone sobre la mesa.

—Nombre elegante. ¿De la ciudad de Najaf, correcto? —abre la conversación con obviedades.

De Najaf le puedo repetir lo que he escuchado en infinidad de relatos. Si es que tanto le interesa la ciudad. Ustedes disculpen si termino repitiéndoles lo que me han dicho mis padres o los padres de mis amigos. Perdonen si al hacerlo mis menciones resultan excesivas. Lo único que soy capaz de saber es lo que he leído y lo que me han contado. De ahí, quizá, ustedes puedan sacar conclusiones y hasta crean aquello con lo que podrán resolver sus dudas.

Para nosotros es capital del espíritu. Primero están La Meca y después Medina, luego Najaf. Para los sunnís es un recordatorio.

¿Me preguntaría lo mismo si fuera cristiano? Calla. Resultará que soy yo quien ofende.

Soy bueno con las distancias. No me pida decirle cuánto toma manejar de Najaf a la frontera con Irán. Tendré que hacer memoria de mapas y cálculos.

¿De dónde espera que sepa quiénes son las familias que viven ahí? Deben ser pocos los sunnís dentro de sus límites.

¿Por qué tendría idea del tránsito entre los dos países? Ustedes son los expertos en cruces fronterizos. ¿Las condiciones de los caminos a su alrededor?

Estoy al tanto de nuestra relación con el país de mis padres. ¿Ya le habrá dicho Pirsing que son americanos?

¿De qué me está acusando? ¿De nada? Ayúdeme a entender por qué siento que hay alguna sospecha.

Ojalá no nieguen su satisfacción. Deben ser pocos los árabes entrando a los Estados Unidos desde Tijuana. Ustedes creyeron que era uno.

Estoy casi seguro de que ustedes preferirían conversar con *baba* y no conmigo. Él tiene el don de transportar a la Najaf con sus anécdotas.

Ignoro la ocupación del hombre que menciona. Imagino que es chií. No insista. Agente Narwani. Ya la escuché mencionarlo seis veces.

Soy persa. Deben vernos por aquí menos que a los árabes.

Quiero hablar con mis padres.

Si ustedes saben de él ahí es inútil que siga cuestionándome. Desconozco su ubicación actual y las anteriores. No sé cómo comunicarme con ese hombre.

No conozco la ciudad santa. Ninguna.

Compartir el nombre de familia no lo hace familia.

Si lo saben en Najaf, ¿en qué puedo ayudar? Cuida tu desesperación.

Necesito mi teléfono.

No sé cómo cualquiera puede acercarse a Bizhan Najafi y, supongo, ella tampoco. Si fuera distinto no me lo estaría preguntando. Y si ella no sabe, ella que representa a todos los que pueden preguntar, es que los demás vistiendo zapatos de su estilo, gorras similares y tienen placas idénticas, se encuentran en la misma situación.

Prefiero hablar en mi lengua y el árabe no lo es. ¿Por qué continúa? ¿Por qué Pirsing no la detiene? Claro que la entiendo, la entendemos todos. Es la lengua del dictado. Préstamo del clemente, del misericordioso, diría mi padre. Él se mantuvo lejos de la palabra que se dio en la tradición para hablar entre nosotros.

Todos somos nosotros, incluso los que aún no lo saben. *Madar* fue quien decidió no pronunciar su nombre y taparse los oídos desde el exilio.

Que la entienda no es razón suficiente para que conversemos en ella. Escuche bien cómo cada que rompo el silencio lo hago en un idioma que entendemos en esta sala.

—¿El Gran Sheik Bizhan Hussain Najafi? Mi padre estudio en Najaf, si quiere puedo preguntarle a él.

Permanecen de pie. Me obligan a levantar la cabeza para dirigir mis palabras, para observarlos, para dudar. El cuello se cansa de apuntar hacia arriba. Agota.

En cambio, sus vértebras relajan la presión de los músculos al descender la vista. Quienes esperan en la sala, cabizbajos, sólo quieren equilibrar el peso que les embiste los nervios. Pirsing y Narwani buscan imponerme la carga.

La agente mira a Pirsing. Tenía tanta prisa que si le dijo no le escuchó. Y si no lo hizo, estuvo a punto: es americano. Susurran.

Hablan de mí como si no estuviera en el cuarto.

—Tal vez su pasaporte —insiste. Ella. Su certeza es infinita.

—Soy persa —de haber nacido en Irán sería iraní. La lengua me ha regalado identidad.

Cuando alguien tiene tantas certezas es mejor irse con precaución. No sólo mi pasaporte oficial. El certificado de mi nacimiento fue firmado en Saint Vincent.

—Sé bien que no es recomendable mentir en estas paredes —gracias por aclararlo.

Déjeme hablar con mi padre.

Deje de decirme que soy libre para salir por la puerta. Usted está recargada en el picaporte.

Si ese sheik nació en la India es imposible que tenga que ver conmigo. Mis padres son de Teherán. Es Irán, con *ene*. Su puesto debería incluir una mínima formación en geografía. Sé que es agente.

Agente de qué. No me ha explicado cuál es su cargo.

El hombre de quien habla debe ser viejo si llegó al mundo en la India británica. Nací en el ochenta y ocho. Tengo poco más de treinta años.

Quiero hablar a casa.

Ninguno de los dos muestra resistencia a que abra mi mochila. Saco mis cosas sin disimulo. La cartera, un impermeable. La bolsa sellada con ropa sucia. Enseño mis intimidades a quien puede hacerme daño. Pongo mi pasaporte sobre la mesa. La única intención es mostrarlo. Ella sonríe al verlo.

—¡El águila! —dice evidenciando cierto sarcasmo.

Pregunta en árabe si puede tomarlo. Le doy la razón, me sacó una respuesta en el idioma equivocado. Rechazo su mueca y la atención inmediata que se ha despertado en el rostro del oficial. Tomo el teléfono. Sin provocar temor ni amenaza.

Si ella sabe, no le debe sorprender que hable árabe sin serlo. No sabe. No sabe nada. Habría que gritar un rezo para que se exalten. Los gentiles le temen a Dios más que los creyentes.

No hay señal por más que agite el aparato, o que bloquee y desbloquee la pantalla. Sin amenaza y sin inmutarse, su voz ya es más tranquila y el ritmo también adquirió cierta pausa. Los labios y el parpadeo coinciden. La escucho, de nuevo. ¿Qué quiere que haga con lo que me está contando?

Deténgase, por qué estaría en mi memoria que la familia de Sheik Bizhan Hussain Najafi viajó al Punjab después de la independencia de Pakistán.

Pirsing y yo nos enteramos de que en la década de los años sesenta, el Sheik viajó a Irak para continuar con su educación religiosa en la misma madraza donde estudió mi padre.

En mi presencia no hay azar.

Ella está al tanto de que ambos estudiaron ahí. No habría razón para sorprenderse. Son chií. Mi padre tenía la intención de ser clérigo. Ése es el lugar para educarse en los menesteres de la *Ummah*, de la comunidad.

Las intenciones de las múltiples bienvenidas.

En ocasiones, la consciencia es pariente del miedo. No todos los miedos son negativos. Los que lo son, ocupan sus tremores más altos.

Dicen que, hasta verme en sus brazos, su temor más grande fue que los regresaran al país viejo. Después, que me pasara algo y a ellos los sacaran de sus casas sin mí. No por el destierro como por no poder ayudarme. Por el abandono forzado. De nuevo. A sus miedos les agregué la responsabilidad. La de las fragilidades externas. La del otro.

En cuanto obtuvieron la nacionalidad, surgieron los argumentos racionales a la presencia del terror. Le dieron permanencia. Siete razones que aprendí de memoria desde niño y se encargaron de recordarme la primera noche del *Muslim Ban*, a pesar de no ser objeto de su castigo.

De alguna manera, creyeron que de ir al aeropuerto de Los Ángeles las autoridades podrían acusarme. Pasar mi acusación a ellos. Lograron articular el miedo sin sujeto a qué temerle. ¿De qué me acusarán, *madar*? Le pregunté. Y *madar* guardó silencio. De lo que fuera. Supe lo que pensó y no atrevió a formular.

La sinrazón cargada de pasado es también un argumento.

Recuperaron un trozo de su juventud cuando por televisión, vieron a la gente reunida para evitar que les negaran la entrada al país a los viajeros iraquíes. Apenas se dio a conocer que volaban desde Ámsterdam y aterrizarían antes de media noche, *madar* me ordenó que le dijera las causas en el Acta de Naturalización para perder la nacionalidad americana.

Naturalizarse en otro país. Jurar lealtad a otra nación. Prestar los servicios militares a una nación extranjera, más si ésta es hostil a los Estados Unidos —nuestra cordialidad internacional es mala consejera—. Servir al gobierno de otro país en un puesto que requiera juramento. Renunciar a la nacionalidad americana. Renunciar a la nacionalidad en tiempos de guerra —mi país no sabe vivir sin ella—. Traición y conspiración para derribar al gobierno de los Estados Unidos.

Las preguntas inquisitorias de Pirsing en el puesto de migración.

A mis lentes se les dibuja una luz que atraviesa el rayón de anoche en la mica izquierda. Tengo que cambiarlos. En el hotel, me despertó lo constante del zumbido acompañando el alumbrado del pasillo exterior a los cuartos. Tal y como lo hizo las dos noches anteriores. En el día, caminar por la *Revo* de ida y vuelta, consumió la fuerza de mis piernas. Media cajetilla cobró factura en la resequedad de la boca y con los espasmos de ahogo durante el sueño. Adormecido, torpe, impreciso, quise encontrar la botella de agua, cortesía de hospedaje que no permite más de dos envases por noche de paga. Los lentes aparecieron primero. Terminaron en el suelo. La película antirreflejante cedió al rozar el suelo de loseta erosionada por el exceso de huéspedes. De nada ayudó el bajo presupuesto para mantenimiento.

Hay que desconfiar de los hoteles con cuartos que dan la puerta y ventanas a la calle. Un balcón es menos barrera de lo que se requiere si la calle envejeció mal.

Llevo mi mano a la cara. Sostengo los lentes de una de las patas. Hago un trapo de la esquina en mi camisa para limpiar el cristal dañado. Es curioso cómo ejecutamos ciertas acciones que sabemos no tendrán el menor efecto. Narwani se fija en mi rostro desnudo. En mi camisa. Cierro los párpados. De moverse unos centímetros, el oficial Pirsing impediría la ceguera que le debo al foco en el techo.

Gracias por la información, agente Narwani.

A diferencia de *baba*, el Sheik se convirtió en *Marjah*. En alguien a quien imitar.

No he imitado a *Marjah* Najafi, mi padre tampoco. Conozco la autoridad del grado. El tiempo que toma llegar a él. Después del Profeta, del Imán, están los *Marjah*. Su conocimiento hace ley, pero poco o nada en mi vida se ha relacionado con la ley de las tradiciones y el libro. Nadie aquí vive pensando en ella, o quizá los menos, en el espejo que replica a la distancia lo que alcanza a llegar desde el país viejo. Perversa forma de rescatar una identidad, en especial por parte de los más jóvenes, más que yo. Una identidad que contradice, normalmente, las razones de sus familias y de ellos mismos. Se cumplen ciertas normas porque se han integrado a la cotidianidad. Así ustedes en navidades, que piensan más en una reunión familiar que en el despertar de un hombre asesinado en la cruz.

Tariq Najafi es el nombre de mi padre. Perdió a su familia por decisión propia. Tuvo que decidir entre quedarse en Irak donde las tropas de Saddam amedrentaban a los clérigos chiíes, o volver a Teherán con los suyos bajo cobijo de los ayatolas.

Escogió el abandono.

Su familia era la comunidad de creyentes.

—La *Ummat al-mu'minīn*. ¿Me entiende, agente Narwani?

Para usted no significa nada lo que sale de su boca o de la mía. Puedo ver su estupefacción, oficial Pirsing. Es casi como si su silencio dijera que de saber lo que vendría no me hubiera traído aquí.

La agente me estudia en un acto de evidente adiestramiento. Sus maestros debieron replicar cuartos como éste y pusieron sujetos fingiendo ocupar el lugar en donde ahora me encuentro. Al instruirla en la academia que le corresponde a los de su oficio: para evitar apariencia insensible, es recomendable fijar la mirada en los ojos del interlocutor. Incluso el tono de su voz es compasivo, pero, qué sabrá de tal idea quien es capaz de decirle a un hijo que si sus padres tienen relación con un desconocido perderán la nacionalidad.

Su suerte está en mi decisión de salir del cuarto.

Pirsing confía en la honorabilidad de mi casa. Ella la menciona protegiéndose de las dudas. Infiere muchas. Amenaza asegurando que

detestaría cumplir sus palabras. Se escuda en la ley. Cada atrocidad de la humanidad ha sido cometida en su nombre. Manifiesta dolor de sólo imaginarse, a ella, a sí misma. No al objeto de la condena. El problema lo hace suyo, de nadie más.

El vacío ocupa espacios. Se vuelve ellos. Hay tantos pasos en el temor que el tránsito hasta su punto más álgido, normalmente la ira y la desesperación, pasan primero por la metamorfosis del aire y la consciencia en las fallas del cuerpo. Ninguna articulación responde. Ninguna está sujeta a las órdenes de la mente, tampoco del estómago. El vacío hecho cualidad atropella cada centímetro de la piel cuando no hay posibilidad de reacción correcta.

Simplemente aparece un todo que se va de las manos a la nada.

Dos días antes de que los militares de Saddam asediaran el seminario, mi padre contó sus monedas. Ocultó sus ahorros. Salió corriendo a la calle, se detuvo en la esquina. El rumor fue más rápido. Una fila de personas volteaba hacia la retaguardia por si el ejército asomaba los fusiles. Un dinar para obtener línea en el teléfono público. Equivalente a tres dólares y centavos, la tasa de cambio se mantuvo por décadas. Falsa como la política en la región. Marcó a Teherán. Le habló a la amiga que lo acompañó durante la infancia.

La amistad, si es que tiene alguna utilidad, es compartir los miedos. Antes de hablarle a la mujer de diecinueve años, tartamudeó con la niña que antes le ayudó a ensamblar edificios, barcos y autos de juguete, pieza por pieza, colocando uno encima de otro los bloques plásticos de construcción que llegaban importados desde Europa.

Mi madre le lloró al oído porque a sus padres les pintaron la casa, quemaron los muebles, la golpearon, insultaron y les rompieron las ventanas. Mis abuelos querían que se fuera del país para estar segura. No tenía intención de irse y perder a sus hermanas.

Los islamistas, los comunistas, los estudiantes y los trabajadores marcaron con pintura de color verde las fachadas de todas las familias que tenían la relación más ínfima con el gobierno del Shah, o comerciaban con los americanos. Era lo mismo.

En esa llamada no se despidieron. Se extrañaron, según me cuentan en las noches de su aniversario. Querían volverse a encontrar, pero *baba* era pobre y sus rupias no completaban más de un dinar. Sentido figurado. Tenía ahorrados unos cuantos dólares.

Ella prometió pagarle el pasaje. Él, alcanzarla en su destino.

Me habla en árabe y no soy árabe. Repito. Le digo *baba* a *baba* por mis abuelos. Tengo que decir que tuvieron un solo hijo, mi padre. Ya sé que no me parezco.

Entró a la ciudad el catorce de octubre de 1979. *Madar* fue por él

al aeropuerto de Los Ángeles. Siguieron en autobús a San Francisco, durmieron en un departamento pagado por la comunidad para darle hospedaje durante unos meses a los recién llegados.

Narwani es evidentemente hija de migrantes. ¿Segunda?, ¿tercera generación? Ahí nos parecemos aún más que en el alfabeto. Hemos escuchado la historia de nuestras familias hasta vivirlas. No oculte que comemos el recuerdo de los mismos alimentos. Aquellos atravesaron los océanos para que los probemos al crecer y estemos listos. Los prepararemos a nuestros hijos y nietos. Al llegar su turno, contarán la historia de cómo llegaron al lugar donde crecieron y siguen pasando el nombre de las familias.

Le puedo decir la historia que he aprendido por repetición. Sólo un hijo.

Deje tranquila a mi memoria. Como yo, usted ha elegido las mejores postales de sus padres o abuelos. Hábleme en persa, no sabe. Hágalo en inglés. Ama tanto la lengua del exilio que renunció a la de su casa.

Oficial Pirsing, sigo sin saber por qué me trajo, o en qué se suponía puedo ser de ayuda. Han difamado el nombre de mis padres. La cobardía les impide acusarlos. Una tímida suposición les da arrojo.

Mi madre voló sola. Tuvo varios hermanos. Todos murieron.

El silencio es un vacío en el tiempo.

Hablan entre ellos, murmuran. La agente tiene amaestrado su disimulo.

Extiendo el brazo para tomar la botella de agua que Pirsing dejó un tanto apartada de mi alcance inmediato. Tengo que separarme de la silla. El oficial la acerca. Señal de que observa su entorno sin necesidad de verlo. Al girar la rosca sale un poco de aire a causa de la temperatura. No está fría y el ambiente caliente es mal auxiliar para refrescar la garganta.

—Creí que se sentiría más cómodo con alguien que hablara su idioma —transita entre la condescendencia y la disculpa.

Su voz suave tiene la masculinidad de un tío afable.

Ella parece decepcionada o molesta. Son emociones fáciles de mezclar en una mujer y de confundir entre los hombres.

—No soy árabe. Conozco árabes. Ya se lo había dicho. También kurdos y turcos.

La agente Narwani acaricia la cruz en su cuello. Cristiana. Era de esperarse.

—Usted es árabe.

—Pero lo habla —Pirsing toma mi pasaporte de mano de la agente. Lo arrebata con malicia. Marcas de sudor lo hacen resbaladizo.

La mirada de lástima indigna. Lástima a mí.

چهار

chahâr

۴

Debí avisarles a mis padres que Sofía se fue de la casa. Dejarlos disfrutar la noticia en un silencio que se iría rompiendo a pequeñas frases. Darles la razón y hacerme reconocerlo.

La diferencia de edades hizo imposible dormir a la misma hora. Echarían en cara sus reiteraciones. “La novia de veintitrés que a los veinticuatro fue compañera de casa, te regaló el aplauso de los cuatro.” Los de siempre. Si tan sólo eso hubiera sido lo que buscaba.

Sus reclamos eran correctos y mi defensa a sus quejas, también. La tranquilidad es una sensación de seguridad que se alimenta de distintas cosas, en diferentes momentos. Al principio, requiere atención abundante para saber que la vida es calma. Después, la calma viene de saber que la atención no debe ser incesante. El agotamiento obligaba a quedarme callado ante su emoción y euforia o mostrarle la mía. Sabía que era improbable no herirla en una confrontación donde salir victorioso representaba aplastar a quien se quiere.

Nunca dejé de quererla, ni cuando ella dejó de soportarme.

Al menos, intenté no lastimarla en exceso. En las relaciones da la impresión de que hay una dosis aceptable para hacerse daño.

Como aquí.

—Muhsin Najafi —es extraño. Ha pronunciado sin la torpeza de su investidura—. ¿Qué eran antes de ser migrantes? —me lo pregunta.

—¿Mis padres?

Puede preguntárselo a los de afuera. A la señora con la bolsa, a los viejos antes de deportarlos. No los devolvieron a lo que habían sido. Fueron enviados a un lugar donde tienen menos que antes, cuando aún eran dueños de las posibilidades que trae el futuro. Y si el futuro se agota qué queda. La pregunta interesante es ésa.

Hemos hecho maestría del coqueteo con los límites de lo tolerable.

Mis padres no migraron. Se encontraron con el exilio. Lograron vivir en él.

Simplemente eran, agente Narwani. Como lo fueron sus padres, o sus abuelos, o quienes hayan venido a estas tierras y jamás imaginaron que muchos años después, usted sería capaz de creer que gente como ellos era nada hasta que se encontraron aquí.

Una característica natural en cualquier ciudadano medianamente educado en este país, con más de tres generaciones americanas en su historia, es la capacidad de recordar, a la menor provocación, la garantía de sus derechos civiles. Mantra religioso que encuentra en lo cívico una redención de apariencia infalible. Idealización de componentes inversos a lo que en un momento de la historia jugó en contra. En cambio, un americano ligado a Medio Oriente transita en la consciencia indeleble de que, en los Estados Unidos, esos derechos no

nos corresponden, aunque los tengamos.

La agente suelta la cruz de sus manos, baja la derecha, abre los tres botones de su saco. Del costado izquierdo, abajo de la solapa, retira del bolsillo interior una serie de hojas de copiadora engrapadas por la esquina. Impresión de reúso al revés, le importa lo escrito al frente. Las sostiene con la derecha y desciende por el papel el índice de la otra mano. Movimiento que previene de escozores diagonales.

—Aabida, Aadila, Aalia, Aalimina… Basita… Daniya… —lee haciendo pausas breves. Lee algunos nombres—. Farwaia… Hakima, Hijaziya, Hirra… Jaleela, Jaaza… Karima… Qaima… Timur… Saleema, Shafía, Saima… —los llamados de mi madre.

No podía faltar ése. El último de la hoja. Lo dice sin observar el papel. Nuestra Fatimah es su María.

Vuelve a doblar y lleva las hojas a la mesa, junto al porta documentos, con tranquilidad, colocando la palma de su mano encima de la carpeta de piel falsa.

Es casada. El anillo de oro amarillo. A los árabes no les gustan otros tonos. Demasiado discretos para lo que no quiere serlo.

¿Por qué guardaba esos papeles en el saco? Traía donde cargarlos sin un solo pliegue.

Su mirada reduce la coincidencia a un suspiro.

Podría recitar un centenar de títulos más. Son ciento veinticinco. Uno por cada día que duró su viaje hasta reunirse con mi padre. Algunos más para proteger la existencia, la suya y la de él.

Está el nombre para el aeropuerto de salida y el del aeropuerto de llegada. El del hotel de los primeros días y el del alojamiento de los segundos. Con el que se presentó al taxista, su primer saludo llegando al exilio, que resultó tener padres iraníes y detectó el acento de *madar*. Ella temía que se descubriera alguna relación del pasado. Aparece el nombre que le dio al vendedor de la farmacia en su primera compra de medicinas. Ya se había acostumbrado a cambiarlo. El nombre que usó al registrarse en el hospital apenas pasó unos meses con mi padre, cuando extrañó los dolores mensuales y comprobó lo irreparable del daño en su vientre.

Ahí entendió que no volvería.

Ni siquiera el día en que le dijeron que se había roto por dentro, tenía el nombre con el que se crio.

El oficial Pirsing hace un gesto de pausa. No sé si la necesita para él o la reclama para mí. En mi defensa. Si no puedo confiar en él necesito hacerlo. Siempre se necesita confiar en alguien. Es instinto.

Ella accede, se contiene por prisa o reserva los nombres restantes de su lista en caso de que le sean útiles más adelante. Me falta

entender las intenciones que se comportan como líneas de la pluma al escribir. Trazos partidos. Hasta no ver el carácter completo, se desconoce la voz que quedará al final. Si su combinación con otras letras, puntos, dos puntos o más líneas, cambiará el sonido con el que deben leerse. Sin embargo, los primeros rasgos de tinta ya indican las posibilidades.

Por lo pronto, con la lectura de esa lista ya sé algo de la ayuda a la que se refería el oficial. Sólo que algo es poco.

El fantasma del tiempo nos alcanza de vez en cuando y no siempre permite rehacer la vida. Es el patíbulo del exiliado que, al sentirse finalmente incluido, tiene que vigilar la retaguardia por si la persecución aún no termina. La que uno carga, la que no es imprescindible sentir a las espaldas para que exista.

—¿Su madre usa *burqa* o *niqab*? —Pirsing no oculta su estupefacción ante la pregunta de su compañera.

—Zahida es mi madre. Renunció a la palabra y nunca ha estado en Najaf.

Retoma sus hojas. Las revisa. Encuentra el nombre.

La mezcla de ambas culturas arroja a un americano que, ocasionalmente, busca defenderse como si el Estado fuera medio oriental pero, le debiera otorgar favores occidentales. Los argumentos que en otras latitudes darían los resultados favorables de una pelea en familia, aquí sirven de nada y se pierden en la incomprensión de prioridades. Para *madar*, su abandono a la *Ummah* sólo fue distancia con la comunidad religiosa, pero jamás hacia la unidad de la diáspora en la que el exilio regala protecciones que se imponen a la par de la palabra de creyentes y no practicantes. De los que se parecen porque son los otros.

—Me refiero en su casa, ¿con qué prefiere cubrirse?

—Agente —interrumpe Pirsing. El silencio incómodo del oficial se quiebra en la contradicción de sus valores.

—No se preocupe, oficial Pirsing. Ya una vez se lo preguntaron a ella. Las cosas tardan en cambiar y cuarenta años son pocos.

Ni *burqa*, *niqab* o *hijab*. Confunde culturas, largos de telas, países y tradiciones. Desconocer sólo es grave cuando se tiene la obligación de saber. Presumir la ignorancia es problema de quien la ostenta, no del que escucha. Mis padres y sus amigos visten como cualquiera, comen lo que les gusta, se aferran a lo íntimo y propio. Aquí y antes, allá. Nosotros, los de mi generación, también vestimos como los demás. También comemos lo que se prepara en casa, y lo que venden en la calle. Y a lo que venden en la calle le llamamos como su nombre lo indica. No es lo raro. Combinamos lenguas y las identidades no

compiten. Tampoco buscamos purezas. Eso se lo dejamos a ustedes.

—Desde que salió del país viejo, sólo cubrió su cabeza durante una hora. Cuando salió del país nuevo y éste ya era suyo. Yo acababa de nacer.

Baba me contó que no pudo acompañarla.

Era una pañoleta con pájaros de colores. Él la escogió del cajón bajo el espejo de su cuarto. La dobló a manera de *shayla* saudita. Se la probó antes de dársela. Rieron en la ausencia de su femineidad. Le enseñó a ponérsela para cubrirse el cabello cuando estuviera sola y se sentara, a esperar que la reconocieran en un restaurante. Había quedado en ver a un viajero. No podía arriesgarse a ser confundida.

Ese día, el que llama el más importante de su vida, se llamó Radhiah. La gratificada.

La gratitud es mía.

Si tiene en su compendio el centenar de nombres, es probable que no tarde en preguntar por Zaynab, Kuthlum y Ruqayyah, hijas de Hala, su hermana mayor. La mudanza les tomó una tarde, llegaron con una maleta y un neceser. Fueron a vivir a la casa de los abuelos después de la muerte de su madre, mi tía, a causa de los dolores por el abandono de su marido. Dicen que no era mal hombre. A la occidentalización del país con el Shah le siguieron sus defectos. Sin ellos nuestros hombres no abandonarían a sus familias. La desfachatez se la dejamos a los hipócritas. Los que durante la noche se ocupan de cosas distintas a las que dicen.

Se criaron como hermanas hasta que los padres de mi madre tuvieron que reconocerlas como primas. Tratarlas en un segundo plano de cuidados, de cariño, de protección. Disimulando la imposibilidad de ser equitativos. Odiándose uno al otro por no contar con dinero suficiente que, aunque abundaba para las miradas de unos, no alcanzaba para enviarlas juntas al nuevo continente.

Más que al país, si algo perdió *madar* fue a sus padres. Los que debieron conseguir las primas a su partida. Consuelo de la subsistencia en la distancia. Razón para lo que vendría.

Aunque eran ricos para lo que podían serlo en Irán, lo que no era despreciable en la época de los contratos petroleros con América y Europa, llevaban años vaciando las cuentas conforme se llenaban. Los tratamientos de los hermanos de sangre de mi madre, uno tras otro, les impedían salir de Teherán a buscar médicos. Su fragilidad no lo resistiría. Entonces, los médicos debían volar allá. La montaña del Profeta es cara. Las arcas fueron empequeñeciendo y la abundancia dependía de cuántos hijos se tuvieran que mantener. La práctica enseñó a soportar la consciencia de nunca tener la capacidad para dar

lo mismo.

Qasim, Abdallah e Ibrahim, les llamaron. Nacieron el mismo día de tres años distintos. Cada uno murió antes de llegar el invierno por una enfermedad que, al cumplir cinco años, me dejaron saber no nos daba a todos los hombres de la familia.

—¿Najaf?

—El lado materno.

Incapaces de alimentarse con leche, los niños la vomitaban al entrar a su boca. Dos o tres frutas tropicales, que habían de importar, eran lo único que digerían en un país sin muchas parcelas. Los sueros fueron paliativos. Las jeringas dolorosas. El peso no disminuyó porque jamás se ganó.

Ligeros como pluma, recuerda *madar* en su cumpleaños. La fortuna de una sola fecha.

Afuera ya no veo al hombre de la mochila.

El formato que se encontraba llenando sigue en el mostrador y la pluma no tiene la tapa puesta. Es azul. En estos lugares siempre hay tonos azules con los que se intenta transmitir una tranquilidad impalpable.

Los viejos no tan viejos platican con su hijo, o nieto. Quizá sobrino. En las caras se les dibujan expresiones de temas mundanos.

Hasta esto tiene la capacidad de transformarse en rutina, y la rutina produce un extraño tipo de alegría.

Hace tiempo que no hablo en árabe. Aquí, mis errores en la mezquita al pronunciar los versos no causarán enojo ni distracción. Tampoco pedirán la discreción que *baba* me exigía para que *madar* no se enterara de nuestras escapadas nocturnas. Estoy seguro de que siempre supo de ellas. Negociación interna con la fe de mi padre quien imaginaba las discusiones que provocarían cinco visitas al día a la primera *masjid* de la ciudad.

La rudeza en la lengua del misericordioso busca ser acogedora, rezaba en el camino. Me sostenía de la mano y enseñaba el camino de regreso, por si un día le pasaba algo y me perdía. Algo más les tendremos que envidiar a nuestros vecinos. En la lengua del dictado es donde importa más la musicalidad de lo dicho que el contenido de las sílabas.

—¿Qué quiere de mí, agente Narwani? —pregunto en árabe.

Era de suponerse. Pirsing reclama traducción en la mirada. Se ha quedado con el golpeteo de las consonantes.

Pregunto a sus maneras. Quiero confirmar la profundidad de las generalizaciones. Sus prejuicios no resisten la palabra. Necesitan imágenes. Así funcionan.

Era de suponerse que la carpeta tuviera una función. Abre su cubierta sin levantarla. Recortes de periódicos en francés, en árabe, en persa. Inglés y hebreo. Son notas pequeñas. Copias. Blanco y negro. Originales viejos e impresiones recientes con la impronta de un sello del Estado. Tinta azul. ¿Qué obsesión con ese color?

—¿Berkeley? ¿Estudiante? —es la primera pregunta que me tiene de sujeto.

—Administración pública. Maestría.

—Un reformista. Habrá leído periódicos —se dirige a Pirsing. La condescendencia es siempre de naturaleza burlona.

Una diferencia entre soberbia y arrogancia está en que, el soberbio, al menos cuenta con algo de qué serlo.

Al Gran Sheik Bizhan Hussain Najafi, *Marjah* como los cuatro ayatolas de la tradición de los doce asentados en Najaf, lo buscan por su relación con Abu Kavan al Muhandis. Reporta un diario que parece tratarse de *Der Spiegel*. Edición inglesa. En un recorte más pequeño, el pie de página se sostiene al reverso con cinta adhesiva: Abu Kavan es comandante en el Comité de Movilización Popular del gobierno de Irak.

Mitad iraní y mitad iraquí. Según, creo, *Le Monde*. Han cortado la esquina superior, donde viene el nombre. Se adivinan unas letras. Una *e* y una *de*. Tal vez *be*. La tipografía es inconfundible y coinciden. Ningún recorte tiene el nombre del diario del que provienen.

En un texto más largo: Se sabe nada del hombre después de una última misión en la frontera con Siria. Narwani lo separa del resto de papeles y acerca. No había tenido hasta este momento otro gesto de amabilidad. Me da tiempo para leerlo.

Pirsing pide permiso para hacer lo propio con otra nota, copia. Sin fotos.

Leo. Han perdido comunicación con él o él la perdió con el mundo.

¿Quiénes? Deben referirse a periodistas o gobiernos.

Su lenguaje es el de los rumores. El que está impreso. El de ella. La información de nuestros días.

Narwani recita de memoria lo que lee Pirsing.

Lo ubican en una cena con antiguos miembros de la alta jerarquía de los *Basij*, paramilitares entre los Cuerpos de Guardia Revolucionaria Islámica. Aparece la primera foto entre todos los papeles. “Posible disidencia”, escrito a mano. Hemos pavimentado la mesa con ellos. También en blanco y negro. El foco en la imagen no es preciso, la luz tenue. Podrían estar al interior de una tienda de beduinos. De militares.

Se les ve con salud y seguridad, afirma al calce de la fotografía una

redacción que hace mucho tiempo abandonó cualquier intención poética.

La tomaron durante la reunión de informe a las tropas americanas tras la tercera batalla de Fallujah.

—Déjenme hablar a casa, oficial Pirsing.

¿Cuál es la dosis de información necesaria para que interpretemos lo que falta de una historia? Las familias se hacen entre los mitos que les permiten sobrevivir. Son los mitos, antes que las construcciones, los artilugios, las anécdotas, las lágrimas y las risas. Y si hubo risas, anécdotas buenas o quizá no tan malas, pocas lágrimas o lágrimas que dieran sonrisas, éstas crecen en figuras de dimensiones que no son las de los eventos. Se transforman en pilares de memoria. Esa cosa extraña. Un eso tan frágil. Más que los castillos de cartas. Soluble como los de arena. El recuerdo.

Narwani suelta una frase para que yo la complete. Hacemos un dúo de voces para una misma mentira.

—Tariq el iraquí terminó sus primeros estudios en Haifa —afirma ella. Quiere engañarme.

—En Najaf. Lo dije al inicio. Haifa es Israel. Mi padre no es iraquí.

Me conformé con el exilio de su revolución y su relato. Creí la urgencia por salir del país tras el arribo del avión proveniente de Francia, que llevó a Jomeini de París a Teherán.

—¿Sus compañeros de Najaf?

—Quedaron en la ciudad donde descansa el cuerpo del Imán Ali.

La huida fue más amplia. Con qué cobardía separamos las nociones de huir y del exilio. A la primera le damos atributos negativos que eluden el valor de quien huye.

No conforta pronunciar la palabra exilio a menos de que se haga en términos políticos.

—Debe ser difícil para su padre.

—Difícil es saber por qué me tienen aquí.

—Por Najaf —miente como respira. Desde la orden presidencial, a cada musulmán le preguntan por su ciudad de origen y después, por alguien que salió de ella.

—Se ha borrado esa ciudad en mi casa.

—¿Por qué le creeríamos?

—Porque no me han dicho de qué tengo que convencerlos.

Si nuestros lugares fueran distintos, yo estaría creyendo que por ser cristiana conoce a cada vecino de Jerusalén.

En realidad, hay razones para tener miedo. Como si el miedo fuera algo que debemos excluir de nuestra imaginación, anulamos la precariedad de ver lo que aún no sucede. Incluso, si sabemos

perfectamente qué pasará.

—Algunos migrantes extrañan su vida.

—Su vida empezó apenas llegaron a esta tierra.

Escogemos, así, los ingredientes con los que la memoria se irá convirtiendo en imágenes que perdurarán por generaciones.

—Si pudiera hablar con su padre —la voz de Pirsing dificulta entender su intención. Podría ser pregunta o preludio.

—¿*Baba* está en problemas?

—Si yo pudiera hablar con su padre, le preguntaríamos sobre su mujer —la agente maniobra imprevistos.

Madar tenía diecinueve años el día en que tomó el vuelo de la despedida. Diecinueve años y dos peticiones de matrimonio. *Baba* sigue orgulloso de su triunfo. Le quedan pocas alegrías como la ternura de su unión.

Un año antes, Abdallah bin Abi y un hombre al que *baba* sólo refiere como Ommar, ambos empleados de mi abuelo, le pidieron permiso para casarse con su hija. Mi padre, que por razones obvias no estuvo presente en las reuniones, cuenta lo que le dijo mi madre y seguramente es distinto a lo que narraría mi abuelo de seguir vivo: volteó a ver a su hija para preguntarle con las cejas si le interesaba alguno de los dos empleados. Ella cerró los ojos y él se negó.

El rito no cumplía con las costumbres de la época, tampoco era completamente extraño en una familia donde la tradición, que aún no volvía a ser campo exclusivo para los hijos de la Revolución Islámica, se relegó de lo público y poco a poco invadió lo privado.

A las hijas de su clase, se les mandaba a estudiar medio tiempo con una nodriza para que les enseñara lo que las escuelas regulares no impartían. Si Medio Oriente es el paraíso de las dualidades, en Irán, la medianía gestó la demencia desde la convivencia de los polos.

A ustedes, agente Suzzana Narwani, les han enseñado que durante el gobierno del Shah, Teherán era una pasarela de minifaldas. Mi padre, porque mi madre no tiene ninguna, me ha mostrado fotos de las calles. Chadores hasta el piso caminaban junto a pantalones amarillos y hombros descubiertos. Faldas a la rodilla eran vistas por hombres con *dulband* blanco que cubrían las canas con su tela.

Aquellas nodrizas guardaban un resquicio de cordura para quienes, hacia un lado o al otro, sentían que se perdía piso con la modernidad.

Las precauciones de mi familia apuntaban al pasado.

Durante el gobierno de Pahlavi se excluyeron ciertos eventos históricos de los programas de estudio. Incomodaban. Su ausencia contradecía un proyecto académico en el que mi abuelo tenía interés para su hija. Hasta 1979, cien estudiantes al año se iban a Estados

Unidos y a Europa para continuar su formación universitaria. Los gastos corrían a cargo del Estado. La falta de coincidencia entre el conocimiento del mundo y la enseñanza en Irán, alrededor de la relación del Shah con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, avisaba de un tropiezo que se intentó zanjar con la educación dentro de la casa.

Como en las peticiones de matrimonio, la educación navegó en mareas insostenibles.

Si se quiere un hijo autosuficiente, sólo hay que enseñarle a leer. *Madar* leyó y se crio con mis abuelos, aprendiendo de ellos lo que le ocultaban. La memoria de la mezquindad política, el coraje y las virtudes de saber decir *no*.

Pirsing se ha sentado en la silla frente a mí. El rasguño en la mica de mis lentes pinta la vista de blanco. Narwani en la cabecera de la mesa.

Pregunto si puedo fumar.

Me habría gustado recibir un sí.

En países como el de mis padres, el que no he visitado, es difícil, si no imposible o al menos improbable, diferenciar la verdad de la mentira. Dependemos demasiado de las familias y como las familias mienten, la historia de nuestras naciones es apenas lo que ha sido adecuado seguir contando.

En la sala de espera, si el adolescente que platica con los viejos termina por vivir una serie inescrutable de pesares, ¿será honesto con sus hijos o les ahorrará torturarse con memorias que podrían ser aligeradas?

A *baba* y a *madar* les gustaba, cuando era niño y también adolescente, contarme del otro país. Aprovechaban la cocina para cambiar de territorios. Las recetas eran sus casas y los ingredientes distintos a la comida de la calle y de la escuela. Prendían el tornamesa y ponían música de *setar* y *dayereh.* Abundaban los discos, menaje de estudiantes en los intercambios universitarios. En Nowruz, nuestro año nuevo, preparaban los platillos más complicados y, en medio de ellos, soltaban los recuerdos que sentían la obligación de transmitir pero preferían hacerlo a la par de actividades mecánicas que facilitaran olvidarlos.

Una hora y media de preparativos para una hogaza de *kuku sabzi*. Llenaban la casa de los olores correctos para soltar relatos del tamaño de las porciones de especias, hierbas y aceites. A diferencia de la memoria, de ellos saldría lo previsto: al levantar la tapa de un sartén cubierto, aparecía el pan dulce de cilantro al que le untaba el jocoque con pepino al que siempre le llamamos *mast-o-khiar*.

Cilantro, perejil, oliva, sal, pimienta y semillas de alholva.

Jomeini aterrizó en el aeropuerto Mehrabad el jueves primero de febrero de 1979. Las primeras inscripciones que pintaron los revolucionarios en la casa de mi madre aparecieron el jueves y se repitieron el domingo. Dieron tiempo de limpiar la puerta el día santo.

Las trabajadoras de limpieza, dos drusas de quince años sólo tallaron el primer día. Dejaron la casa a la mañana siguiente, cuando la familia pensaba que cuidaban con sus manos la pulcritud de la fachada.

Al pasar suficientes horas sin ruido, mi madre, junto a sus hermanas, salió para darse cuenta de su ausencia. Se llevaron hasta el agua de las cubetas.

Jengibre, polvo para hornear, azúcar de remolacha y seis huevos. Harina de sémola de trigo. Las hierbas se limpian y se secan. Sobre el sartén se fríen la sal y la pimienta. El tiempo es el que decide la mezcla antes de quemarse. Tanto el perejil como el cilantro deben ser picados a la pulverización.

Al martes siguiente, Abdallah bin Abi y Ommar fueron a presentarle su renuncia a mi abuelo. Discutieron con él en la puerta. Cuentan, sin gritos. Ligera traición entendible en la supervivencia y condenable desde el afecto.

Una manifestación se agrupaba en la calle y al ver la escena, la turba intervino contra mi abuelo a favor de los dos trabajadores. Creyeron que estaban haciendo un bien. Luchaban contra un opresor. La casa aún mostraba las manchas que las niñas de limpieza, en la falta de pericia propia de su crianza, no lograron borrar por completo.

Si el picado es minúsculo, el *kuku sabzi* tendrá un interior más verde. Su exterior será de un oscuro falafel y la corteza dulce romperá la acidez de las especias faltantes cuyo nombre es inútil intentar recordar. La memoria es tramposa.

Los tres vieron a la gente abalanzarse. El abuelo intentó encerrarse en su casa. Ommar reaccionó sin cuidado y lo empujó para protegerlo. Cayó al suelo dejando la puerta entreabierta. La pierna impedía el cierre. Abdallah bin Abi la aventó con una patada a la espinilla, sin violencia. Sin tanta. Mi madre, que lo espiaba a sus espaldas contra la indicación de su madre, les gritó a ella y a sus hermanas que subieran al cuarto principal para esconderse debajo de la cama. Con la silla de la mesa para maquillarse bloquearon la puerta desde el interior.

Madar, al ver en el piso la vulnerabilidad de su padre y un riachuelo de sangre ensuciando la alfombra para poner los zapatos, apretó con fuerza el picaporte y azotó la madera. Para esas alturas, el pie de Ommar era lo que impedía que cerrara. Abdallah bin Abi notó

la imprudencia de su amigo y lo jaló de la camisa hacia afuera. Los botones saltaron al recibidor.

Una decena de personas, seguidores del Ayatola, ensombrecía las ventanas con sus cuerpos y gritos.

Mi madre usó todo su peso sin sentir la manija incrustándose abajo de su ombligo. El impacto atravesó el cuerpo.

Al fondo de un recipiente de buen tamaño se combinan las hierbas. Revuelven las semillas, la harina, el polvo para hornear y el azúcar.

En cuanto la masa era homogénea, mi padre, con más vigor en los brazos para sostenerla, la vertía en el sartén. A solidificarse, cinco minutos por lado. Enfriar al aire y cortar en rebanadas que nunca duraron más de unas horas.

Ommar sostuvo la puerta para que no se viniera abajo por el impacto de la turba. Fue inútil. Mi madre golpeó la pared. Creyó escuchar su piel al reventarse las vísceras. Sonaron las costillas. Rotas. Las astillas cortaron. Quedó atrapada entre el picaporte y la pared. Todavía tiene una cicatriz que le duele en temporada de lluvias. Se desvaneció sin respiración al lado de mi abuelo.

Despertaron por el humo. Los revolucionarios prendieron fuego a los muebles, a los sillones. Usaron encendedores de benzina. Arrojaron sus estopas para acelerar la quemazón. Las cortinas ahumaron el techo. Fueron Abdallah bin Abi y Ommar. *Madar* no ha podido borrar el sonido de sus voces embriagadas. Las encendieron para no despertar sospechas entre los más fieles seguidores del Ayatola. Ambos se convirtieron en un soplido. De no hacerlo, los habrían colgado con una cuerda al poste de alumbrado público.

Mi abuelo gritó por el dolor en el alma. Dos traiciones y venganza. La temperatura subió. Los cristales se rompieron en pedazos. Cuando la casa quedó vacía y las pisadas callaron, mi abuela y mis tías apagaron las llamas con las cobijas y los tapetes tejidos de lana. También se perdieron.

Apenas lograron salvar los abrigos antes de que se incendiara el perchero.

La noche en que *baba* le habló a *madar* desde un aparato público en Najaf, ella le contestó con una compresa de hielo presionándole el abdomen. Se habían refugiado en el cuarto de las niñas. El que fue de todos a partir de esa noche.

Las lesiones le persiguieron el resto de su vida. Destruyeron lo único que era sólo de ella.

El hollín se albergó en los pulmones del abuelo y enfermó antes de la madrugada. La fiebre le calentó las manos y la frente. Lo inundó de escalofríos. Mi madre se movía con dificultad, lo abrazó. Fue inútil.

Un cuerpo demasiado pequeño calienta conforme a sus dimensiones. Su sangre le recorría las venas para sanar las fracturas. La abuela imploró ser pacientes, pero sólo quedaban esas dos mujeres para darle carácter a la condición de urgencia. Las primas eran más jóvenes y seguramente era escasa su capacidad para seguir perdiendo familia.

Madar cuenta que se levantó y bajó las escaleras. Volvió con el abrigo de su padre, por fortuna más limpio que todo lo demás. Una sacudida y el polvo quedó flotando. Se pegó al techo sin volver a sus caras.

Por las ventanas rotas de la planta baja se metía el aire, helado, de la noche.

Al colocárselo sobre la espalda, él abrió su brazo para dejar entrar a su mujer en el abrigo. Luego a las sobrinas. Al final entró mi madre.

Ambos padres pronunciaron su nombre. Jamás volvieron a hacerlo.

Hasta la fecha, ella le dice a *baba* que abrió los codos para ocupar el doble de espacio que sus hermanas. Le había guardado un espacio adentro del abrigo por sí llegaba.

Cada año, en Nowruz, *somos la familia del abrigo*. *Madar* nos abraza bajo el suyo.

Durmieron unas en la cama, el abuelo y mi madre en el suelo. Para que la memoria no los traicionara.

El agente Pirsing tiene esa extraña cualidad de respirar por la boca sin emitir sonido ni sufrir por el secar de la lengua o la garganta.

—Agente Narwani, ¿conocíamos todo esto? — pregunta a su compañera.

Escoge con precaución una de las plumas en los bolsillos del chaleco. Retira una libreta vertical del mismo, de argollas. La abre, pasa las hojas. Encuentra una sin anotación alguna, casi al final de los folios. Prueba que la pluma pinte, dos rayones. No anota nada.

Hay una sorpresa que no respira miedo. La estupefacción de adivinar algo más grande que nosotros y los límites de lo que consideramos plausible, en el universo de lo impasible que son las fronteras y la gente que vive de ellas.

Narwani sabe que mi madre huyó de Jomeini sin tener a Jomeini de enemigo en la casa. Tampoco tenía intención de quedarse a vivir en San Francisco, menos en Pasadena y después en San Diego.

Mudanza tras mudanza, el exilio escoge por uno el lugar de residencia.

La idea era estar unos meses en el lugar donde Oriente fue revisitado por Occidente y corregido: California. Ya le llegaría un telegrama con indicaciones para alcanzar al protector de su padre en el destino desde el cual el Shah mantendría una cercanía conveniente

con sus enemigos y aliados.

Si tan sólo el Shah hubiera tenido un corazón fuerte. Supo su destino por los periódicos.

Me encantaría, agente Narwani, seguir escuchándola. Creerle una que otra de sus palabras.

—¿Quién dice que financió el traslado de mi madre?

Quizá también quiera hablar con ella y explicar al oficial Pirsing por qué tiene a un ciudadano en un interrogatorio en la frontera.

Debe suponer que mi padre tomará con gusto la invitación a visitar a su hijo en San Ysidro.

Dígame, no se contenga. Dígame quién es mi padre.

پنج

panj

ه

Todo indica que Pirsing me trajo atendiendo la alerta e indicaciones de su pantalla. Hay una perversión histórica en la capacidad que le hemos dado a los destellos para cambiar rutinas, para ocupar el tiempo. Transformarse en él.

Probablemente, actuó de la misma forma que la oficial a unos cuantos cubículos de distancia, algunos minutos antes. Así como seguramente lo han hecho sus colegas varias veces a lo largo del día.

Otros, en mi lugar, han ocupado estas salas de la incertidumbre por efecto del instinto. Cosquilleo de prejuicios y de argumentos. De suposiciones que se consideran argumentos. A veces será el turno de unos, otras de los segundos. ¿Cuál culpa tendrá la pareja de viejos con su nieto? Ése con cara de sobrino. ¿Cuál, fuera de entrar en un pantano de aseveraciones donde la flexibilidad es demasiado rígida? El umbral de los riesgos aquí dentro es impreciso y deposita rastros en el futuro de quienes son señalados sin la menor justificación.

Es un sistema de antípodas que engranan con exactitud empática la adecuada sincronía de la injusticia. Exactamente el mismo peso cae sobre aquéllos exhibiendo sospechas empíricas, posibles, que encima de otros a los que la vestimenta, el tono de la piel o los ademanes, les dibujan presunciones de culpabilidad. Ambos motores, el justificado y el aludido, se necesitan mutuamente para funcionar.

Cada tanto, ese viajero que escondía algo y no tiene una pizca de conflictos evidentes, es descubierto por los mecanismos que funcionan, muchas veces de manera correcta, para determinar quiénes son sujetos a revisiones e interrogatorios. En paralelo, quien es susceptible a generar desconfianza cuenta con un margen de probabilidades desde el cual, incluso, si todo indica que esconde algo, lo quebradizo del instinto hará posible que su suerte gire en el sentido opuesto para liberarlo de cualquier previsión fuera de lugar.

La injusticia es el lubricante por medio del cual los extremos se impulsan en un ritmo perfecto para sus propias intenciones. Es indudable que hay pérdidas en el proceso. Tragedias innecesarias. Todo se resume a no ser una de ellas. Se trata de no situarse, por gracia y voluntad del sistema, en el punto intermedio donde sin culpas o secretos, azar y determinismo coinciden para arruinar la vida, el instante o las aspiraciones.

El hombre de la mochila pasó a ser el del formato, luego el del cuarto. Le quitaron la primera condición. Los policías le hicieron abandonar el papel en cuanto vieron una ligera dificultad para llenarlo. Quizá sólo quería comprar tiempo. Postergar lo que imaginaba podría venir desde la razón de la experiencia, propia o de ajenos, que se le ha transmitido y convertido en percepción. Por eso

cogió la pluma. Enredó y desenredó varias veces el hilo que la sujetaba. Lo estiró sin querer comprobar dureza o elasticidad. Quizá escribió una vocal, la primera de su nombre. La tachó. Reescribió y, al siguiente renglón, tachó de nuevo. Sobre el blanco. Sin haber puesto nada antes. Ni el primer punto de la línea que daría una letra. No se trataba de un error, sino de un intento por retardar el destino. El afán de nuestra naturaleza por hacer lo imposible con tal de no someternos a él.

Minutos más tarde, salió de la puerta de la sala de interrogatorios con sus cosas en custodia de un oficial nuevo. No estaba por aquí. Seguridad privada con guantes de plástico que sostienen la mochila. Una compañía contratada para las tareas que no les interesan a los policías, a los CBP ni a los funcionarios. Seguramente el triunfo de una exigencia laboral. Cargar lo que queda de la dignidad de aquellos que no tienen más opción que deshacerse de ella para conseguir lo que buscaban.

Junto con la mochila le han retirado los cordones de sus zapatos. Debieron quitárselos ahí dentro. Debió pensarlo antes y por eso se había adelantado. Para ahorrarse motivos de desprecio. Las lengüetas desnudas dan testimonio de compra reciente. Aún son lisas. Los surcos de la presión apenas se van deformando. Se sienta en la misma silla que había ocupado. Le devuelven todo, es poco. No existe mayor bravuconería que quitarle a un individuo la dignidad gratuitamente. Si al menos hubiera un propósito se podría reclamar compasión.

La mujer negra ha tardado en salir del cuarto. Le entrega el pasaporte de regreso. Desde mi lugar da la impresión de que le están permitiendo entrar al país.

Supo elegir las palabras.

Es claro que la primera regla del código con el que se atraviesan las fronteras es no equivocarse. Saber transitar sin tropiezos. Para ello, la única opción es tener preparadas las respuestas a todo lo que a uno le puedan preguntar.

Se coloca en cuclillas, pasa el herrete de la primera agujeta por un ojal inferior de su calzado. Sostiene el otro extremo del cordón y los mira. Cruza. Derecho por detrás. No. Recapacita. Ya no quiere dilatar su estancia. Cruzados sin atender simetría.

Cuenta mi madre que, en el camino de su casa al aeropuerto, mi abuelo conducía por primera vez en su vida el Mercedes 280 SE de color amarillento, como crema, que siempre tuvo un chofer al volante. En el asiento trasero, la abuela Jadiya le hizo memorizar los datos de las identificaciones y pasaportes que compraron por mayoreo a un general, antes de que el ejército le entregara las armas y el alma a

Jomeini.

—¿Falsas? —Narwani cree haber encontrado algo.

—No. Le pregunté una sola vez y no necesité más. Identificaciones de mujeres que ya no pasarían a recogerlas. Preferí desconocer las causas. Hay un punto cuando la memoria de la estabilidad desaparece, en que es más fácil seguir avanzando sin conocer las razones de quienes se convirtieron en tragedia.

Llámele egoísmo. Sabía que ella prefería no contarme. Se llama supervivencia.

De regreso a casa guardaron las identificaciones en tres cajas pequeñas. Contenían los repuestos del Rolodex de mi abuelo. Las vaciaron. Llenaron.

Madar aún las guarda debajo de su cama. Ocultas.

Por curiosidad y envidia, encontré los pasaportes el diciembre de mis doce años. Mis padres les habían hecho a los vecinos cristianos el favor de guardar los regalos navideños de sus hijos.

La mayor parte de las fotos estaban borradas. El decoloro de unas pocas, restantes, impedía adivinarlas.

—¿Qué es un Rolodex? —al oficial Pirsing le sobran años, pero faltan padres con vocación de bodega. Las bodegas son parte de la consciencia del exilio.

—Un archivero de escritorio, señor. Volverán a estar de moda. Los venderán en las tiendas de museos y decoración moderna.

Velocidad y estrategia de supervivencia dictarían la mecánica. Si al acercarse al punto de revisión en el aeropuerto de Teherán, el militar que le recogía sus documentos estaba entusiasmado y con energía, debía mostrar un pasaporte en el que su foto la mostrara con el *hijab* cubriéndole la cabeza. Sin ánimos revolucionarios, ningún militar de esos años trabajaría con una sonrisa en el rostro. Demasiado entusiasmo y habría de elegir entre el chador con su negro de mujer comprometida con un marido, con Dios, o la pureza blanca de la *al-Amira*.

En caso de vérselas con un soldado cabizbajo, nervioso o desconfiado, elegiría alguna de las credenciales de viaje con vestimentas que presumían apariencia occidental. Ahí tendría que escoger entre las muchas opciones que prepararon las noches anteriores, cambiando ropas, arreglos y maquillaje, para retratar en su miedo a distintas mujeres.

Usaron la Polaroid de una de las hijas de la tía Hala.

Dentro del aeropuerto escogió la foto con aretes, blusa de colores y cuello marinero. Un toque conservador para sortear eventualidades intermedias. El mismo vestuario con el que, acompañada de mi

abuelo, fue a la embajada americana para obtener la visa de estudiante que le correspondía al programa de excelencia académica en el extranjero que financiaba el gobierno del Shah.

Gracias a los negocios familiares, el permiso de viaje le fue entregado el mismo día. Favor en reciprocidad.

Contrario a la primera y preocupante opción que se había planteado, el militar que le recogió los documentos estaba tan asustado como ella y al verlo, supo que haría lo que estuviera en sus manos para ayudarla a salir de Teherán como si se tratara de su propia hija.

Quería hacerme pasar rápido, recuerda *madar* al moler los garbanzos. Repite en voz alta lo que pensó esa tarde. El hombre sudaba. La transpiración marcaba la camiseta interior sobre la camisa de uniforme olivo. Oxidaba el seguro de las medallas.

Todavía se encontraban en el país los periodistas extranjeros. Reportaron que, durante semanas, algunos militares de bajo rango continuaron haciendo sus tareas regulares sin mayor modificación. En cuanto los generales juraron lealtad al Ayatola, reportaron a cada una de las personas que aprovecharon el desorden para salir de Irán.

La pudo reportar a ella. Pudo reportar a su *doppelgänger*.

Mi abuelo no se despidió. La vio caminar junto a su mujer entre la suciedad del parabrisas del auto. Arrastraban la maleta y los bolsos de mano.

Una manifestación, de las tantas que llenaron las calles del país entero, les impidió seguir avanzando a los pocos kilómetros de llegar al aeropuerto. Puñetazo al vidrio lateral, patada en la lámina de la puerta. Al segundo golpe en su ventanilla mi abuelo tuvo que responder a la turba. Apretó con su índice izquierdo el interruptor eléctrico y soportó los gritos. Preguntas inquisitivas que no esperaban respuesta. ¿Ayatola o Shah? ¿América o Ayatola?, ¿islam o América? Hoy América se hace la pregunta inversa.

Fingió llamarse como el chofer que dejó de ir a su casa dos días antes, tras escuchar el llamado de la Revolución Islámica. Presionó tanto el botón que lo rosado de la uña se tornó blanquecino e hizo una con la lúnula. Mi madre imploraba en silencio que el antiguo empleado familiar no apareciera entre la gente.

Alauita, el chofer de mi abuelo, nunca le explicó a su patrón que el vehículo traído de Alemania se sobrecalentaba al mantener encendido el motor sin avanzar. El sistema de enfriado por agua, diseñado para temperaturas decentes, no podía prescindir del aire entrado por la parrilla.

Cuando el viento caliente enfría es que se está cerca del infierno.

Para *madar*, fueron sus huéspedes en el gobierno de Pahlavi. La hipocresía establecida. La lucha con la historia, su manipulación y vicios. El mismo infierno que recibió al Ayatola y puso a los iraníes a discutir cuál de los dos era más digno de asarse en él.

En cuanto se prendió el testigo de temperatura ordenó a las mujeres seguir a pie. Descendieron. Abrieron la cajuela y marcharon.

En lugar de decir adiós, mi madre detuvo a la abuela en la entrada de la terminal. Le hizo prometer qué les diría a las primas: el calendario escolar es distinto en América y debía partir antes. Acordaron una mentira que sabía, eventualmente se descubriría.

Su tranquilidad momentánea dependía del periodo de engaño.

—¿Tariq Najafi también entró a América con un pasaporte falso?

—¿También? ¿Les importa mi madre o mi padre?

—Nos importa qué sabe su madre de su padre.

—Pero no tanto como para hablar con ellos — la efectividad del miedo depende de qué tanto se haya vivido—. ¿Les importa porque es musulmán?

—Somos amigos de los musulmanes.

—¿El veto musulmán?

—No existe. Es una precaución de viaje.

—Son americanos. Mis padres.

—La nacionalidad es nuestra.

—¿Me advierte a mí o a ellos? No será la primera vez.

Madar tardó en recibir la amenaza que usted me sugiere sin el valor de imponerla, agente Narwani. Sin embargo, el vacío que provoca quizá le llegó al verse sola frente al mostrador de migración.

¿Sabe por qué son eficientes? La amenaza es mucho más que el resultado. Es el vehículo del miedo que, al sumergirnos en él, no deja defendernos. Hay miedos ante los que uno se defiende. Los miedos de las amenazas obligan a claudicar.

Quiere de mí algo a cambio de eliminar lo que planteó con discreción en esta mesa. Algo con lo que ha embestido cada una de mis entrañas. Me ha sugerido la muerte para ofrecerme sacarme de ella. La ha presentado en sus facetas más crueles y ásperas. Ésas que no habitan en los dolores internos, sino en los que sostienen pilares invisibles hasta que los vemos quebrarse.

El miedo, si es que tiene virtudes, si quiere nombrarles de esa forma, es el obsequio de imaginar los peores desenlaces. Presentes, claros, como si estuviéramos frente a ellos.

No quiero la muerte, no ésa. Usted dice que no es muerte, pero de ser honesta lo admitiría: me ha hecho entender que mis padres podrían perder su nacionalidad sin siquiera decirme de verdad el

motivo. Prefirió que el miedo lo hiciera. Supongo que así funcionan estos trámites. Navegamos por el pantano legal con el que la ambigüedad se disfraza. Imagino que, de amenazar con franqueza, cruzaría el límite que ampara las barbaridades.

Así funciona el mundo. De atrevernos a amenazar de frente, ganaríamos dignidad. Perderíamos la eficacia que permite afirmar que jamás hemos amenazado.

El vacío del miedo succiona el pensamiento y las palabras. Profana una identidad hecha de sus acentos.

¿Qué se siente regalar el fin? Ser quien tiene el control de acabarlo todo. Son unos *todos* de tamaños pequeños, si quiere. *Todos* de dimensiones ínfimas. Insignificantes como una familia. La mía. La de afuera. La del hombre sin agujetas o las que esperan en la noche a la pareja que revisó Pirsing en el puesto de migración. ¿Se da cuenta de que yo era un adulto cuando nos conocimos y su chantaje me va convirtiendo en adolescente? Siga y me hará niño. No diga que está en mí salvar a mis padres. Jugará con las obligaciones que traspasan edades. Es inapropiado. ¿A eso se refiere? ¿Quiere decir que los debo de salvar de usted?, ¿que les puede hacer daño?

La falta de claridad en lo que quiere me llevará a pedirle que me lo haga a mí. Ya no regreso, me quedo en Tijuana. Ni mujer tengo por quién volver. Sáquenme por la puerta de atrás. Seguramente hay una. Mándenme con los mexicanos, con los hondureños, los guatemaltecos y los salvadoreños.

Ahí hay muchos otros a los que hemos vaciado y me harán compañía, y yo también a ellos.

Décadas en un lugar que mis padres llaman casa no deben depender de su juicio, de su fuerza. Es usted fuerte, es muy fuerte. Más poderosa que quienes los hicieron huir. ¿Si le digo eso los dejará seguir con sus vidas?

—Gracias, oficial Pirsing. No necesito ahora otra botella de agua.

Lo único que entiendo es la facilidad para transformar la calma en miedo.

Narwani le pide a Pirsing la libreta de notas que había retirado de su chaleco. Con una mirada también su pluma. Apunta. Tapa lo escrito con la mano, la del anillo.

¿Si les arrebatan lo que tienen a dónde irán? ¿Se lo ha preguntado? Nunca nos ha importado expulsar a la gente. Mucho menos a dónde. Permítales morir en esta tierra sin saber que estuvieron a punto de perderlo todo. Será mi responsabilidad. Todavía no me toca ser responsable de *baba* y *madar*. Sigo mintiéndoles para no preocuparlos. Siguen creyendo que aún vivo con la mujer por quien, con tal de

evitar enojos y prejuicios, aunque más tarde llegaron, me costó un año reunir el valor para presentárselas.

Quíteles su nacionalidad. Los matará sin paraíso en el qué refugiarse.

En el país viejo los fusilarían. Los colgarían o lapidarían en la plaza Azadi.

Quiero que pasen los años y un día conocer Azadi sin pensar que ahí los mataron.

No los convierta en los viejos que conocí en México.

¿Los mandaremos allá? Allá reciben a todos.

No debí salir de Berkeley. Debí hacerle caso a Amri. Es mal día para atravesar la frontera, me dijo. Irnos a beber, aunque fuera viernes. Emborracharnos con alimentos orgánicos, cerveza artesanal, huevos de libre pastoreo. Todas las finuras de quienes se construyeron preocupaciones porque ya no tenían.

A *baba* nadie le regalará un cigarro. Tiene mal carácter, se enoja rápido. Detesta cortar la cebolla en la cocina. Odia que le haga llorar. Afila el cuchillo durante veinte minutos. Bajo el grifo le limpia las virutas de metal otros diez. Dedicó su vida a contener las lágrimas para secárselas a ella.

Mi madre no hace bromas, salvo decirle llorón. Dice que perdió las razones para reír y sus únicas sonrisas las saca a mi lado. Cuando estamos los tres juntos.

Tampoco quiero perder mis razones. Ella las dejó en Teherán y perdió el derecho a enterrarlos.

Si los mandan de regreso no veré sus tumbas.

No les puede quitar la nacionalidad. Ya perdieron una. Eso es el exilio. Sólo debe ocurrir una vez. No es posible condenarlos nuevamente, no hay derecho. ¿Cuántas veces han escuchado aquí esa frase? Qué fácil se dice a expensas de sentirlo. ¿Para qué tienen colgadas atrás mío tantas cartas? Retiren las formalidades. Una foto y una bandera es suficiente.

Madar ya no lee sin sus lentes. *Baba* se levanta tres veces a la noche porque llegó a la edad en que hacerlo le sirve para darse cuenta de que está vivo. Por eso le gusta arrojarse agua fría en el baño. Helada. Pararse delante del escusado y verse. Para él ésa es la utilidad de las madrugadas.

Me amenaza doblemente. Promete desbaratarlos y desarmarme. Perder lo que tienen y lo que tengo que no es ellos, como el cobijo de lo que debería mantenerse sin perturbaciones.

Quítemela a mí, también. Aquí está mi pasaporte. Rómpalo. Quémelo. Yo le presto el encendedor. Para qué querré conservar la

identidad capaz de la desgracia.

Con sus uñas unos cavaron sus tumbas y con mi fuego puedo incinerarme. No me permita estar en mi país sabiendo que los hemos expulsado. Ningún hijo es capaz de resistir el rencor a una patria que lo deshizo, que lo rompió.

Los nacidos en nuestros años distamos de la fortaleza que tenían allá lejos.

Tenían razón. Tenía razón el padre de Hasan al-Samarri la noche en que nos enseñó a jugar frontera. No somos de aquí ni lo seremos nunca.

Narwani destapa la pluma. Raya al lado de la prueba de Pirsing. Escribe el nombre de Abu Hasan.

Nosotros no migramos. Nosotros nos vamos al exilio. Los migrantes sufren, pero si hay suerte, una o dos generaciones más tarde los reciben. A usted la adoptaron y se convirtió en ellos. Las ranuras y los huecos, por más profundos que sean, se van llenando con cosas nuevas, nuevos recuerdos y afectos. Se llenan y hacen un sólido de la existencia.

Quiero saber si soy migrante o soy exilio. Enterarme así es el peor de los caminos.

Dieron por hecho que esta tierra era propia y viven dando las gracias. Créame.

El exilio nunca abandona el vacío de haber cerrado una puerta. La puerta del Mercedes que tenía mi abuelo.

—No lo hemos amenazado.

—Me trajeron. Eso es una amenaza.

—Sólo le preguntamos —justificación de una agente que no jerarquiza la crueldad.

Preguntaron por el país viejo. Preguntaron por la fe, por la escuela. Por las latitudes y el desierto. Preguntaron de política. Preguntaron sobre aquello que aquí se escucha en los sonidos de nociones cercanas al mal. Repitió, agente, que pueden perder lo que hace americano. Lo preguntó en americano.

—Le hemos hecho preguntas de rutina —qué eficaz es la frialdad femenina.

Si fuera distinto estaría acompañado de un abogado —Pirsing sigue queriendo que esto no importe.

Las rutinas alrededor del *Muslim Ban* son sólo costumbre para el interrogador.

—Ahora sí. La otra botella de agua. ¿Se puede, señor? ¿Me puede regalar una botella nueva?

—Un momento.

—Gracias.

Siempre que se habla de la patria, escuchamos una pelea para dejar tranquilo al pasado. Para acomodarlo en su mito.

Ya les dije, no será la primera vez.

—¿Qué más recuerda su madre? —Pirsing mezcla su interés inmediato con el permanente del oficio.

Los manifestantes a su alrededor del aeropuerto no gritaban la muerte al Shah. Tampoco vitoreaban al Ayatola. Obligaban a tomar partido y querían la cabeza del califa Yazid, asesino de Husain. Nieto del Profeta.

Agente Narwani, sus notas interrumpen los temores. Si me interrumpe constantemente es muy difícil estructurar con algún sentido lo que supongo quiere que le cuente.

—¿Sabe quién es Abu Bakr? ¿Lo considera un enemigo?

—Todo musulmán lo conoce. Abu Bakr es un personaje conocido. El asesinato de Husain no fue por orden suya.

—¿Seguro que está muerto? —la agente tiene un extraño concepto de seguridades.

—Permítame continuar.

Tampoco se despidieron las primas hermanas. Mi madre les envió cartas durante su escala en Europa. Ofreció disculpas por permitir que la vieran intercambiar disfraces para las muchas instantáneas que se tomaron sin que ellas supieran el fin de las imágenes. La abuela les hizo cortar las fotos de la Polaroid al tamaño de los carnés de identidad y de los pasaportes. Nunca le respondieron a las direcciones temporales que especificaba en los correos, ni cuando les envió la dirección del buzón fijo en el *U.S. Postal* que revisó cada mañana durante tres años.

Para la falta de respuestas, *madar* encontró razones en la culpa. Por etapas asumió que no les llegaron los sobres. Especuló que jamás la perdonaron. Esa teoría le dolió más por Ruqayyah que por Zaynab y Kuthlum, quienes eran dadas a las intrigas femeninas y no contaban con un corazón tan limpio como el de su hermana.

Para Ruqayyah, cuenta mi madre, la disculpa se profundizaba. La blusa con cuello marinero era de ella. Su favorita.

A veces, las menos, piensa que el oficial de migración la delató con su verdadero nombre y fueron a buscarlos.

En memoria de esa tarde, *madar* sigue preparando su *polo ba tahdig*. El último alimento que probó en casa de los abuelos. Cocina de familia. En ningún restaurante saben preparar arroz con corteza de pan crujiente.

—El Sheik Bizhan Najafi pudo ser asesinado por Abu Bakr —el

tono de la agente Narwani esconde una especie de confesión. De secreto, en el lugar donde los secretos se dicen con un objetivo.

Agente, estoy confundido. Hemos vuelto al punto de inicio de nuestra conversación. No sé cómo darle lo que quiere. Sus fuentes son extrañas. ¿Quiere saber de Abu Bakr? ¿Qué Abu Bakr? De ser así, agradezco que me haya dicho por qué estamos aquí, simplemente no veo cómo el traslado de mi madre al aeropuerto y los eventos alrededor del Mercedes de mi abuelo se conectan hasta nosotros. ¿De Abu Bakr saben todo? Sabrán más que nosotros. ¿Mi padre lo estudió? Claro. Su nombre está escrito en la tradición. Sin él no seríamos chií.

—¿Es probable que su padre le haya contado sólo una parte de la historia?

—Hubo un Abu Bakr hace trece siglos. Hoy en los periódicos se escribe sobre otro. El verdadero apóstata.

He sido quien dijo el nombre de Husain. Sí, lo asesinaron. Estoy seguro. Lo dicen los dichos. Usted quiere escarbar mucho tiempo atrás. Aún más que con el Sheik, es imposible que mi madre o mi padre tengan relación con el asesinato de Husain bin Ali. Debe estar bromeando.

Nada quiero menos que sonar irrespetuoso. Le pido que me crea. Conoce la lengua, pero no lo que significa. Su uso le ha extirpado una discusión tan vieja que no parece sufrirla, aunque de las peleas interminables que provocó está formada la historia que comparte conmigo de una manera que no logro entender por completo.

Quizá fue a clases del idioma por la necedad de un viejo en su familia que simplemente no quería desaparecer su apellido. ¿O habrá sido un engaño a sus abuelos para recibir más regalos en las navidades ortodoxas? ¿Maronita?

Tal vez fue mera curiosidad para fundamentar su pasado. La lengua que le entiendo no es la mía, ya no lo siga olvidando. Es la de un libro que aprendí de memoria.

A mí, mi padre me la transmitió para no olvidar su amor a Dios.

La lengua que usted habla se escribió en ese libro que jamás abrió. Es un préstamo sagrado, dice la tradición. De sus páginas surgieron los que asumo considera son los suyos.

Agente, oficial Pirsing. En verdad me ayudaría salir unos momentos a fumar.

Sé que puedo irme a casa. No me digan que puedo hacerlo.

No se molesten. Tampoco se angustien. Mi religiosidad está en donde podía colocarla al ser hijo de un estudiante de madraza.

Baba huyó para que no lo corrieran por representar lo que un gobierno sunnita interpretó como una escuela política chií. *Madar* sólo

buscó romper en mí la esterilidad de una batalla que ha durado más de trece siglos.

¿Quiere que sea honesto? Me cuesta creerle porque desconozco lo que afirma.

La afinidad de mis abuelos con el Shah no es ningún secreto. Tampoco la vergüenza que le da a mi madre el origen del dinero que la trajo al olvido y a las pérdidas irreparables. Me atrevería a decirle que, en mi casa, se cocinó con tal fervor y cuidado para ahumar el entorno propicio con el que se contarían indiscreciones.

Si bien lo inverosímil para Occidente es posible en Medio Oriente, usted quiere llevarme a algo muy lejano.

—Abu Bakr tiene un enemigo —continúa jugando a confidencias.

—¿De qué siglo habla?

A su salida de Najaf, el Ayatola fue a París. Ahí lo recibieron como un revolucionario que limpiaba las consciencias coloniales de una izquierda añejada.

—El enemigo de Abu Bakr buscó deponer al Shah.

—Uno lo depuso.

—Había otro. Jomeini fue el primero en llegar.

—De acuerdo, es fácil conceder su insinuación.

Imagino que Jomeini no era el único interesado en deponer a Reza Pahlavi.

—Había dos movimientos. Uno se formó en Najaf —informa.

Si está segura de que en la ciudad sagrada se formó un grupo antagónico debo confiar. ¿Por qué no lo haría? Esta conversación la iniciaron ustedes sin que yo me interesara.

Se equivocan si creen que hay indiferencia. Son los temas que rondan cada mesa de cada casa de la comunidad, así como en las pausas en las tiendas a la hora de comprar *za'atar* o harina de sémola. En las bodas y en los cafés. Viven en la consciencia que ya no reclama atención especial porque forma parte de la existencia misma. Son la condena de la monotonía, lo inconcluso que se ha estancado en un tema dado por cerrado. Persas, árabes, palestinos, también los judíos del vecindario de junto. Ustedes no, los cristianos de mi edad en la diáspora ya son tan cristianos que fuera de la comida han olvidado más de lo que están dispuestos a admitir. Se comportan como los libaneses que se consideran fenicios.

La herencia de esa zona del mundo es la incapacidad de hablar de otra cosa que de nosotros.

Todos los libros se escribieron ahí. En todos se nos dijo que éramos los elegidos.

Caímos en la trampa.

Es sencillo encontrarle lógica a su argumento, agente Narwani. Implica que la permanencia de ese hombre que le interesa, el Sheik, en Najaf, lo relegó y Jomeini encontró en su exilio un camino eficiente que habría sido imposible con la cercanía. ¿Necesitaba que alguien corroborara sus suposiciones? Le doy la razón. Dígame en qué más puedo ayudar. Si lo que pueda decirle nos permitirá sobrevivir y subsistir las horas que podremos llevar encerrados, le prometo que no discutiré sin ciencia acerca de Dios ni defenderé a un demonio rebelde.

—Usted está aquí por esa lógica.

—El Abu Bakr que le interesa, el de Daesh, robó el nombre del enemigo de Ali.

—No nos subestime —la agente se defiende.

—¿El Imán Ali? Lo había mencionado —Pirsing tiene buena memoria.

—Quien descansa en Najaf.

—¿Los compañeros de su padre? —Narwani suelta la pluma. Lleva los codos sobre la mesa. Sostiene con sus manos la cabeza.

—Los estudió en la madraza.

—Muhsin Najafi —el énfasis advierte.

—Señora.

—Si Abu Bakr se nombró en honor al califa, otros pudieron nombrarse por su enemigo.

—Es posible.

—Conoce su historia.

—Lo que me enseñó mi padre.

—Lo que pagó su viaje.

A la casa de mi madre no entró uno solo de sus dinares.

شش

shesh

Quisieron conocer una migaja de la historia de Medio Oriente hasta que se cruzó con sus destinos. Trece siglos pasaron por Occidente sin razones para pensar algo más que en nuestra mera existencia. No imaginaron jamás de dónde venía lo que veían. Tampoco los orígenes de a quienes toleraron como otros. No los aceptaron. Son condiciones diferentes. Religiosos de una creencia ajena, constructores de lo sugerente. Nómadas con dinero para comprar lo que les vendieran, o pobres para despreciarlos tanto como se dejaran. Violentos de una violencia distinta a la nuestra. Occidente se resignó a la incomprensión política de lo que nunca se esforzó por entender. Si había posibilidad de comunicarse y saciar los propósitos, fue bienvenida cualquier actitud percibida como extravagante. Los de las túnicas, las toallas en la cabeza. Insulto lleno de simplicidad. Los mantos negros de las mujeres. El petróleo, los animales de desierto. Las tiendas de campaña y los dátiles, incluso en las tierras donde no había tiendas, pocos camellos, algunos dromedarios y dátiles insípidos.

Cada ocasión en que el mundo volteó a ver a Medio Oriente, sólo se observó el instante. En la época de las colonias fuimos los territorios colonizados, no el tiempo que llevábamos a cuestas. Los minaretes que tanto fascinaron eran edificios en presente. Las casas exentas de minaretes, una parte del paisaje sin historia que quisieran comprender. Las personas que despertaron el interés de aventureros y enamoraron sus espíritus, se trataron como sujetos del momento. Cada conflicto en las tierras lejanas se leyó a la manera de realidades paralelas cuyos pasados estuvieron forzados a empatarse con las vidas de quienes atravesaron las montañas, las arenas, los mares, los fríos y los caminos, como si hubiesen sido habitados por culturas sin bagaje interno. Reconocieron que era propio, porque no podrían anularlo. Quisieron, pero asumieron que no tenía otra función más que maravillarlos o provocarles curiosidad.

Niyaz, en la península, fue para Occidente el desierto de los ingleses. La Meca y Medina el inicio de los temas que nunca intentaron comprender. En su lugar, los despreciaron. Viajaron con las postales de nuestras caricaturas. Las cafeteras de cobre, las *thawb* largas de los hombres sauditas. Persia era apenas parte del camino a Oxiana.

Hoy, Persia es apenas Irán. Palestina fue para Occidente un lugar que nació con la Gran Guerra. Beirut un puerto de Europa con ruinas viejas y aguas tranquilas, cuando Europa buscaba ser nueva y las olas impedían atracar sus barcos.

Hasta 1979, Irán era el aliado no árabe en la región de los árabes.

Ni siquiera se enteraron de que no éramos árabes.

Sólo cuando la demencia entró a Occidente, supieron que hubo un califa, discípulo del Profeta, que se llamó Abu Bakr.

Les costó entender que la voz del terrorismo contemporáneo no era el mismo. Ignoraron la utilidad política en la adopción de un nombre muerto. Sintieron sus peligros. Los de ellos. No los de nosotros para nosotros. Se enteraron a través de sus pantallas que un hombre de armas secuestró a uno de los cuatro califas iniciales que acompañaron al Profeta. El primero. El que encarnó sus miedos, pero también los de la comunidad de creyentes. El Abu Bakr del nuevo siglo. El que aprovechó los celos acumulados desde la matanza de Kerbela, cuando el cisma dividió al islam entre la sunna y la chía. Todo lo que temía el Profeta. El omnisciente.

Nos hicimos minoría a fines de los años seiscientos. Los oportunistas secuestraron cualquier asomo de hermandad. En la chía tardamos demasiadas lunas en volver, mientras los sunitas hacían escuelas. De una de ellas surgió el criminal que mezcló caminos en la modernidad, que era la modernidad occidental y no la propia. La culpa no era de las escuelas, quizá tampoco de todos los maestros.

Abu Bakr aprendió de las disputas chiitas nuestra torpeza, para crecer la barbarie desde el interior de la revisión sunna.

El Abu Bakr del Daesh, agente Narwani, es un político chií con inclinaciones sunní. Es un sunní que aprendió de nosotros los beneficios de la división y así dividió a su comunidad.

El Daesh nació en la medianía de las tierras que comparten palabra. Algún día, espero, podamos perdonarnos. Algún día, espero, volverá la *Ummah* en que creyó mi padre. Ahora es la época que rechazó *madar*.

Inshallah, si Dios quiere, recuperaremos la comunidad que se formó por una lengua que no era la que todos hablábamos, donde naciones y países aún no existían. Donde nos debíamos perdonar las diferencias y la chía y la sunna eran más que las disputas entre árabes y nosotros. Entre los que también hay árabes como Uthman, Abul Qasim y Hasan al-Samarri.

Del otro lado del mundo, donde pasa todo, es probable que haya ocurrido lo que dice.

Nos hemos equivocado tanto que, como Abu Bakr quien buscó representar el nombre del primer califa, no sería extraño que alguien haya querido recuperar al primer Imán.

El gobierno de los ayatolas dio a la gente un asomo de justicia. Siglos después de la derrota, creyeron que tenían un país para luchar bajo las reglas contemporáneas. La batalla es arcaica. Quizá, más de

uno piense que debe batirse en los campos antiguos.

Si un grupo chií ha decidido replicar la apostasía de Abu Bakr, Najaf es la ciudad para dar inicio a la rebelión. Mi padre es viejo para ello. Mi padre es viejo para todo salvo para ser padre. Si Sofía hubiera sido unos años mayor, habría estado listo para convertirse en abuelo.

—Agente Narwani, creo haber entendido bien.

—Parece tener una pregunta.

—¿El Sheik se llama a sí mismo Ali?

—Sabemos que el Sheik espera a un hombre. *Mahdi*. El *Mahdi*.

—El *Mahdi* está oculto.

—¿Lo conoce?

—Quiero respetarla, agente Narwani.

Cree que ha hecho un descubrimiento, que encontró una vulnerabilidad de la que obtendrá algo.

—¿Qué algo se imagina, agente?

—Teherán. La ley del jurista.

La agente Narwani escarba entre sus recortes. Mueve sus dedos con mayor velocidad de la que registran sus ojos. Ve lo que aún no aparece en el cúmulo de información. Pone frente a Pirsing los papeles que no contienen interés. Uno, dos, tres. Siete. Son demasiados.

—Eureka —devalúa la palabra conforme habla.

Me extiende una nota. Impresión fotostática de un original en árabe. Un periódico libanés. Otra vez, publicación sin título. Beirut al inicio del párrafo. Su traducción en inglés está fechada dos años más tarde. Es la crónica de una proclama en plaza pública.

Con leer un par de libros se puede saber que todo Irán era plaza pública en ese entonces.

En 1979, el Ayatola Jomeini recurrió a una estructura legal cuyo origen tenía que estar en la mente y paciencia de un estudioso. Nuestra fe es la de la ley.

Para preparar la llegada del *Mahdi*, sólo el jurista musulmán más preparado podría comandar la *Ummah*.

Comandar. No dirigir, tampoco extender. Menos cuidar.

Ocho, nueve. El décimo papel, firmado por la corresponsalía extranjera de la Unión Soviética. Facsímil. Traducción al reverso. Sin fecha. Sello de los Estados Unidos de América. Embajada en Moscú.

“Hezbollah afirma que el *Mahdi* ha intervenido para favorecerlos en las batallas contra Israel.”

Narwani adopta una postura pedagógica. Es pésima maestra. Explica lo que no necesita comentario.

—En una entrevista con los ingleses, nuestros aliados lo mencionaron —vuelve a llevar una mano a la quijada. La recarga. Su

anillo es en verdad muy dorado.

Impresión en hoja tamaño carta. Es la versión estenográfica de una entrevista. Doble espacio. Apuntes en los márgenes sugieren atención a las declaraciones y a la palabra final.

"British Broadcasting Corporation. BBC."

La aclaración es condescendiente.

"Mohammed Bin Salman. MBS. Príncipe heredero de la corona saudita."

Línea marcada en negro. Un texto privado.

"Es imposible negociar con una entidad extremista. Sus políticas parten de la idea de preparar un Estado para la llegada del *Mahdi*."

—Imâm Zamân —farsi para el *Mahdi*, agente. Así le dice mi padre.

—¿Qué busca?

—Salvar a la humanidad. Los sunníes insisten en que no ha nacido. El príncipe saudita mataría a un pueblo entero antes de aceptar la idea.

—¿Su padre lo conoce?

—Alá es el único que conoce su identidad.

—Hezbollah dice que lo han visto.

América tiene problemas para entender cómo lo que consideran un conjunto es un universo de matices. Allá afuera habrá hondureños, mexicanos y guatemaltecos. Latinos, nos gusta llamarlos.

—El Sheik y Hezbollah son incompatibles según sus propias ideas.

Mi padre me ha contado de trabajos de escolares chiíes que hablan de la visita del *Mahdi*. Prefiere no hablar de Najaf pero siempre termina hablando de Najaf. Dicen que cada tanto aparece en las visitaciones. Dicen que es el maestro del tiempo.

—Explíquese.

Si el Sheik ha conformado un grupo en nombre de Ali, su objetivo final es Teherán. Conquistar la ciudad. Deponer al gobierno de los ayatolas. Hezbollah no podrá estar más contrariado con ello. Basta leer noticias de la región, un día sí y el otro no.

La ley del jurista daba a Jomeini los poderes contenidos en la tradición. La responsabilidad terrenal de lo intangible.

El nuevo Abu Bakr es irrelevante, podría estar muerto o vivo. Su error es quizá más grande de lo que se pensó. Al querer hacerse en la unicidad de la sunna pudo haberla destruido.

Están los imanes de las *masjid*. Está el Imán de todas las edades. *Mahdi* camina entre la gente sin que lo sepan a pesar de verlo, se come con él, se escucha y se sienta a su lado al lavarse los pies, las manos y la cara.

—Ali Ibn Abi Talib, Hasan Ibn Ali, Husain Ibn Ali —Narwani y su

afinidad por los inventarios.

Deténgase, por favor. Con más calma.

Ali y el *Mahdi* comparten una línea sucesoria. Son, en cierta forma, el mismo.

Según la tradición, siempre, en todos los tiempos, hay un imán que puede estar visible o en ocultamiento. La chía está en periodo de ocultamiento. Ya les he dicho, yo no soy el especialista. Mi padre es quien estudió los textos.

Para la sunna, el mundo es perfecto como está. ¿Qué ganador quiere modificar los aires de triunfos? Desde Ali a Muhammad bin Hassan, el *Mahdi*, a quien aún no menciona, ellos tienen la misión de hacer lo que no pudo el Profeta. Los Imanes.

—¿Son peligrosos? —Pirsing tiene más temores que un niño sobreprotegido.

—¿Lo son sus apóstoles? Cenaron con Isa y luego lo asesinaron.

—¿Quién?

—Jesús.

La mueca de sorpresa o enojo revela la hipocresía que no tenía intención de serlo. Los cristianos han olvidado el papel político de la fe. Ustedes no preguntan por doctrinas. Quieren averiguar las indiscreciones en un tratado de poder público. De administración. Es mi tema de tesis en Berkeley.

El mundo dista de la perfección. Doce imanes han intentado transmitir la consciencia de la caída. Los nombres que enlista son de aquellos que guiarán por el camino perdido.

Qué quiere que le responda cuando me pregunta por Ali Ibn Husain. ¿Muhammad Ibn Ali? No repita lo que hizo con mi madre.

Debí ver sus intenciones en cuanto levantó su mano, tomó sus hojas y las extendió sobre la mesa. Cuando del bolsillo al frente de su saco, retiró unos lentes para leer. Guarda ahí un pañuelo para limpiarse las limitaciones. Lo nebuloso de su vista no se arregla con cristales.

Asumo que efectivamente son doce los nombres que tiene en su lista. ¿Es correcto? ¿Ve cómo tengo razón? Son más extraños que una simple palabra llena de consonantes. Tiene que prestar atención. Releerlos para no saltarse las sílabas.

Me encantaría saber de dónde ha obtenido la idea de que son aliados del Sheik.

Agente, representa a mi país. Por favor no se ofenda. Le puedo decir lo más importante de sus vidas, de todos ellos, y en ningún momento encontrará vínculo para que mis padres se hayan atravesado con un clérigo nacido en la india británica.

—Le había pedido que no nos subestime. Si el Sheik se nombró Ali, once más podrían recuperar la personalidad de sus sucesores.

—No me habían dicho.

—Lo estoy haciendo ahora —es enfática.

—¿Qué quieren saber?

—Todo —ambiciosa.

—¿De los imanes? ¿De la tradición o de sus conjeturas?

Si insiste en que empiece, habré de decirles buenas noches en lugar de tardes. Las últimas tonadas de luz serán exiguas para cuando termine. Espero que tengan tiempo y me den algo más que una botella de agua.

Oficial Pirsing, si tiene problemas para escribir algún nombre pídame que lo repita. Sólo perdone a mi *baba* y a *madar*.

Si el repaso a la vida de los doce nos sacará de aquí, trataré de no olvidar detalles. Disto de ser experto. Insisto, mi padre es quien mejor podría ayudarla. Ya debe haber notado que éste no es el camino para sentarse con él a hablar de su pasado, del pasado y presente de la chía. De lo que ha aprendido y quiso enseñarme.

—Parece haber aprendido bien —arrogancia de labios carnosos.

Los doce son uno. Son el mismo.

—¿Puede decirnos quién es el *Mahdi*?

Los llevaré al *tanzil*. Bajaré la revelación del cielo. Esos doce han recibido el misterio y son los encargados de transmitirlo.

—¿Debemos preocuparnos? —la ingenuidad de Pirsing es sólo comparable con la arrogancia de Narwani.

Tome su pluma y escriba. Oficial Pirsing, saque una segunda y apunte, también. Tiene muchas. Arránquele unas cuantas hojas a su libreta para que ambos tengan donde hacer memoria.

Ali fue el primero de todos, lo asesinaron con una espada envenenada en la ciudad de Kufa, en Irak. Está al norte de Najaf, cerca del río. Mi padre iba ahí al mercado para comprar *kleichas*. Dice que a la fecha no ha encontrado mejores galletas de dátil que aquéllas.

—¿Tendrán galletas?

—¿Tiene hambre? —el oficial y sus encantos de dulzura.

—Menos que ustedes. Hay hambres distintas.

Pensará que me distraigo contándole nimiedades. Agente, si alguna vez hubiera probado más postres que los hechos en restaurantes para turistas e ignorantes, me estaría preguntando por comida y no sobre las disputas entre los califas Ali y Abu Bakr.

—Tengo una ligera sospecha, agente Narwani, pero me apena cuestionarla frente al oficial.

Califas, sin duda. Anótelo, es importante.

Mi sospecha… De acuerdo, a su ritmo. Primero las suyas y después las mías.

El orden debe ser imprescindible para su oficio. Lo fue desde un inicio. Es lo que nos tiene reunidos.

¡El orden, el orden, Muhsin!, me gritaba *baba* cuando vivía con ellos. Su recuerdo de estudiante era mi obligación. Antes que tarde le preguntaré mi duda. No vayamos a seguir por mucho tiempo en una ruta equivocada.

Entiendo, agente, sin mentiras. Que mis padres puedan seguir su vida está en juego.

Tendría mis reservas para llamarle agrupación, pero si hacerlo le permite ubicarlos dentro de lo que conoce, sí. Podría decir que él y los otros once pertenecen a una. Muy reservada, es correcto. Imagina bien. Infiltrarse en ella debe dar muchísimos problemas.

Quizá es recomendable ser menos aventurado, sólo por los ánimos de entender cómo funciona lo que usted llama una organización.

Plantearlos a él y a Abu Bakr como enemigos acérrimos desde un inicio, peca de poca prudencia. Asegurar su participación en la muerte de Ali es una tangente engañosa que terminará por distraerle. Ya muchos se han distraído por siglos.

Tras Kufa, el hijo de Ali, Hasan Ibn Ali, ocupó su lugar a la muerte del padre.

Ahí empezó la historia de los doce.

Su papel es ayudar y cuidar a la comunidad. Son los guardianes, los *mawla*. Enseñan. Para nosotros son conocidos maestros. Para los sunníes, quienes dirigirán la oración.

—Son conocidos para ambos, agente Narwani. Está en lo correcto.

Conocerlos es menos relevante de lo que suponen la agente y, muy posiblemente, el oficial Pirsing. De entender la diferencia entre el conocimiento y el acto de reconocer, su trabajo sería más amable. Si llega el momento en que eso pase, los prejuicios se anularán con juicios y éstos les harán ver las similitudes que hoy obligan a la falta de cordialidad. Vendrá el día del mutuo desengaño y los dos lados separados por este edificio reconocerán que se trata sólo de lugares, como a los *mawla* se les permitirá enseñar.

—¿Sunna y chía? —pregunta sin inmutarse. Él la mira.

—Los reconocen las varias *tariqah* de la chía. En grado diferente.

De *baba*, la lección que tengo más presente explica que la nuestra es una fe de juristas, y los juristas tienen distintas escuelas. *Tariqah*.

Están los maestros que enseñan y exageran. *Ghulat*. Los maestros que decidieron enseñar menos que otros. *Zaidi*. Sólo hablan de cinco imanes. *Nizari ismaili*. *Mustalian ismaili*. Diferentes escuelas para una

sola enseñanza.

Si mis sospechas son correctas, nada de ellos nos compete en este cuarto.

En la diáspora todos saben la estructura jerárquica de la organización. Lo saben desde que llegó el primero de nosotros a América. Se habla de ella en San Diego, en Pasadena. La gente de Boston es la más preparada y corrigen constantemente si uno equivoca los hechos y los dichos. Son parecidos.

Usted disculpe, no quise reírme. Simplemente es gracioso llamarla así, organización. El orden es clave, decían mi padre y usted. Eso le debe reconfortar.

Uno tras de otro, en el tiempo, todos han sido tan importantes como el primero. ¿Por qué dice que estoy siendo críptico?

¡Hasan Ibn Ali tomó las riendas tras su padre! Incluso el control de Kufa, la ciudad en la que lo asesinaron. Creo que Hasan era de intenciones más políticas. Negoció aquella ciudad con el jefe de una tribu que había peleado contra Ali. Desgraciadamente, su habilidad retórica no era equivalente a su lectura de la gente. ¿Ve que hay gente que lee libros? Él no leía libros ni personas, pasaba horas viendo los asientos en las tazas de café. Su esposa lo envenenó por orden de su amante, el hombre a quien Hasan le cedió Kufa. Ella se enamoró de él durante las reuniones entre los varones.

A mi madre nunca le gustó que *baba* me contará estas historias, por eso salíamos a la noche para rezar en la mezquita.

—De estar bien hecha su lista, verá que Hasan tenía un hermano: Husain Ibn Ali.

Así es, oficial Pirsing. Lo que entre nosotros se lee como apellido es el nombre del padre. Ibn para los hijos, Abu para el padre. Ali era Abu Hasan Abu Husain.

Agente Nawrani, eso no le debe ser extraño. Es parte del árabe que entendemos ustedes y nosotros.

Dejen de observarme por un momento y volteen a la ventana. ¿Cuál cree que sea el mayor miedo del par de viejos allá afuera? Vean el temor en cómo abrazan al adolescente. Así me seguían abrazando *baba* y *madar* hasta hace unos años. Antes de Sofía. La sensación de pérdida es permanente entre las uniones familiares. Cuando separamos padres e hijos es eso lo que evocamos, y esa pérdida admite crueldades y sañas aterradoras.

La imposibilidad del perdón.

Al morir el amante de la mujer de Hasan, el padre del asesino, otro líder tribal, añadió a sus dominios los de su hijo. Husain no aceptó el deshonor y en la ciudad de Karbala lo mataron en frente de su familia.

Los reunieron para ver cómo acababan con su vida. Ya le he dicho el nombre del criminal.

—¿Karbala?

—La ciudad de la batalla que dividió por siempre al islam.

Ya sé, ya sé que a todos los asesinan. Es un problema que jamás se ha resuelto en la región. Tampoco es que nosotros los hayamos ayudado. Aunque eso es otro asunto que no creo que les preocupe ahora.

Reconozco cierto gozo en que le llame: la organización. Se me dificulta ocultar la sonrisa cada vez que la escucho.

Una conexión entre el sucesor de Husain y el Hezbollah también resulta improbable. A pesar del Hezbollah. El tercero de la línea se casó con una mujer iraní. Su posición la bañaba de nobleza. Nada más distante al grupo que menciona.

Tuvieron un hijo, Ali Ibn Husain. Vivió tan enfermo, que no estuvo presente el día en que murió su padre. La mala salud fue utilizada por sus enemigos. La aprovecharon para envenenarlo sin gastar tanto dinero. De ser más fuerte, el orgullo sobre su hijo le habría dado impulsos para salir de la cama.

Son frecuentes los hijos que han hecho tan poco, que su mayor obra son los hijos que engendraron. Algunos de esos hijos llegaron a hacer suficiente como para satisfacer a los hombres que no tenían nada que ver con ellos.

Ya le dije, agente. Las tumbas de nuestros muertos se tapan sobre los cuerpos de unos y de otros.

Hay rumores que mi padre se ha negado a confirmar.

No oculta nada, no lo vea así.

En la calle se insiste que a Muhammad Ibn Ali lo asesinó el mismo hombre que mató a su padre, gastando más veneno en una generación que en la anterior.

Muhammad Ibn Ali escribía. ¿Me dice que han interceptado rastros de sus escritos?

Magnífica labor de inteligencia, a mí me los leyó *baba*. De su pluma sabemos lo que se ignoró durante años. Cronista fantástico. Transcribió lo que le dijeron que dijo el que hablaba y se comunicaba con quien es misericordioso. Con el que veía todo. Le repito, usted considerará críptico lo que para nosotros es verso.

Oficial Pirsing, no se vaya. Quédese conmigo. Me sentiría más cómodo si le pudiera pedir a uno de sus colegas que nos trajera el café que me ha ofrecido. El tiempo a solas con la agente se antoja eterno. Mis razones se encuentran justificadas.

Las actividades de todos los imanes son conocidas en la

comunidad, de cierta manera nuestras tradiciones surgieron con ellos.

Ni uno solo de los cuestionarios que les hicieron a nuestros padres o abuelos incluyeron la menor pregunta acerca de esto. Hace décadas, cuando entraron al país y queríamos correrlos, pudieron preguntar. Ninguno habría mentido con tal de obtener los papeles. Amenacen con quitárselos y se darán cuenta de que su historia es más grande que algunos juramentos.

Sí, sí. Sé que la ley permite retirar la ciudadanía a quien la obtuvo. Es usted honesta y reiterativa.

Los viejos caminan en las mañanas reconociéndose como lo que son. Ustedes quieren hacerlos creer que ganaron y conquistaron la tierra prometida.

A ellos les prometieron una tierra cientos de años antes de que ésta existiera, y aún no queda claro quién ondeará su bandera sobre el polvo. De quién serán los olivos de sus montes, cuántas horas se podrán dormir bajo las sombras de los árboles sabiendo que sus hojas y la sombra son suyas. A las horas, como ha pasado a lo largo de los años, quizá terminen por ser de alguien más que las reclame sin fijarse lo maduro de los frutos.

Los doce son siete generaciones más, hijos del hijo del hijo. Padres del siguiente por la seguridad que da la sangre. Ninguna otra relación, salvo la fe, es capaz de rasgo similar. Conozco las carencias.

Vuelva a sugerir que mis padres pueden perder su nacionalidad y me verá cubierto en un llanto que me impedirá hablar. Usted quiere escucharme.

Por muchos años amenazamos a los negros, hasta que nos encontramos con los latinos. Sustituimos el perfil del miedo sin alterar la bajeza de las palabras. Ustedes, los cristianos, pero también los gentiles, siguen creyendo que un iraní no ha pasado por suficientes angustias como para temblar ante un americano.

Tiene razón, Pirsing. Me he alterado. Una disculpa. Acepto la suya, agente Narwani. Sé que no fue su intención ofenderme. Quiso asustarme.

Silencio.

Unos minutos me vendrían bien. Lo agradezco. De acuerdo. Me ayudará lo que me han contado u ocultado mis padres, y he imaginado como desventuras cuales fueran revelaciones. Desgraciadamente, también, he olvidado muchas de ellas y las he sustituido por lo que creo acordarme y recreo en conversaciones que, sin necesariamente serlo, les resultarán imaginarias.

Vayan los dos por el café mientras respiro. La memoria agota. Habla mi cansancio, la intriga por abrir la puerta del departamento y

descubrir qué se llevó Sofía o qué me dejó. Qué guiño mantuvo para la reconciliación, si es que lo tuvo. Qué sentencia depositó en la basura para anular cualquier asomo de intenciones.

Estoy bien sin marcarle a mis padres. Gracias.

En verdad. De cualquier forma, aquí no hay señal y si ven un número desconocido ignorarán la llamada. Gracias por ofrecer un teléfono. ¿A mis cuatro amigos? No. No quiero preocuparlos. ¿De terminar pronto me dejarán llamarles de inmediato? Vendría bien que Amri me recogiera.

Las espaldas de Pirsing y Narwani proporcionan tranquilidad conforme se alejan. ¿Será una trampa? Gracias por permitirme estar solo. Aquí la soledad es un engaño.

Platican del otro lado del vidrio. Leer sus labios a través de la ventana es ocioso.

Nada de lo que digan cambiará lo que piensan de nosotros. De mí, de los viejos y de su nieto. De la mujer con la bolsa de mercado.

Ha sacado un pan envuelto en papel periódico. Le dejan comerlo.

Pirsing y Narwani pasan delante de ella y de su voracidad. Los CBP y los privados. ¿Dónde habrán ido los funcionarios?

El adolescente tiene hambre, se aprieta el estómago con los brazos. Es una edad mala para entender los impulsos, menos para controlarlos. Sus párpados cansados apenas se sostienen. Su piel piensa que, de darle más espacio a los ojos, el pan que sacó de la bolsa se hará grande.

Está abriéndose la puerta de cristal. *Secondary Soft* nuevo. Son más frecuentes de lo que se nota al estar formado en la línea de migración. Alguien discute atrás de ella, no la cierra. Por el vidrio y la luz que rebota desde el techo, alcanzo a ver los hombros de quien sostiene el picaporte de manija recta. Cierta ansia la mueve de arriba a abajo. La silueta de la antena del radio en el chaleco del oficial corta el rostro, también a contraluz, de un hombre o una mujer no muy alto. Desde afuera les están diciendo algo. La gente en la sala de espera escucha discretamente. No pueden ocultar los movimientos laterales de la cabeza, suponen que oirán mejor.

En el mostrador, un CBP con rasgos asiáticos levanta la voz y la mano. A él no lo había visto. Sostiene una engrapadora. Sus ademanes indican con firmeza que la puerta debe permanecer cerrada. Es un jefe. ¿Me querrá ayudar? ¿Quiero pedirle ayuda? Apresura a que entren. Su dedo apunta al piso. No es seña de lugar como de tiempo.

Entra un CBP cargando un pasaporte mexicano. Lo sigue un hombre de cincuenta o sesenta años. Peinado negro y firme por la generosidad con la que se aplicó algún producto. Barre cada esquina

con la mirada.

Estas paredes regalan desubicación.

Allá fuera, en las calles de Tijuana, una que otra conversación refleja la sensación opuesta. El Chaparral embiste con la presencia de un monolito lleno de ambigüedades a su interior. La garita es el peso de los dos países. En los pasillos se respira uno solo. El limbo de no estar en ninguno. Los limbos son vacíos sin huecos.

A los que vi rondando, los que me dijeron fueron deportados, o los que ya cruzaron y cruzarán, les rodea el crepúsculo del rechazo. Ése despreciable desde la razón, asumido en la cotidianidad. Sus efectos son precisos. Quienes entran a estos muros protegen lo que a ellos les falta. Documentos que valen más que la gente, por eso la gente que los carga parece no importar. Los pasaportes o tarjetas de cruce les permitieron caminar por el puente, nada más. La imprecisión habita en ellos. Sus angustias avanzan dando pasos en espera de llegar a un cubículo. Ni siquiera parecen valer una mención entre las tragedias. Es el limbo.

Pirsing y Narwani vienen de regreso. Fueron veloces. Esquivan a su compañero y al señor bien peinado. Entre ellos ya ni se saludan. Él tiene una taza de cartón por mano. Humea. El vapor. Ella, un plato con galletas de colores. Una taza. La suya. De cerámica. Trae su nombre estampado. Suzzana Narwani.

En la puerta se tropiezan, ríen por quién la abrirá. Ninguno puede hacerlo sin soltar lo que cargan. Me levanto, yo soy el acceso ahora.

Mi palma les muestra el espacio.

—Bienvenidos de regreso. Están en su casa — no les he causado la menor simpatía.

Que quiera hablar primero es nuevo, agente Narwani. Adelante.

Me ha entendido mal. Yo jamás le dije que en la comunidad estemos al tanto de un grupo relacionado con el Gran Sheik Bizhan Hussain Najafi. Nunca. Mucho menos mi padre.

¿Mi madre es quien le preocupa? Deje de mencionar su nombre. Ninguno de los dos. Gracias por las galletas.

Guarde sus lentes, para qué quiere leerme sus hojas. A los restantes los nombraré yo:

—Yafar Ibn Muhammad, Musa Ibn Yafar, Ali Ibn Musa, Muhammad Ibn Ali, Ali Ibn Muhammad, Hasan al Askari, Muhammad Ibn Hasan. El *Mahdi* —no me faltó ninguno.

Ningún sobrenombre. Debe ser difícil vivir entre sospechas, agente Narwani. El *Mahdi*.

—Así está bien escrito, oficial Pirsing.

La veo sin desafiarla. Afrenta accidental. No deseo aparentar

necedad. Estoy convencido de que sus actividades en la organización que le interesa son otras a las que supone.

Seguiré, uno a uno.

Es inútil que aprendan sus nombres. Llámenles los doce. Llámennos *Imami* chía.

Yafar Ibn Muhammad fundó su propia escuela. Sé que con esto imaginará cosas, pero su especialidad siempre fue la ciencia y la alquimia. No, nada peligroso. Lo envenenaron en Medina. Orden del califa Mansur. Un usurpador. La biografía es vana para nuestros propósitos.

Su hijo, Musa Ibn Yafar. Envenenado. Como los siguientes cuatro. No son todos. Al final una excepción que le interesa.

Musa también fue un escolar. A ustedes les preocupa nuestra enseñanza mientras quieren que admiremos la suya. Doctrina de cada día de mi vida. Antes de morir, Musa tuvo un hijo con una mujer española.

La historia podría ser repetitiva. Paciencia. Ali Ibn Musa fue designado príncipe heredero del asesino de su padre. Sobraban las razones para matarlo.

La literatura nos ha hecho creer que la tradición europea dio las peores familias. A Muhammad Ibn Ali lo persiguieron sus enemigos. Misma botella de veneno. Cometió el inmenso error de casarse con la hija del asesino de su padre.

La secuencia de asesinatos rompió la estabilidad de la comunidad. Si bien no era tan extensa como la sunní, el costo afectó las finanzas considerablemente. Demasiadas generaciones de académicos e investigadores son malas para hacer fortuna. Entonces, Ali al-Hadi heredero de su padre, decidió convertirse en fiscalista. Estableció impuestos. Una red de recaudadores que recogían los ingresos a lo largo de la región que mantenía con gigantescos esfuerzos.

—No lo sé, agente Narwani. Ignoro si el Hezbollah cobre impuestos.

A los asesinos de un padre no les pesa matar a un hijo. La muerte es apenas una parte de la venganza.

Al siguiente lo metieron a prisión. Hasan al-Askari. El que dice mi padre que lo ve todo conoce los tormentos que sufrió. La mitad de su vida la pasó tras las rejas. Fuera de ellas, concibió a Muhammad. No ocupó el lugar de su padre sino hasta cinco años después de su muerte. Para protegerse, su único contacto con el mundo exterior fueron sus cuatro mejores amigos.

—Es evidente. No quería que lo mataran.

Durante sesenta y nueve años sólo discutió con ellos, y ellos le

comunicaron a la comunidad lo que el Imán pensaba. Muhammad al-Mahdi. ¡Él es su hombre! Después desapareció y la tradición aún lo espera. De él habla su Sheik, el Hezbollah y también Abu Rasa. El *padre de la bala*, le dicen al príncipe. El gordo saudita que tanto seduce a los políticos en América.

Lograron lo que se espera, si hay suerte y dedicación, al estudiar en Najaf. A sus nombres se les pasó lista cada día en la madraza de mi padre. Los doce. Desarrolló hacia ellos una cercanía que aún respeta.

En más de una ocasión me prometí preguntarle si ese respeto no era en realidad añoranza. A menudo me he cuestionado qué tan auténtica se convirtió la renuncia a la religión que se respira en casa desde que se reencontraron.

Su teoría tiene un elemento adecuado: el maestro del tiempo. Lástima que creamos que la política sólo se hace bajo nuestras costumbres.

Ya lo recitaba *baba*. Si no me equivoco. Algo similar a: "Nos castigaron antes de venir por nosotros y luego acudieron a nosotros". ¿Es así, agente?

El *Mahdi* es el imán que vendrá a poner orden. Los imanes anteriores son en realidad uno solo. Su conocimiento ha atravesado el calendario. Si hemos esperado por siglos la llegada, sería medianamente factible que un escolar ostente su lugar.

—¿No lo creerán posible? —el escepticismo de Narwani la delata.

—¿Quién murió en la cruz de su cuello?

La chía caería en su propia trampa. Mataríamos a los profetas sin razón.

Somos una especie tan imperfecta que suponemos estaremos salvados.

—¿Cuándo le dije que *baba* tenía un hermano?

هفت

haft

De donde vengo, da la impresión de que algunas generaciones determinan su identidad a partir del conflicto con el que hayan coincidido, ya sea en carne o en el espíritu de los años. Casi por norma, el entorno bélico es tan presente que cualquier conversación se remite a él. Uno se transforma en parte de sus vaivenes. Logramos hacer prescindible el vivir entre las amenazas, el miedo, el Estado de sitio o, frecuentando los refugios y aprendiendo a interpretar los sonidos de los aviones, los militares o las policías. Nuestros padres, tíos, sus amigos, los trajeron en las maletas. Se puede ser de una generación sin siquiera dormir en los terrenos del abismo. El abismo se habita a la distancia porque las diásporas replican, eventualmente, la bruma de la pólvora y las tensiones, pero, sobre todo, de la ausencia. Ni pólvora ni tensiones pueden más que ella.

Como llega a haber una generación, pueden ser varias. Si el conflicto es largo, la identidad es la geografía. No la de las fronteras, sino la de las consecuencias. Pasó con Siria, al interior de Siria y en Turquía, en Líbano, Italia y Alemania. En Irán, los de adentro y los de afuera nos adecuamos, también. Fuimos la generación del principio, de Jomeini y de la revolución. O fuimos la generación de los ayatolas y seguiremos siendo. Los más jóvenes nos convertimos en genéricos. Los de la costumbre que hizo normal la vida que antes era anormal.

Está la generación del setenta y nueve, los exiliados y quienes se quedaron en Irán por la promesa islámica. Quienes nacieron durante la primera parte de los años ochenta son la generación de la guerra con Irak, a menos de que hayan nacido en Irak, entonces son los hijos de la guerra con Irán. No todos los conflictos hacen hijos. Aquellos amplificados desde la bruma arrojan generaciones por el efecto del aire intoxicado con la sumisión que embiste a la pérdida de tranquilidad. Con o sin hijos, las guerras del fin del mundo hacen generaciones.

Nací el año en que terminó la guerra de mi generación. En 1988, Teherán aceptó el cese al fuego que promovió Naciones Unidas con Bagdad.

A nosotros nos marcó la invasión a Kuwait. En cierta forma, mi identidad generacional es doble y esa unidad es bipolar. La guerra del nacimiento, la de la infancia. No había necesidad de entenderlas. Continuidad del espíritu y el ambiente. Conmemoro la esquizofrenia que sacó la nariz del país fuera del aislamiento eternizado. Un poco. Una nada. La nada de aparentar jugar en dos lados distintos, a favor de ambos. En beneficio de ninguno. Ni del enemigo tradicional ni del enemigo de rencores recientes.

La guerra hecha casa. Bipolar en la aparente paz que trajo el arte

de la imposición.

En un álbum de fotos perdido entre los libros de viaje. Las guías para turistas, folletería que nunca ha salido de California y cumplía la función de mantener lazos. Los mapas de carreteras, de Beirut a Teherán. Los viejos ejemplares de revistas con reportajes sobre el país viejo, *baba* guarda un recorte de periódico y la foto de un adolescente que lo abraza cuando eran niños. Como les sucedió a las fotos en las identificaciones de *madar*, sus tonos se han ido perdiendo bajo el celofán. Negros hechos grises y grises blanquecinos. Las líneas del adhesivo han traspasado los papeles y aparentan imágenes en un televisor antiguo con problemas de recepción. Es imposible despegarlos de la página. En la fotografía, una esquina tiene el esmalte quebrado. Rastro permanente del intento por separarla en la duermevela de una madrugada en la que recuperar el sueño le costó más de lo habitual.

Baba debía tener unos diez u once años, era el inicio de la década de los años sesenta. Afuera del teatro Saadi, en la capital, los dos niños juegan ante la sonrisa de un fotógrafo público. Ardid diseñado para visitantes extranjeros al que, a su vez, una turista fotografió con su propia cámara. El aparato del hombre tiene el doble de altura que *baba*. Su mirada se dirige al lente de la mujer, que una semana después los volvió a encontrar ahí para regalarles el recuerdo. Les había dado cita sin poder asegurar que volverían a ese punto, en el día y la hora prometida. Dice mi padre que, cada miércoles, los niños se reunían al salir de la escuela. Juntaban monedas para pagar la entrada del cine. Les pedían dinero a los adultos consultando los anuncios clasificados en el periódico mural frente al teatro.

Siempre es posible, agente. Es posible que en los años de mi padre en Najaf, haya conocido a alguien que más tarde, al crecer, se unió a un grupo. Ni yo estoy seguro de que mis compañeros de escuela paguen puntualmente sus matrículas.

Amri sí. Sus padres siguen pagando por él.

—¿Quién era el otro niño?

—El compañero de clase que le convenció de irse a estudiar al seminario.

—¿No era mayor?

—Compañero en Najaf.

—¿El recorte de periódico?

—Una receta para *tahcheen-e morgh*. Arroz horneado con azafrán, yogur y pollo.

Conforme han envejecido, la casa de mis padres es cada vez más iraní. Es lo que quieren pensar, sólo que lo iraní cada vez es más

árabe, y la comida árabe e iraní se parece demasiado a la kosher. Mercados de ingredientes compartidos.

Madar aprendió a cocinar por cuenta propia. Primero, con los desfiguros de la juventud y la supervivencia, luego, leyendo recetas en libros de cocina. Los adquiría en las tiendas de comida del mundo antes de que se convirtieran en locales de insumos orgánicos, leches de almendra, de soya. Todo lo que no fuera una vaca, cabra u oveja. Aprendió recordando lo que cree que hacían las empleadas drusas de su madre. El contacto con el país viejo se fue modificando al paso de los años. La memoria se formó al idealizar los modos hasta formar con ellos las costumbres.

Esos libros los guardan lejos de los libreros. En unas portezuelas de cristal arriba del secador de platos. Orden alfabético.

Alrededor de la tradición, cuando niño, estaba la negativa de una y las reminiscencias y culpas del otro. La consciencia. Luego apareció la indiferencia de *madar* y la nostalgia de mi padre. Costumbre y tradición son distintas para nosotros.

La cotidianidad fue recibir amigos, hablar la lengua nueva, decorar con motivos de una vida extinta. Fabricarlos si no comprarlos de los recién llegados. Sin mayor aviso importó nada que vinieran de Irak o de Jordania. Hubo muchos exiliados nuevos después de la guerra con Irak. A veces de Damasco, cuando eran de buena calidad. No sólo la comida. Los iraníes de aquí se hicieron más parecidos a los árabes que al salir de sus orígenes. Muchos los encontraron en la tierra nueva.

Las casas del barrio fueron ocupándose por árabes, sobre todo chiíes. Si eran sunnís eso no ameritaba un comentario. Con los padres de Uthman, Hasan y Abul, la pertenencia era el exilio. Incluso a pesar de la aversión de *madar* por su lengua.

A los padres de Amri les otorgaron un rango distinto, superior, aunque la palabra tiende a tomarse como un privilegio o una afrenta a los otros. Nadie resultó ofendido. No ellos, no los padres de Amri, ni tampoco *madar* y *baba*. En las casas de Uthman, Hasan y Abul también se entendían sus propias y profundas coincidencias. La relación con la familia de Amri mantiene una reciprocidad que no pide explicación. Se conocen desde hace más tiempo, cuando eran extranjeros. Son más parecidos a nosotros. Sólo y tanto como eso.

Desde el principio todos hablaban el idioma de llegada. Su principio, el de esa generación. Ya sea por la escuela, los requisitos de las universidades, o la influencia británica y americana en Irán. Palabras intercambiables se siguen extendiendo del farsi al árabe, al inglés.

Las señoras todavía compiten entre secretos culinarios y cuando

hay alguna divergencia, nadie reclama que su origen provenga de lo árabe o de lo persa. Son las regiones y los pueblos, los culpables de porciones de especias y tiempos de cocción que no se adecuan según los gustos y las edades.

La comida, como forma de transmitir lo que no se dice, es un vicio que atravesó el océano.

Para la comunicación con los amigos que dejaron, no hay regla ni frecuencia establecida. Algunos mantuvieron contacto con parientes en Shiraz o en Isfahan. Las llamadas recurrentes se dieron en los primeros años, sobre todo, para dar nota de presencia y más tarde, de olvido.

Descubrieron el olvido cuando las vidas se fueron construyendo en las nuevas casas, con nuevas parejas y nacimos los hijos. En los extremos de las distancias, quedaba imaginar cómo vivían allá. Aquí. Realmente. Cómo eran los nuevos familiares y amigos que entraban al espectro imaginario. ¿Qué tan americanos?, ¿qué tan iraquíes o iraníes? Allá se preguntaban si nos habían enseñado el idioma o si, en los barrios viejos, la vida era medianamente aceptable. El margen permisible no siempre reflejaba consecuencia de las noticias. La capacidad de adaptación es inmensa. Con la distancia se aprende a mentir.

Somos el defecto de imaginar que sin estar donde debemos o queremos, las cosas salen mal.

Todos pudieron hacer lo mismo, mantener cierta relación, salvo mis padres.

Una sola llamada desde la partida y ni siquiera salió de Teherán.

—¿Najaf?

—Najaf. Es correcto, agente. El compañero de clase. Su lazo es mayor a la sangre y tan único que provee de herencia.

Ustedes se equivocaron al colocar la fe en la cabeza y no en el corazón.

Qué bueno que le parezca emotivo, oficial Pirsing. Pongo mi mano en el pecho y le agradezco. Es el mismo Dios que el de ustedes. Le agradece. Así les recuerda *baba* a quienes lo ven distinto.

—¿La familia en Teherán?

—El teléfono dejó de dar línea. Del correo ya le he hablado.

Mi padre no tuvo hermanos y se crio con muchos, agente Narwani. Hombres ricos que se casaron con mujeres ricas. Productos de la coagulación del esperma, dicta la tradición. La semilla no es de los progenitores, ni siquiera del varón que la produce y expulsa. El padre cede al hijo o a la hija su cualidad, que deja de ser suya para instalarse en los que llegan al mundo.

A él, mi madre le pagó su boleto a América. Lo aceptó con gusto y sin los remordimientos que les pesan a los hombres occidentales. Le cedió una vida.

—¿La llamada? ¿Qué quería? —Narwani es menos propensa a divagar.

—Sobrevivir. Lo perseguía la gente de Jomeini.

—¿Asuntos políticos o religiosos?

—Son lo mismo. Había tenido un hijo con una mujer negra.

Los cuatro que me acompañan son chiíes. Tres hijos de árabes y un hijo de Irán. Sus parejas han sido hijas de la diáspora, como fueron sus padres.

Al mudarme con Sofía dejé de ir a la *masjid.* A *baba* le había prometido visitarla los viernes. Por la relación de mi madre con la palabra del misericordioso, quien todo lo ve, nunca recé cinco veces al día. Como cerdo con singular ferocidad, sé freír el tocino y las salchichas mejor que nadie. Mejor que Sofía. Sin aceite y con su propia grasa. Nunca frente a *madar*. Le producen un asco encomiable pero jamás discutió mis apetencias de fin de semana. Sus razones se encuentran justificadas.

Al presentarlas, inmersos en esas conversaciones monumento de lo innecesario, le preguntó a Sofía qué le gustaba desayunar. El primer rostro de la ambivalencia que posteriormente conocería se impuso sobre ella. *Madar* se crio en una casa que deambulaba entre la costumbre gastronómica de Irán, y los legados de intromisión rusa y la colonización inglesa. Ferviente convencida de que la frugalidad en el primer alimento de la mañana es un componente de civilización que se debe mantener hasta el medio día, le hizo saber con las formas esperadas en la relación de una madre con la pareja de su hijo, lo que consideraba ejemplo de salvajismo moderno: las grandes cantidades de alimento en los desayunos americanos y mexicanos.

También bebo y fumo. Salvo en Ramadán.

Durante años, los años de noches camino a la mezquita, dudé si *madar* era consciente de lo que hacíamos su marido e hijo, o prefería darse por satisfecha con el engaño.

Él jamás cuestionó su conflicto con la tradición. Al final, sus modos se han impregnado. Sin pensarla, se acomodó para abrazar los conductos de salvaguarda. A la familia, a la identidad. Su defensa. Por honor a ella, recuerdo alguna plática entre mis padres que terminó en gritos al ver un noticiero. Insultaron a la pantalla. Apuntaron sus dedos índices en dirección al noroeste de La Meca. Ambos tuvieron dificultad para contener su furia contra Jomeini. Apagaron la televisión y la vida continuó en las actividades del país nuevo: los

programas de compras telefónicas. Joyas, imitaciones de joyas. Muebles antiguos, imitaciones de muebles antiguos. Productos de limpieza.

Es probable que el respeto a los doce imanes que acompañaron su formación religiosa, día con día, allá en Najaf, sea un remanente desde el que mantiene cerca lo que no tiene razón para permanecer en su alma más allá del cariño de las aulas.

Supongo que eso pasará un día conmigo y con Amri, Uthman, Abul Qasim y Hasan al-Samarri. Si acaso la distancia y el tiempo cobran sus saldos.

Puede que *baba* los haya conocido demasiado para olvidarlos, como sucede habitualmente con los afectos de estudiante. Si es así, se ha formado una imagen que no está obligada a corresponder con lo que vivieron juntos, sino a lo que cree compartieron.

De vez en cuando a él se le olvida la resistencia de mi madre, o finge que no la recuerda, o culpa a la edad o a la distracción. Los menciona frente a su mujer.

Madar, que lo quiere demasiado, incluso ha llegado a hablar bien de ellos. Más de unos que de otros. Hacia los tres primeros imanes le reconozco esa reverencia casi familiar que se le guarda a lo íntimo.

—¿Usted tiene hijos, agente Narwani? ¿Imagina qué harían por usted? ¿Qué serían capaces de decir para evitarle problemas a usted o a su marido, si es que lo hay?

Lo único que se me dificultaría, oficial Pirsing, es aceptarles a ustedes dos que me estuvieran preguntado esto de vivir en otros momentos. Me retracto, me cuesta admitir que seguimos haciendo estas preguntas. Me llena de vergüenza.

Crecí viendo cómo se fue alejando del mundo un país al que no conocí pero que era propio, mientras todos hablaban de él. De niño me hicieron saber qué fue la guerra con Irak y por qué se podían asesinar entre vecinos. Intoxiqué mis pulmones con el aire de la añoranza a lo disfuncional. Más tarde, en los libros y en las historias que resumían la tragedia a través de reportajes, vi el dolor del vecindario cuando Irak entró a Kuwait y nosotros habíamos combatido contra Irak y a los que defendían la península.

Fui consciente hasta después de la Tormenta del Desierto, gracias a que sus truenos siguieron destellando por años. Soy la generación de una guerra que empezó antes de mi llegada.

—¿Palestina? —en voz de mujer el nombre suena permanente.

—Territorios ocupados. Es presencia.

Palestina siempre fue el terreno de las promesas inconclusas y, en ellas, hablar del Irán que abandonaron mis padres era callar sobre el

apoyo al Hezbollah.

No apunte, oficial. Hezbollah no tiene espacio en nuestra conversación. Tampoco en la que Narwani quiere tener consigo.

¿Se han fijado que conjugo la primera persona del plural con dos sujetos? Mi nosotros es tan bipolar como el de aquéllos en la sala de espera. La diferencia es que a mis dos patrias las separa un océano, un continente y un mar. No un río.

Aquí no nos quisieron durante un tiempo por creer que éramos árabes. Tal y como lo hizo usted, oficial Pirsing, que no sé si le molesté desde un inicio, pero desconocía el persa: la lengua de mi otra tierra. Después no nos quisieron por ser de un Irán que ya no era de ustedes y fuimos incapaces de aceptar la posibilidad de un fracaso. Ahí nos quedamos, estacionados. Décadas sin cambiar las percepciones que no se entienden y fabrican realidades.

Desde luego, sería ingenuo sorprenderme de una respuesta chií al revisionismo en la sunna. Fue evidente en esta guerra. La que peleamos en Medio Oriente, no sólo en Siria, sin siquiera estar seguros contra qué.

—¿Qué revisan? —las dudas de Pirsing causan una irremediable ternura.

—A nosotros.

—¿Las guerras?

—El islam.

—Siento escucharlo. ¿Por? —el oficial es auténtico.

—No hemos terminado de convencernos.

—¿De qué?

—No nos gusta cómo somos.

—Decía que es americano —Narwani exhibe el orgullo local: la arrogancia.

—A diferencia de ustedes, quienes nos aceptamos hemos guardado virtud en el desastre.

Nadie que haya estado al tanto de las noticias, o hecho el mínimo esfuerzo cargado de futilidad por entenderlas, ignorará que los islamistas sunníes recuperaron el nombre de Abu Bakr para crear un líder nuevo en la vieja búsqueda de resurrección. Olvidaron que la resurrección es patente nuestra. De la chía. Siria, Irak, Europa. Cada uno a su manera sufrió los embates de una ficción que cobró más vidas de las que se pueden escribir sin contar los ceros.

El discípulo del Profeta no revivió trece siglos más tarde. Lo que volvió fue el fundamentalismo con el que se intentó recuperar un ancla para asirnos sin importar las tumbas en el camino rumbo al fondo del mar.

—La figura del *Mahdi* permitiría lo que le preocupa.

—¿Como Abu Bakr?

—No. Hace siglos la chía resolvió el problema práctico.

El *Mahdi* es maestro del tiempo. Recuerde lo que le he dicho. Siempre habrá un imán para conducir a la comunidad. Tiene que ser hijo de la descendencia del Profeta, como los imanes anteriores. El *Mahdi* desapareció y se espera su llegada. La Ley del Jurista de Jomeini. El dominio del tiempo es el espacio legal que le permitirá salir de la ocultación.

—¿Cómo suponen que lo identificarán?

—Tendrá una frente ancha y una nariz grande y encorvada.

—¿Qué impide a cualquiera proclamarse? —es agnóstica la cristiana.

Si estuviera hablando con mi padre me regañaría por los descuidos. Por la falta de memoria sobre lo que me recitó hasta su cansancio.

Dice la tradición que Alá lo preparará durante una noche. La tierra pondrá de manifiesto sus frutos. El *Mahdi* entregará dinero y caridad. Las cabezas de ganado se reproducirán más que los conejos y que los insectos. En la abundancia crecerá la *Ummah* y la gobernará por siete u ocho años. Gobernará a los árabes un hombre de la familia del Profeta cuyo nombre sea igual al suyo.

—Es decir que el *Mahdi* no podría ser iraní.

—El Profeta trabajó para que todos sean árabes.

—¿Falló?

—Si mi madre me escuchara. Sabemos leer la lengua que dictó Dios.

Mis lentes se empañan. El clima artificial reclama el hermetismo ausente entre las ventanas y las puertas de vidrio. Un golpeteo empieza a sonar en el techo. Proviene de las secciones laminadas con aluminio. Fortaleza de tintes militares en el espacio civil de El Chaparral.

Sin ritmo. Son gotas. Las temperaturas en el aire se mezclan. Tenue, ligera. La humedad ya se respira. El cambio en la monotonía es agradable. Para los dos frente a mí resulta indiferente. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí dentro? Si el origen es incorrecto, cruzar fronteras es la espera de un día como éstos. Juzgado sin juicio. El problema con sentirse el centro del mundo es que el mundo se esfuma.

El silencio es corto entre los impactos de lluvia. Espacios imperfectos con sonoridades equivalentes al ruido de las gotas. Permiten dimensionar su tamaño. Las más pequeñas producen notas largas. Desplazan los huecos. Su velocidad se escucha. Va subiendo la

intensidad. Esa rapidez desaparece. Los múltiples impactos, casi constantes, siguen sin tener ritmo propio ni convertirse en unidad. Un agudo se mete al oído como si quisiera convertirse en un artefacto filoso.

Hay movimiento afuera, en la sala. La gente dirige la mirada a la puerta principal. Se mantienen en sus lugares. La abren desde afuera. Otra vez, no puedo ver quién entra. Los pies de todos están fijos. Cuellos alargándose. Nadie entra. Las voces se enciman. Quieren competir con el ruido del exterior. Aumenta. Narwani se pone de pie. Retira sus lentes, los guarda en el bolsillo para pañuelo del saco. Abre la puerta del cuarto y saca un pie. La cabeza. Pirsing voltea a la entrada. La lluvia es estruendo. Las gotas ya son grandes, robustas. Portentosas. El sonido se comporta como sólido. Gotas duras como el lodo o la arcilla. El ruido es uno. Bloque de impactos hacen un solo golpe. El techo debería estar completamente fabricado con concreto.

El patio exterior a las filas de migración seguramente se ha inundado. A la gente aguardando su turno no le queda más que esperar.

Un CBP entra apresurado. Empapado. Ríe. Lo reciben con burlas. La pareja de viejos y su adolescente prefieren mirar al suelo. El hombre de pelo engominado se revisa el peinado. Está seco. Una mueca de satisfacción es su venganza. Otro CBP, una mujer de la compañía privada de seguridad. Completamente mojados. El oficial oriental, el jefe, les indica con señas que sequen sus zapatos en un tapete. Narwani nos da la noticia:

—Llueve. No es temporada.

—Faltan unos meses —replica Pirsing.

—Ayudará a los vinos —esa fascinación vinícola de los californianos.

Los gritos suben de volumen. El jefe sale del mostrador y avanza hacia la entrada. Si su oficio se resume a la autoridad, el hombre ha cumplido. Sea lo que sea que esté diciendo, sus compañeros acatan. Señala a los *Secondary Soft*. Un nuevo policía, de menor rango o menos años, ofrece toallas amarillas a los oficiales mojados. Policía de Estado. Narwani alza la voz. Pregunta al oriental si necesitan ayuda. El jefe niega. Lo suyo es el control. Llama a los subordinados. Dice sus nombres. Pide que lo acompañen. Corren a un cuarto atrás del mostrador. El policía estatal los ve. En la pared del fondo, un perchero. Cuelgan chamarras, impermeables y chaquetas regulares. Un par de abrigos. Toman todos. Han aparecido en total cinco oficiales, más el jefe. Se cubren. Salen. Uno regresa. Hace guardia frente a los *Secondary Soft*.

Los mojados aún no se secan.

Pirsing se levanta. Le dice a Narwani que continúe. Irá a ver qué sucede. Gracias, oficial.

—Debería probar una galleta, agente. Las redondas están rellenas de una especie de crema.

—No como galletas. Gracias. ¿Estaba con sus padres el catorce de julio de 2014?

El primer ayuno en que estuvimos juntos.

Para intentar recordar qué estaba haciendo ese día necesitaría que me dijera si sucedió algo en especial.

Ese año Ramadán entró tarde.

La fecha cambia en cada ciclo. En casa hay comida, pero mi padre no se alimenta mientras vea luz en el sol. Yo lo hago a sus espaldas y mi madre cocina de más. Para la noche de su marido.

En Ramadán de 2014, Sofía intentó acompañar a *baba*. Se desmayó antes del ocaso. Abandonó la idea por el resto del mes. Para el segundo año su cuerpo y el otro rostro de la ambivalencia de *madar* decidieron protegerla. “Quien no pueda cumplir el ayuno podrá ayunar dos meses cuando se sienta capaz”, dijo *baba* para darle ánimos. Fue mi madre y no él, quien le explicó que si coincidían las fechas, las mujeres estaban exentas. También las embarazadas o quienes daban pecho.

Le preguntó si ya había pensado en tener hijos. Sofía confesó la negativa. Luego *madar* le reclamó su edad.

Aunque no lo crea, agente Narwani, el calendario lunar es más preciso. Por eso los cambios. El tiempo es elástico y femenino.

—Si no pudo ayunar un día, dos meses habrán sido una tortura.

—Nadie puede. La tradición sabe escoger palabras para alentar a los creyentes.

¿Qué exactitud tendrá el solar si todos los días caen en la misma fecha? El islam nos debe el conocimiento de las casas lunares.

—¿A quiénes?

—A los persas.

El día que me pregunta nadie ayunó en casa.

Aún vivía con ellos en San Diego. Cuando entró la llamada de *madar* me encontraba con Amri en la casa de su novia en la sección más reciente de Chula Vista. Donde están las casas grandes. El enojo de *baba* fue infinito, tan grande que no pudo marcar por sí solo en el aparato. Sus dedos equivocaron los números. Se lo entregó a ella. Ignoré los primeros sonidos de mi teléfono. Por la insistencia corrí a la cocina para sacarlo de mi mochila.

Fue el día en que un *jarichi* vestido de negro se apropió del nombre

del discípulo del Profeta. Presumió responsabilidad en la muerte de Ali, trece siglos atrás. Portador de una voz sunní que apoyaron otros sunníes hasta que los costos fueron muy altos.

Llamó *jarichi* a la chía. La herejía de la apariencia y la hipocresía.

A su nombre de guerra le añadió: al-Baghdadi.

El día que, desde Mosul, en la mezquita al-Nouri, proclamó el inicio de su conquista para la resurrección de un califato, el peso de todas las estrellas cayó sobre las cabezas de los musulmanes. El Daesh ha sido desde entonces el apellido que nos persigue por el mundo entero. ¿No estamos aquí por eso?

—Su madre conoce esta frontera —Narwani avienta una frase al aire. La ignoro.

Baba no contuvo su indignación, pero las lágrimas fueron de ella.

—¿Para ustedes sólo las mujeres lloran? —es limitada y tramposa.

—Para nosotros ellas visten al hombre y el hombre es su vestido. Quizá le interese leer el libro.

La cabeza que se reclamaba en las calles de Teherán el día de su partida, era la resurrección de un odio que debía claudicar y no lo hizo.

En casa de mis padres y en casa de Amri, la transmisión era la misma en absolutamente cada canal de televisión que sintonizaban. Era el segundo principio de un camino que se abrió en 1979. Los intestinos agitados no eran los de ellos, sino los de la tierra que jamás abandonaron y esa noche se acercó a nuestra puerta.

Por eso es imposible que le crea, agente Narwani.

—¿Por qué lloraban? —desafía.

—La idolatría es peor que el homicidio.

—¿Según quién?

—El texto que recibió el Profeta.

—No parece ser así en la vida real.

—La gente olvida lo que ha leído.

Mis padres podrían ser mucho, pero jamás facilitadores de una nueva vertiente de lo que más han odiado.

La apostasía de la usurpación.

¿Siente alguna culpa en decirme que mi familia es conocedora del tema? ¿Siente culpa con cualquier cosa o anularse a uno es parte del trabajo?

Algunos en su oficio tienden a mostrar la compasión obligada de un oncólogo infantil. Es probable que no se sientan conformes con sus labores, pero intentan fingir lo contrario. La diferencia entre ustedes y el médico es que el de bata y estetoscopio piensa en la persona que tiene enfrente. Intenta lo que esté en sus capacidades para hacerlo

sentir bien. Ustedes hacen lo imposible para sentirse bien consigo mismos.

Pirsing toca la puerta antes de entrar. Dos golpes. No vi que estaba afuera, mojado. Agitado. La respiración expele un vaho amarillento. También fuma. Me habría gustado acompañarlo. Narwani dista de la paciencia que su compañero necesita para recuperar aliento. Aspira, relaja los pulmones. Se limpia la cara con una mano. Luego con otra. La lluvia hizo noche.

Al oscurecer, no prendieron las luces automáticas del patio exterior. Un transformador eléctrico soltó chispas y la gente gritó. Se replegaron hacia las paredes para evitar el agua. Empezaron a reír. La lluvia saca sonrisas en la mayoría de las personas, sólo hay que darles un refugio para esbozar alegría. En otros, los que ríen demasiado, los que ríen a expensas de los demás, llorarán cantidades similares en el futuro, decía mi padre.

La precaución es hermana del miedo.

Prevención del jefe, el oriental. Diez oficiales desplegados en el patio por si los presentes reaccionaban adversamente en la oscuridad.

El hombre que entró hace una media hora ya no tiene el peinado en su sitio. Ha pasado tantas veces la mano por encima de sus tres canas perdidas en la negrura, que los mechones decidieron adquirir la responsabilidad de ser testigos de emociones.

Son intercambiables los rostros de la desesperación, así como las muchas desesperaciones que aquí flotan. Los que han asumido su tránsito por esta sala no parecen muy contrariados con sus rutinas, las hicieron propias. Las sorpresas son las que varían. No hay edades para establecer patrones. Aunque por contradictorio que parezca, los más viejos, que tienen menos que perder, exhiben los miedos que se alimentan con el agotamiento del tiempo.

Quizá, a ese hombre tan peinado, si al entrar le hubieran deseado las buenas tardes, todo en su día habría sido distinto y seguiría erguido.

Entran de regreso, uno a uno, los oficiales del estado, los CBP, el personal de seguridad privada y un funcionario al que se le transparenta la camisa blanca.

Baba puede andar todo el día en camiseta de tirantes.

Sé que me han dicho no es posible salir a fumar un cigarro.

La mayor parte de las galletas siguen en el plato. Es una invitación a sustituir el tabaco por harina. Cumplen parte del propósito. No por completo. Las pausas entre nosotros son respiros que se pueden llenar con la comida, pero no hay mejor medida de tiempo para las esperas que la longitud de un cigarro. Fumar es poner las comas en una

oración muy larga.

—¿Fuma desde hace mucho, oficial Pirsing?

—Lo estoy dejando.

—*Inshallah*. ¿Conoce la palabra?

—Ojalá —traduce y aconseja. La agente sabe sonreír.

Tal vez sea yo quien necesita la espera antes de contestar. Ustedes han preguntado sin remordimientos.

—¿Alguna vez se preguntó, agente, si usted existiría de haber sido otro el país al que emigró su familia?

—¿Imagina una Suzzana Narwani en Brasil?

Ahí se dirigieron muchos árabes cristianos. Seguramente tiene algún pariente al sur del continente de quien desconoce absolutamente todo.

—¿El telegrama? Dijo al principio que su madre recibiría indicaciones para dirigirse a un destino —el brillo de su anillo es el de la memoria inmediata. Suerte para el marido.

De esto se trataba. Si las cosas hubieran sucedido como fueron planeadas, no estaríamos teniendo esta conversación.

—¿A su madre no le gustó México?

Al día siguiente de que se firmó la orden ejecutiva prohibiendo la entrada a los provenientes de siete países con mayoría musulmana, se reenvió a los puestos migratorios de aeropuertos, fronteras terrestres y marítimas, la lista de coincidencias de viaje ordenada por la Casa Blanca tras los atentados de 2001.

Registro de entradas y salidas, renovación de visas, trámites de naturalización, transferencias bancarias, frecuencia de visita a las mezquitas. Telegramas de cuando se enviaban.

Oficial Pirsing, lo que la agente insinúa es que si al Shah le hubieran permitido quedarse donde quería después de expulsarlo de los Estados Unidos, yo tendría otro pasaporte.

Creo adivinar a dónde se dirige, agente Narwani. Permítanme anticiparme y ahorrarles la incomodidad: mis padres nunca ocultaron que nací lejos. Su generosidad fue la más grande.

El telegrama nunca llegó.

هشت

hasht

۸

Madar me entregó una carta junto al reloj de *baba* los segundos previos a que me fuera de su casa. Amri y yo habíamos pasado el día, desde muy temprano en la mañana, de puerta en puerta, cargando el U-Haul que rentamos entre los dos para llevar nuestras cosas de San Diego a Berkeley, el primer año.

Ella se acercó a la ventanilla apenas cerré la puerta y arranqué el motor. Giré la manija. En esas camionetas hay poco más prescindible que la comodidad. Imaginé los consejos que no menguaron a lo largo de la semana. Agotados entre las correcciones a los dobleces de la ropa y las advertencias de mi padre sobre la vida de estudiante. Sus esfuerzos por encontrar paralelismos con Najaf claudicaron en el Corán con encuadernación de piel que guardó, sin decirme, en una caja. Misma discreción para la *lota* de la *instinja,* en una caja afortunadamente distinta, que hizo llegar a mi baño sin decir palabra.

En lugar de más consejos, mi madre me dio un sobre con tres párrafos escritos en un acto de redención. Escondidos fuera de mi alcance durante dos décadas. La explicación que intentó darles a mis tías y quedó sin respuesta tenía un nuevo destinatario. Manera de disculpa por su existencia.

Años después, al mudarme con Sofía, le tomó una semana atreverse a preguntar qué hacía una pequeña jarra de latón dorado, eternamente llena de agua junto a la regadera. Quería comprar unos tulipanes y usarla de florero. El desencuentro inicial del Occidente contemporáneo con el islam es un asunto de higiene.

Ignoraba cómo funcionaba un bidé, así que explicar la *lota* como nuestra versión del procedimiento, obligó al diálogo explícito por el que tuvimos nuestra primera pelea. Antes de dormir, me preguntó un sinfín de veces si me había lavado las manos antes de tocarla.

—¿Qué decía la carta? —Narwani debe tener una relación poco noble con sus impurezas. Pirsing ha de estar imaginando rudimentos.

Unos días antes de la llegada de Jomeini a Teherán, en febrero del 1979, el Shah Mohammad Reza viajó a Egipto, de ahí a Marruecos y luego a las Bahamas. En junio llegó a México.

Mi abuelo llevaba cuatro meses juntando dinero en el interior de una almohada de alfombra. Viajó con mi madre. Vendió lo que era vendible sin que el resto de la casa notara ausencia. Un anticuario amigo de la familia le compró los tapetes quemados. Según dicen, hombre noble que adquiría cualquier cosa. Para mi abuelo era inconcebible que su hija trabajara. Cambió dinares a dólares a través de los colegas que le quedaban en el país y no se habían regresado a Europa o a Estados Unidos. Casi todos eran franceses que le ofrecían francos, servicios o empleo para *madar*, una vez que volara allá.

—¿Por el islam? El trabajo —un oficial de migración puede ser suficiente arquetipo como para exigirle no habitar en todos los demás.

—Por su consciencia de padre.

—Sin ofensa.

—No es su culpa. Incluso la primera mujer del Profeta trabajaba. También su herencia.

El día en que corrió el rumor del lugar donde supuestamente se quedaría el Shah, decidió que a su hija le había llegado el momento de abandonar Irán.

Madar escribió sobre esos días en tercera persona, como si se tratara de alguien distinto a ella. En parte lo es.

Los hilos de lana en la almohada se han rasgado, los colores empalidecido y por la fuerza del tiempo, lleva cinco cambios de relleno. Probablemente uno o dos más desde mi salida.

Aprovecharon una visita al médico de mujeres para revisar los malestares abdominales, recurrentes y en aumento, desde el asalto a la casa. Sus costillas ya habían soldado. Sólo le molestaban, como ahora, con la humedad del invierno. Dice que hay dolores que nunca desparecen. La acompañaron mis dos abuelos, Jadiya para entrar con su hija al consultorio y Abd Allah para pagar la cuenta y comprar, por si se necesitaban durante la peregrinación al exilio, analgésicos importados antes de febrero que, para la mitad del verano, ya se ofrecían de contrabando.

—¿El Abd Allah que quiso casarse con su madre?

—No, oficial. Mi abuelo. Aquel otro hombre se llamaba Abdallah.

Las farmacias tenían productos. Elegían a quién dárselos.

«Les escribí a mis hermanas Ruqayyah, Kuthlum y Zaynab, “El cariño de sus padres es tan grande que no pueden alejarse de ustedes. Tan grande que para contar con todas sus probabilidades decidieron perder a su otra hija”.» Ellas se quedaron en la cocina, preparando el último *polo ba tahdig* que probó en casa.

Su nostalgia tiene forma de azafrán iraní. Largo, pardo, oscuro como el pasado. Cada que lo cocina abre la alacena en el cuarto de lavado con un aire ritual. Sus movimientos se interrumpen con pausas. Evocan el impacto de la puerta, sus huesos romperse, las vísceras sangrando, y el recuento mental del dinero que ahora tienen que gastar para comprar una caja con un gramo de hilos secos, de un rojo intenso y vulgaridad brillante. Sin los colores de las flores. Detesta gastar en hebras quebradizas y de aroma perdido. Abre la diminuta caja de plástico, proveniente de España, de India o de Marruecos. Estampa de papel al frente. Baratija y no por el precio. Azafrán de moros y tierra de vándalos que deben su fama al amorío con la paella

y el tinte amarillo del curry. Gusto por colores, reclama. Acerca su pulgar e índice derecho para agarrar unas diez hebras. Las cuenta en su palma, pronuncia los números sin abrir los labios. *Yek, do, se, chahâr, panj, shesh, haft, hasht, noh, dah.* Si son más las devuelve con el gesto delicado que cierra ataúdes.

Nunca he probado azafrán recién horneado.

Ella se acostumbró a la mala calidad. Me crio con ella y la ausencia de los tallos largos.

—¿No sabía que el Shah estuvo en México? — el oficial tiene el brío de un estudiante de historia—. ¿Legalmente?

—Lo legal es subjetivo según la época, señor. Oficial, disculpe.

—¿Qué quiere decir?

—Su compañera me entiende.

Madar me escribió sobre su mundo, no quiso averiguar si existió otro más. ¿Qué experiencia sería capaz de sustituir la suya? Prefirió quedarse con un recuerdo y yo, como mi padre, traté de cuidarlo. En la universidad busqué libros y periódicos viejos para completar los vacíos. Sólo se los mencioné cuando permitían sostener su memoria.

Le he contado por teléfono las intrascendencias que ella ignoraba y no competían con mi compromiso inicial. Las que descubrí por Sofía en los frecuentes intentos por enseñarme su lengua.

Baba ha sido más dócil con el pasado. Su gratitud con el presente es motivo basto a punto de la insolencia.

Él guarda, porque no tira nada, un recorte del *New York Times* de finales del setenta y nueve. “México reporta miedo a represalias de los musulmanes si readmiten al Shah.”

La misma nota que se publicó hace unos años tras las elecciones, durante las protestas de 2009 en Teherán, en los *dossiers* que se enfocaron a dar contexto histórico de la incompatibilidad que tenemos con nosotros mismos.

Mucho de lo que había encontrado en diarios y revistas viejas fue rescatado en esos días por algunos periódicos internacionales. Liberaron su cobertura de la revolución para dibujar cierta perpetuidad en las resistencias. Los estudiantes del Movimiento Verde, interpretación persa y tardía de las Primaveras Árabes, alimentaron la esperanza occidental del levantamiento medio oriental. La prensa hizo su parte.

—¿Prensa americana?

—La agente Narwani debe tener mejor información sobre esos años —volteo a verla.

—Pero no queremos perdernos de la visión de los protagonistas — es rápida.

—Nunca nos han importado, agente. Recuerde 1980 —quienes nos criamos de recuerdos perseguimos la tragedia.

—¿El año siguiente? —Pirsing nunca deja de ser amable.

—Sí, oficial. El año que le siguió a la toma de la embajada. ¿Supongo que le gusta el cine?

—Prefiero ver películas en casa. El cigarro — hace un ademán de fumador con la mano.

—Sofía sólo fumaba en la cama.

La culpa es un motor que le permite a la historia reescribirse. La de este país es tanta, la culpa, no la historia, que optamos por enterrar el pasado. Hemos escarbado poco en ese episodio. Encontré lo más preciso en una biografía olvidada por el hijo del autor en la biblioteca Bancroft de Berkeley.

—¿Cómo sabe?

—¿La precisión?

—Que era el hijo del autor.

—La dedicatoria, señor.

Se parecía a la carta de *madar*. A veces, los padres encuentran en la pluma una manera para decir lo que es difícil en persona.

Como estaba en español, Sofía me la dio a leer.

—¿Alguna relación con la carta de su madre?

—Fichas de backgammon, agente.

—¿El juego? —primera árabe que no lo tiene presente.

—El movimiento. Una jalaba a la otra.

Recibimos al Shah durante el gobierno del presidente Carter, seguramente a pesar de él. Kissinger, quien había tomado distancia con la Casa Blanca en cuanto Gerard Ford perdió las elecciones, se acercó a un grupo fundado por David Rockefeller: la Comisión Trilateral.

—Hombres de negocios. No esperaba una conversación sobre política.

—Es precisamente de lo que me pide hablar, agente.

—¿Sobre negocios entre Japón, Europa y nosotros?

Para la costumbre norteamericana, negocios y política se conjugan en simultáneo. En Medio Oriente la política sólo se equipara con la tradición.

—Tal vez, pero los encuentros entre Kissinger y Rockefeller sirvieron para que ambos solicitaran al gobierno mexicano darle asilo al Shah.

—¿Por qué? —el oficial apunta en sus hojas.

Mis lentes. Tengo que cambiarlos. Parpadeo en exceso.

—Para evitar compromisos.

Tengo los ojos secos.

El Shah se encontraba enfermo de cáncer. Con todo lo que leí, me es imposible saber si conocía su estado al salir de Irán.

—Eso es público —su impaciencia es tan ostentosa como su anillo.

—No el castillo de cartas.

Abd Allah, mi abuelo, tenía una fábrica de telas para uniformes. Se los vendía al gobierno de Pahlavi.

Por un acuerdo mercantil firmado en Washington en 1977, los uniformes se usaban por los trabajadores de los ductos Eilat-Ashkelon que Tel Aviv operaba junto a Teherán.

—¿Eran socios? —Pirsing está descubriendo que hubo un mundo antes de nacer.

—Antes de que se exiliara en México, Kissinger visitó al Shah en las Bahamas.

—¿Y los ductos?

—Debían transportar petróleo iraní a Israel.

La intervención americana para proteger al Shah, al parecer, se relacionó con una forma de compensación por una negativa previa. Poco antes, el Manhattan Chase Bank, a punto de cerrar un acuerdo con Teherán, retiró su interés en financiar el proyecto de transporte petrolero de Eliat a Ashkelon. Su presidente era David Rockefeller. La conveniencia se siente cómoda al disfrazarse de culpa. Para llevar al Shah fuera de la isla y rumbo a su nuevo domicilio, le pidió su avión a un financiero cercano con quien intercambiaba favores, el director del Banco Nacional de México.

A meses de su estancia en el exilio, el Shah pidió atenderse en la ciudad de Nueva York.

—¿Saben cómo le decían al Shah los franceses?

—El gato de Irán —su francés entiende más juegos que su árabe.

—Yo lo supe por la carta. Si tan sólo los franceses hubieran pensado que nuestra aversión, y la de los árabes, es a los perros.

Desde el accidente de su padre, Hasan al-Samarri le escupe a sus heces en las banquetas.

En Teherán, las protestas no mermaron mientras el Shah se encontró hospitalizado. Algunas de ellas, incluso, tomaron el auxilio médico por parte de Estados Unidos como motivo para salir a la calle. Dos semanas después del arribo a Nueva York, en noviembre del año en que volvió el Ayatola, la embajada americana en Teherán fue secuestrada.

—¡Cuatrocientos cuarenta y cuatro días! —Pirsing encuentra la satisfacción de la historia contada en películas.

—Bien, oficial. Imaginé que le gustaba el cine.

La causa palestina invadía el ambiente de la toma a la sede diplomática y la retención de su personal. Por elogios obligados de Jomeini a Arafat, la primera visita oficial que recibió el Ayatola fue de Abu Ammar.

—¿Abu Ammar?

—Arafat, oficial.

—No sabía que tuvo un hijo.

—No lo tuvo, agente. Era su *nom de guerre*.

El principal interés de la revolución no era apoyar al palestino que, en realidad, era egipcio, sino alimentar el espíritu que llevó a mis abuelos a deshacerse de mi madre.

—¿La revolución? —si su voz coincidiera con la masculinidad de su cuerpo, tendría algo de fuerza escucharlo pronunciar esa palabra.

—El camino antiamericano.

Más tarde, Jomeini apoyó a Hamas. La oposición palestina al movimiento al-Fatah de Yasser. Bajo ese escenario, la vida de los diplomáticos secuestrados colgaba con pinzas. Entonces, Carter expulsó al Shah y, en consecuencia, México, entre otras razones que descubrí en aquella biografía, hizo lo mismo y no lo recibió de regreso.

—El recorte de su padre —se vuelve a colocar los lentes. Pone los codos encima de la mesa y recarga la cabeza sobre las palmas de sus manos. Es su gesto de descubrimiento.

—Correcto. Llevaba unos días en San Francisco.

Madar se quedó en California por esa razón. No había quien la recibiera en su destino final. El veintidós de octubre de 1979, Mohammad Reza ingresó al Cornell Medical Center de Manhattan.

La abuela Jadiya y el abuelo Abd Allah le habían comprado un boleto sin fecha de Los Ángeles a la Ciudad de México. No lo ocupó hasta 1988.

—¿Diez años después?

—Antes se vendían esos boletos, oficial.

—¿Todavía era válido? —retira una mano de su quijada. Recoge el pelo del lado izquierdo por encima de su oreja. La descubre. Sus aretes hacen juego con el anillo.

—No. Tuvo que comprar uno nuevo. Le gusta decir que fue el mismo. Hace las cosas más sencillas.

Madar ya se encontraba aquí cuando mi padre logró cruzar la frontera de Irak en el camino a Teherán.

—No solo, supongo —abre los ojos atrás del vidrio de sus lentes. Afirmación que ni siquiera contiene coraje. Traza la respuesta implícita en ciertas preguntas.

—Solo.

—¿Sin el Sheik? —mujer de necedad encomiable.

—Acompañó al chofer de una mina de turquesa. El hombre volvía al país con prisa y deudas.

Viajaron desde las afueras de Najaf en una camioneta de carga, vacía.

Para *baba*, contar su travesía perteneció a un plan que ideó la primera noche en que me llevó a la *masjid*. Todavía caminaba agarrándolo de la mano. Su estrategia dividió en capítulos unos cuantos días. No siempre un capítulo significaba una jornada, como su intención de crear el suspenso que me haría soñar con sus imágenes. En ocasiones, mis preguntas sobre el relato extendían una sola acción por semanas enteras, en las que, invariablemente, dosificaba la información que iba dándome.

Cuando las interrupciones parecían abrumarlo, regresaba al capítulo anterior y jamás contradijo lo que pudo narrar días o semanas atrás. En todo caso, alargaba los hechos agregando detalles que, a manera de suspenso, me llevaban a más dudas. Los detalles, explicaciones breves y ligeramente ambiguas sobre carreteras, paisajes, vehículos, ciudades, antigüedades, dinero y situaciones que me era imposible conocer. Uno tras otro, la atención a los elementos desconocidos se debía a una sola razón, de función precisa en su mente y en su alma: llevarme al país viejo.

El primer avión al que se subió fue el que lo llevó a Europa. El segundo a América. Por ese viaje inicial supo cómo empezar. Me dijo que Irán era un país grande, más que Irak, pero tan parecido en algunos parajes que, si se le veía desde el cielo e incluso si la vista alcanzaba para observar al país vecino, me sorprendería cuántas líneas atravesaban una tierra pálida llena de puntos opacos. Unos cuantos árboles, campos verdes y amarillos. “Esas líneas son caminos y carreteras, Muhsin.” Insistía en mencionar mi nombre para evitar cualquier distracción. “Y en Irán hay carreteras y caminos por todos lados. Y llevan a muchos lados más.” Describía la textura de la tierra. Su olor a sal. “Por esas carreteras llegué a la casa de tu madre.” Una y otra vez recalcó, después de recordarme que para esas alturas ella ya se encontraba en San Francisco, “… y yo sólo tenía un trozo de papel antiguo y una piedra de turquesa.” Si le preguntaba qué papel era y de dónde había sacado la piedra, él me contestaba: “quizá la próxima semana podamos hablar de eso”.

Me enteré bastante más tarde.

La experiencia del vuelo le dio la mirada con la que años después me mostraría lo que aún no he visto con mis propios ojos.

Sin posibilidad de sincronizar calendarios, sabía que mi madre no se encontraría en la ciudad para el momento en que consiguiera un transporte que lo llevara de regreso. Las rutas de autobús que todavía daban servicio entre ambos países eran minuciosamente revisadas en la frontera y, a menudo, se les negaba el paso. El viaje a pie sólo sumaba riesgos. El clima, una que otra milicia de las que eternamente habitan la llanura, antiguos militares iraníes o iraquíes, desplazados, nómadas nerviosos.

—¿Coyotes? —el oficial imagina la distancia desde su propio entorno.

—Son de esta zona.

Ya había dicho que era bueno con las distancias y malo con las edades. Narwani y Pirsing me obligarán a dibujar un mapa imaginario. Levanto la mano ligeramente. Signo de espera. Cuento. Calculo. Cierro mis párpados como si pensara con las pestañas.

El conductor de la camioneta trabajaba para una mina de turquesas en el Jorasán, a casi mil kilómetros al este de la capital iraní. Se encontró con sus compradores en una construcción sin terminar en la periferia de Najaf. La única en la calle. Lo observaron descargar, costal tras costal, tonelada y media de rocas azul cielo. El color de Persia que ilumina las paredes de la ciudad sagrada y la tumba de Sayyidah Zaynab, hija del Imán Ali, en Damasco.

—Nos habló de él.

—El mismo, agente. El primero. Marido de Fatimah.

Al final de la tarde, cuando el hombre estaba agotado de sí y vino el momento de pagar por la mercancía, uno de los compradores se acercó al conductor, vestido de obrero, con las sandalias mostrando sus pies y los pantalones grises cubriéndole los tobillos. El comprador sacó de su chamarra de campaña un rollo de billetes. Descendió entre sus dedos el cordón de tela que los mantenía amarrados y le entregó mil tomanes.

El conductor le contó a mi padre que se quedó viendo los billetes con semejante estupefacción, que apenas salió de su sorpresa al escuchar el golpe de la portezuela en la parte trasera del vehículo. Un segundo comprador la había cerrado en un solo movimiento y después, escupió en el piso. Insultó en árabe. Le dieron un minuto para irse con la camioneta o también se la quitarían.

—¿Tomanes?

—Dinero.

—¿Riales o dinares? —las preguntas de Narwani siempre cargan un dejo de superioridad.

—Tomán. Diez riales. Los viejos siguen llamándole así al dinero.

Mi padre es viejo. El chofer más.

Una revolución no se hace pensando en su precio. En 1979, durante las noches, el rial se convertía en vapor.

Sin la costumbre de hacerse acompañar en la ruta de regreso, el conductor decidió romper sus reglas, seguramente condición del oficio. Detuvo su camioneta en la carretera hacia Teherán, metros adelante de un hombre que levantaba su pulgar bajo los rayos del sol. *Baba*.

Negociaron con la puerta del acompañante abierta. La ventana no bajaba.

El poco dinero que le podía dar *baba* le ayudaría a pagar por la gasolina que necesitaba y tal vez, cubrir parte del saldo que le reclamarían sus empleadores en cuanto lo vieran. Para el faltante, esperaba que le asignaran un turno extra o le permitieran bajar a la mina para picar paredes.

En el cruce de Haj Omran, un grupo de adolescentes kurdos les desearon buena suerte y rieron conforme se internaron a la región de Piranshar.

Media hora después, entre los campos de trigo, célebres en la región, aparecieron los fieles a Jomeini. Las espigas eran tan altas que les cubrían las cabezas.

Las armas son prescindibles si se grita con suficiente fuerza, recuerda mi padre.

Cinco hombres les cerraron el camino. El del centro extendió su brazo y mostró la palma de la mano. El chofer blasfemó por todos los cielos.

Insultamos y respiramos.

La noche en que contó esa parte, *baba* me hizo prometer que jamás mencionaría frente a *madar* lo que dijéramos.

—¿Sobre Jomeini? —el pronunciar ese nombre exalta su femineidad.

—No. Se negó a repetir las blasfemias. En cambio, me pidió que imaginara cuáles fueron. Reímos como se deben reír los padres con los hijos. Insultamos a la nada hasta llegar a la puerta de la mezquita. En silencio, nos descalzamos. Lavamos el cuerpo.

“Quizá, después te cuente qué nos hicieron los ladrones.” Tuve que esperar unos días.

A la semana, me enteré que los hicieron descender con los brazos atrás del cuello. La mirada a los zapatos. Aplaudiendo para insinuar prisa, les obligaron a apartarse unos metros. A los dos los empujaron para aumentar la distancia.

Conocí la rabia.

Tardaron en encender la camioneta. La llave de contacto tenía un truco que incluía rezo. Entre súplicas vino una respuesta de aparente nobleza. Al conductor le prometieron que su deuda se trasladaba al *waqf*, la beneficencia islámica. Ya no le debería a los capataces, sino a la comunidad.

Los neumáticos arrojaron una nube de tierra. El vehículo pasó a manos de sus nuevos dueños. Mi padre y el chofer de las piedras respiraron polvo. Se cubrieron con sus ropas. Entre ellas, los bienes de *baba*.

—La recogió del suelo. Cayó de la caja por la fuerza del arranque y el chofer, hasta que se encontrara enterrado abajo de su lápida, no quería saber de rocas de ningún color.

Mi padre entró a Teherán sin suelas en los zapatos, con una curva inflamada en el pulgar de la mano derecha, cansado por levantarlo a cada auto que rechazó detenerse. Para él, la mano izquierda, destinada a menesteres íntimos y poco higiénicos, no le traería la suerte que nunca llegó.

En la casa de mi abuelo encontró las ventanas tapiadas con tiras de madera. La puerta con cinco cerraduras recién colocadas. Pasadores, candados. Dos golpes y mi abuela la abrió con espasmos de inseguridad.

Las paredes de la planta baja seguían oliendo a hollín y estaban tapizadas por cajas. Una leyenda indicaba sus contenidos. Ni una con el nombre de mi madre.

Él fue el último en ver a Jadiya y a Abd Allah. También a Zaynab, Kuthlum y a Ruqayyah, que le dio la espalda apenas lo reconoció, a pesar de lo sucio de su piel y sus ropas. Sin mayor titubeo, subió corriendo las escaleras en el instante en que mi abuela le hizo a mi padre entrar a la cocina y, con calma, fue a avisar de la visita.

Mientras esperaba, acomodó un par de bancos altos que habían sido apilados en una esquina frente a la barra para desayunar. Dice, se respiraba que nadie se había sentado ahí en semanas. Mucho menos cocinado.

El uso muestra rastros y la suciedad no es el descuido, sino su estadía.

Al entrar el padre de mi madre se saludaron con la dignidad del abandono.

Las primeras palabras de *baba* fueron el recuento de sus posesiones, que no eran muchas más que las evidentes y las dos que escondía entre la tela desgastada.

En cuanto a mi abuelo, ya no estaba su hija para preguntarle con la mirada. La conocía lo suficiente.

Le preguntó qué quería y aunque era obvio, en la desesperanza unas pizcas de normalidad sirven para dar aliento.

Su nerviosismo era tal que no le fue posible pronunciar la palabra matrimonio sin tropezar con su propia lengua. “Ya te tocará algún día, Muhsin. Si las sílabas se componen en tu boca con facilidad y las puedes decir sin asombro, quizá sea bueno no tomarse las cosas muy en serio.”

Cinco esbozos de frases amorfas salieron de su boca. Eso bastó para que mi abuelo accediera. El gesto había sido tan auténtico, que no dudó en la calidad del hombre capaz de caminar carreteras. Además, lejos de su hija, era lo único que podía hacer para evitar que un desconocido ocupara ese lugar e intentara darle nietos.

Lástima que los esfuerzos no siempre cuenten en los testamentos.

—¿Qué otra cosa escondía entre la ropa? —la agente no soporta la idea de un secreto ajeno.

—Las palabras.

Sé que no buscó a sus padres ni avisó a amigos de su regreso. Ignoro si los había. De mis abuelos paternos no se habla en casa. Uno se hace a los códigos del silencio. Existieron porque es imposible que no fuera así. Se esfumaron. En él, la memoria se conduce por rutas paralelas que rara vez se atraviesan.

La tradición ocupa casi todo el espacio de su pasado, un trozo gigantesco y el más presente, es de *madar*. Los instantes en que ambos encuentran un punto de coincidencia cobran tinte de postales. El compañero de Najaf, las funciones del teatro Saadi.

Caminado junto a él rumbo a la *masjid*, cuando ya no lo hacíamos de la mano y las guardábamos en los abrigos en invierno, decidí que, si por tanto tiempo él no pronunció nada sobre su familia, además de la condición de llamarlo como él llamaba a los suyos, debía ser paciente y dejar en paz lo que quisiera hacer con sus recuerdos. El poder del prefijo es absoluto. Su padre depositó su esencia en su hijo y desapareció.

Por resistirse a avisar de su retorno, lo único que le quedaba era la turquesa, sin betas ni grietas, y una hoja de papel. Todo lo demás, lo que alcanzó a cargar dentro de sus bolsillos desde Najaf, lo fue perdiendo en el trayecto a causa del peso y la frágil resistencia física de un escolar. Mantuvo el dinero que escondió debajo de un *taquiyah* prestado para cubrirse la cabeza del sol.

Mi abuelo le pidió volver en una segunda visita para indicarle el lugar donde se encontraba *madar*. No fue necesaria.

Dispuesto a alcanzarla, ocultó que ella misma, consciente de sus carencias financieras, ofreció pagarle el boleto de avión. En su última

llamada, todavía en Najaf, le pidió presentarse en la oficina de Air France.

Desconocía el destino cuando fue a recoger su pasaje.

—¿El papel? —su prisa y necedad.

—Un verso trazado con cálamo.

—¿Algo importante?

—El cálamo de Emad Hassani.

Por la prohibición de ornamentos junto a las suras del Corán, las suras se convirtieron en ornamento. La primera letra, del primer nombre, mostraba cuidado en las pinceladas verticales del *alif*. Un marco azul lapislázuli, contraste con las flores y con los ojos, y con las ramas de olivo pintadas en tinta de oro. "Como si fuera un brocado de tela, un marco interior color carmín se abría paso bajo el dibujo de un enramado de vid. Los trazos hacían belleza sobre el arte de las palabras y de la caligrafía. Del préstamo del misericordioso, del oyente que todo lo ve."

El arte entró a la religiosidad islámica con la caligrafía, me explicó *baba*. Su dominio absoluto a través del Nastaʿlīq de Emad Hassani.

—¿Una técnica? —ella necesita un código fuera de la lírica.

—Y un escudo que lo protegería en el camino, según le dijo el colega de madraza que se lo regaló, enrollado, a cambio de llevarlo a un lugar seguro. El *taquiyah* también era de él.

—¿El Sheik?

—El niño de la foto.

Pirsing pasa la hoja. Le pide permiso a Narwani. Arranca una nueva. Anota. Narwani ve de reojo los apuntes. Le dan igual. Ha escrito la palabra *sombrero*. Otea hacia afuera del cuarto. Copio su mirada. Ya no está el hombre bien peinado. Los viejos y su sobrino permanecen en las mismas sillas. ¿Habrán cambiado de turno? Los rostros son distintos. Atrás del mostrador, un nuevo CBP da instrucciones al personal de seguridad privada. Señala el perchero del fondo. Ellos cuelgan sus chamarras impermeables.

Aún llueve. Verbo sin sujeto.

—¿El compañero se quedó en Najaf? —vuelve a observarme.

El escolar había sido expulsado del seminario en los tiempos de Jomeini. Por los recuerdos de *baba*, la rivalidad con el Ayatola obedecía a una discusión propia del *fiqh,* que no tenía lugar en la jerarquía de un alumno con su maestro.

En la tradición, la mera existencia de la palabra es salvoconducto para la permanencia del misericordioso en la tierra. A la ley, el trabajo de caligrafía le dio dimensiones estéticas.

—¿*Fiqh*? —sin saber que hablamos de sus terrenos, Pirsing atiende

las semejanzas.

—El campo de estudio para las leyes islámicas.

Si los brazos de la revolución se extendían, nadie buscaría aquella reliquia en Teherán.

Desconozco si mi padre conversó con el Ayatola, agente Narwani. Lo seguiré ignorando sin importar cuántas veces me lo pregunten. Supongo que esa información la encontrarán en el archivo que tienen sobre él.

Su mirada pregunta cómo lo sabía.

Estamos aquí por una sola razón: el *Mahdi*.

El abuelo Abd Allah vendió el papel con la caligrafía de Mir Emad que mi padre le dio a manera de dote. Su comprador fue un comerciante de antigüedades en el Grand Bazaar, tío de Ommar, antiguo pretendiente a yerno y conocido de *baba* en las butacas del teatro Saadi. No acordaron el precio en la tienda, caminaron por los pasillos del *Bāzār e Bozorg* y, en la puerta de una de las mezquitas al interior, el tío le preguntó de dónde lo obtuvo.

—¿Cómo está tan seguro? —Pirsing se anticipa en los protocolos de su formación.

Al comerciante le tomó dos días encontrar a mi padre. La abuela Jadiya le indicó la dirección del pequeño hotel de colcha en el piso donde se había hospedado para no decepcionar a mis abuelos paternos. Los inexistentes. Llamó a su habitación y subió las escaleras. Los cortes de luz, naturales en esa época y causados por las revueltas, inhabilitaron un elevador al que de cualquier forma no debía ser muy recomendable subir. Sesenta y cuatro escalones más tarde, se lo devolvió envuelto en una tela blanca como regalo de bodas.

—El Nastaʿlīq se perdió, agente Narwani.

En una pared sobre la cabecera del comedor, justo arriba del lugar que ocupa todas las mañanas para beber su café, cuelga enmarcada la fotocopia de una pintura; el anuncio recortado de una revista. Promoción del Museo del Condado de Los Ángeles para su colección de arte islámico. La sustituye cada que el sol la quema y decolora. Abre el cajón de los papeles importantes, coge el sobre donde guarda el encarte original y las cinco copias que imprime cada primavera en la papelería de Massoud, un palestino de ochenta años que habla bien el hebreo y saluda en español.

A Sofía le gustaba ir con él para comprarle libretas.

Baba dice que la pintura de la revista es muy parecida a la que le dio al funcionario en el consulado americano de Teherán, con quien mi madre le agendó una cita a espaldas de mi abuelo, para que le expidieran una visa, también de estudiante.

Los dólares que no quiso aceptar el chofer de la camioneta fueron compensación insuficiente para el funcionario.

Al día siguiente fue a la oficina de Air France, abarrotada por extranjeros que intentaban salir de la ciudad. Los boletos estaban agotados. *Madar*, al igual que hizo con la visa y el soborno que creyó sería bien recibido, usó parte del dinero que mi abuelo le entregó para su manutención. Cubrió el costo del primer vuelo que abordó *baba* para alcanzarla.

En la aerolínea no hubo chantaje.

A pesar de la fascinación de los franceses con Jomeini, en esa época sólo aceptaban cobrarles a los iraníes en efectivo. Ella entregó los francos de los amigos de su padre. Le pidieron una identificación. Escogió en la que se llamaba Durra An-noor. El camino a la luz.

noh

Madar salió de Europa varios días antes de que mi padre llegara a América. Ninguno de los dos reparó en que, sin ella, no tendría dónde dormir. Los dinares que le quedaban guardados entre su cabeza y el *taquiyah* le servían de nada al iniciar el exilio. Sus pocos dólares, con los precios en el aeropuerto De Gaulle, le alcanzaron para comer una vez al día. Pensar en tomar un transporte a la cuidad donde el alimento era más barato, arriesgaba a intercambiar autobuses o metro por pan, un trozo de pollo y agua suficiente. Prefirió invertir en una cajetilla de cigarros y usar los bebederos públicos. No salió del aeropuerto en media semana. Se sentó en cada una de las bancas de espera y vio los anuncios de productos que nunca le interesaron en Irán. Ahí empezó a fumar, formado en la austeridad religiosa, prefirió entretenerse con el humo. Su salud aún se lo permitía y, para esos años, la gente lo podía hacer en cualquier lado.

Cigarro tras cigarro se consumió sobre el Atlántico, en el avión que lo llevó a Los Ángeles. Su segundo y último vuelo.

Hoy ya no fuma. Los médicos se lo prohibieron después del primero de cinco infartos. Al principio lo extrañaba y me pedía que fumara junto a él. Salíamos de la casa, caminaba un paso delante mío por el piso crujiente de madera pintada de blanco en su entrada. Bajábamos las escaleras hacia el estacionamiento del auto. Se recargaba en el barandal y fingía no estar cansado. Extendía su mano para que le diera el encendedor. Yo lo sacaba de la cajetilla. Me llevaba un cigarro a la boca y él lo prendía. En esas primeras semanas de convalecencia, lo único que le costó fue la indicación médica de reducir la cantidad de café que para entonces bebía diariamente. Le fue imposible convencer a los doctores que medio litro entraba en los márgenes de consumo apropiado.

—¿Entraron sin visa? —pobre hombre, hay asuntos que le resultan inconcebibles.

—No la pedían en Europa.

—¿El pasaporte era válido?

—Era rojo.

—El de la República Islámica.

—Tardaron en cambiarlos por los nuevos. Los países fueron lentos en decidir cuál aceptar. Su león grabado en color dorado, con una espada en la garra y una corona volando, permitía entrar a todos lados salvo a los países del este.

Ya les había dicho que ella lo recibió en el aeropuerto y, de ahí, tomaron un autobús a San Francisco.

—¿Cómo fue el encuentro?

—Supongo, oficial, parecido a los que ve al dejar cruzar a una

pareja allá afuera.

Baba fue el último en salir de migración. Alrededor de *madar,* en la sala de llegadas, pasaron los turistas que venían de vacacionar en Europa. Felices y cansados. De pie, atrás de la línea de recepción a viajeros, la cubrieron decenas de discusiones de hombres de negocios levitando con sus portafolios de piel y combinación de tres dígitos. Innovación y moda de la época. La aturdieron los olores de las mujeres perfumadas, cargando los regalos de sus hijos. Después la rodearon los pasajeros de un vuelo proveniente de Londres, más tarde de Chicago. Entre cada uno, ella pasó de ser parte de una multitud llena de expectativas, a la soledad que queda atrás de la emoción. Familias enteras iban a recibir a sus parientes. Otras mujeres a sus parejas. *Madar* era testigo de sus reuniones y *baba* no salía. En cuanto lo vio y ella le interrogó por la demora, contestó que encontraron su *lota* en la maleta. Tardó en convencer a dos policías de sus ventajas. Le prometieron intentarlo en sus casas.

Pirsing esboza una sonrisa. Escatológica.

—No me preguntaron si alguien me recibiría del otro lado de la garita.

—Si hay alguien le podemos avisar en este momento —el oficial reacciona exaltado.

—Si lo hubiera usted nos habría dicho y muy probablemente habría salido de inmediato —ella confunde pragmatismo con respeto.

Ninguno de los dos entró a la universidad de inmediato. Les tomó diez años casarse. Ella tenía su lugar reservado desde Teherán, por el programa de impulso académico del Shah. Debió iniciar clases un mes antes de su llegada. Su padre confiaba en ello. La esperanza en que *baba* pudiera alcanzarla.

Ese año fue común el retraso de nuevas matrículas entre los estudiantes iraníes que debían presentarse en las universidades. Algunos no llegaron, otros lo hicieron ya entrado el calendario escolar. A la mayoría se le permitió cierto volumen de ausencias. *Madar* solicitó un semestre para ajustar su situación económica. Era privada.

El tiempo que creían necesitar para que admitieran a *baba* en la universidad del estado.

—¿Qué estudiaron? —ahorraría tiempo si le hiciera las mismas preguntas a su compañera.

—*Madar*, educación. Él, ingeniería. Junto con medicina, las tres carreras predilectas de la diáspora.

Al principio, ella hacía labores domésticas en las casas de árabes que tenían más de una generación aquí. Además de la limpieza, en las tardes, molía la masa para el pan de un restaurante especializado en

comida *halal.* Platillos de ingredientes y preparaciones permitidas en la tradición que, sin importar cercanías políticas ni constancia religiosa, eran bienvenidos por la inmensa cantidad de iraníes y árabes de la ciudad.

—¿Por qué San Francisco? —la agente es un reflejo de la edad de lo inmediato.

—La ciudad era famosa por su resistencia al Shah.

Desde 1958, durante la primera visita de Pahlavi a Estados Unidos, se habían organizado en San Francisco distintos grupos que exigían el retiro de Washington de la política iraní. La diáspora estaba acostumbrándose a las ideas locales. En respuesta, a principios de la década de los sesenta, en repetidas ocasiones, las autoridades retuvieron los pasaportes y los documentos de decenas de estudiantes. Algunas universidades rechazaron sus pagos. Si habían sido vistos en protestas, los acusaban de mover fondos dispuestos a derrocar al gobierno de Pahlavi.

Me quito los lentes. Los sostengo de la pata izquierda. Apunto hacia la lámpara y busco la distorsión del reflejo en el rayón.

—¿Con qué limpia sus lentes, agente?

—Agua.

—Entiendo que es la mejor manera. Usé mi camisa y necesito cambiarlos.

Aprovecho la pausa para asomarme al exterior del cuarto. Ha bajado la temperatura. La lluvia de afuera. Debe ser eso. La familia de viejos sigue en las sillas. Sólo los dos mayores. El adolescente se levantó y tiene las manos en los bolsillos de sus cargo de mezclilla negra. Camina haciendo círculos de un paso de diámetro frente a sus tíos. O lo que sean de él. Un paso a un lado, media vuelta y paso hacia el otro. Es un círculo pequeño.

—¿A ellos les quitaron sus pasaportes? —señalo con mis lentes a la familia.

Los dos voltean a verlos a través del cristal.

—Las protestas que dice, ¿a favor del Ayatola? —otra vez. Los codos sobre la mesa. Sus manos sosteniéndole la euforia.

—No les importaba Jomeini. Es probable que ni siquiera supieran de su existencia.

Las protestas contra el Shah no mermaron, cada vez fueron más nutridas. Se concentraron frente al consulado iraní.

A inicios de 1971, el empleado de una estación Shell se inmoló en la puerta de entrada a la sede diplomática. Prendió fuego a su cuerpo después de despedirse de su mujer e hija. A los bomberos que intentaron apagarlo les gritó que lo dejaran. Tenía escogido el lugar

donde quería morir. No entendieron lo que dijo camino al hospital. Ya sólo hablaba farsi.

En octubre, una bomba explotó en el sótano del edificio.

Si la carta de mi madre me hizo buscar en periódicos y revistas, enterarme de aquel suicidio me llevó a los archivos de noticieros de la época. Cine transferido a video. Mala calidad. Imágenes en negro con voces distorsionadas. No encontré ninguna conexión que diera indicios de responsabilidad. La Confederación de Estudiantes Iraníes se deslindó de inmediato. Los testimonios de vecinos permitían menos conjeturas. Uno de ellos había estado en el Blitz de Londres, durante la Segunda Guerra. Tranquilizó a la gente explicándoles que por el olor del humo sólo podía tratarse de una bomba convencional.

En esos días sólo se pensaba en otro tipo de explosión, aunque no como ahora, teniendo a Irán en la cabeza.

El cónsul dio varias entrevistas. Cada vez el discurso fue idéntico. Vestido de traje, formal. Corbata en días de sol intenso. Descartó que el atentado estuviese relacionado con estudiantes. La declaración política no convenció a los americanos. Más tarde cobraron sus sospechas.

Para el siguiente enero se inauguró una nueva sede. Las protestas se mudaron con el nuevo domicilio.

—¿Qué querían? —es asombrosa la distancia del oficial con su trabajo.

—Derechos —señalo apuntando mi pulgar hacia atrás. Las cartas enmarcadas en la pared—. Cualquier iraní en América pide siempre lo mismo. También los árabes y los viejos que tienen esperando con su nieto —dirijo los dos dedos índices a la ventana.

—Continúe.

El Ayatola ganó en América al convencernos que toda la resistencia al Shah era suya, insiste mi padre cuando habla de política. En su engaño cayeron los estudiantes, los trabajadores, los cristianos y los seculares y laicos de Irán. Más tarde se encargó de eliminarlos.

San Francisco era el exilio perfecto para la hija de una familia persa, del Imperio que no imperaba. El clima del país viejo se respiraba también en las calles americanas. En 1978, estudiantes iraníes de todo el país se reunieron en Oakland para planear la oposición fuera de las fronteras. Nadie la iba a buscar en esta tierra.

Los primeros meses *baba* trabajó en el mismo restaurante que *madar*, en el centro de San Francisco. Al medio día se encargaba de encender el fuego en los hornos de leña donde se cocinaba pan, arrojando los discos crudos a las paredes de ladrillo caliente. Durante las madrugadas, desde las cinco de la mañana, acompañaba al chofer

que transportaba los insumos para la comida.

Los periplos en su salida de Najaf nunca le han permitido sentirse cómodo junto a un volante. Los horarios jamás fueron molestia. Sigue despertando antes de la salida del sol.

Aquel establecimiento era propiedad de uno de los empleadores de mi madre, en las casas donde limpiaba pisos, vajillas y sábanas como las que usó en el país viejo. Su propietario, hombre grueso, bajo y algo moreno, permanece en la gratitud de mi padre. Lo describe con la barba gruesa de costumbre y una voz galopante que ocultaba compasión.

Madar todavía era poco dada a los periódicos locales. En el departamento no había televisión y la radio a pilas que trajo consigo le servía para escuchar música clásica. Fue *baba* quien supo primero del asalto a la embajada en Teherán y la toma de rehenes americanos. Un corte informativo en el traslado matinal al mercado de carne. El chofer, a quien recuerda por sólo ser capaz de sostener conversaciones sobre el tráfico y el tenis, cambió la estación en busca de noticias deportivas. Se jugaba en esas fechas un torneo en Tokio. De cualquier forma, el impacto de la noticia no tenía manera de percibirse tan tempano, le dice a mi madre usando distintas frases con tono de disculpa, cada que en la televisión de su casa se topan con la imagen de un partido. “¿Quién iba a suponer que no dejarían a los funcionarios volver a casa?”. Pregunta sabiendo la respuesta. Juega entre tiempos para esquivar el pasado desde el presente.

Entre los murmullos de la somnolencia tras el segundo infarto, reconoció que una fascinación hipnótica lo capturó al verlo relatar la rivalidad entre un Björn Borg y un Jimmy Connors de quienes jamás había escuchado. “Quería aprender qué les emocionaba en esta parte del mundo.”

Empezaron a frecuentar los periódicos al día siguiente. Durante una semana, el gobierno federal publicó un anuncio con la orden del presidente Carter. Todos los iraníes en el país debían presentarse en las oficinas del Departamento de Justicia en su localidad, registrarse y agendar una entrevista para revisar la condición de su visa.

—¿Se registraron? —ni en la preocupación su voz adquiere timbres masculinos.

—Apenas encontraron la oficina de migración.

Narwani lo mira como quien quiere el silencio.

Caminaron frente a un tribunal. Caminaron junto a una estación de policía. Con los ojos viendo al piso intentaban detectar un letrero que les diera aviso. Se encontraron con una fila de iraníes cargando sus pasaportes en la mano. Todos viéndose las nucas y los zapatos.

Asomando la incertidumbre por los hombros delante de ellos. Resguardados con una valla de policía para protegerlos de manifestantes que gritaban: *Count them well!*

Para atravesar la valla, los policías sólo permitían el acceso a iraníes. Debían pedir que trajeran su pasaporte y visa en la mano. Cuando tocó el turno de *baba* y *madar*, la pinta los dejó pasar. Sin exhibir documento se sumaron a una fila de personas que los oficiales vieron parecidas. Los contaron. Cotejaron la información que dieron con los registros de entrada. No todas las universidades accedieron a compartir su información. Iniciaban los vientos de invierno.

En los dos países pisamos el infierno que temió el Profeta. Así llama *baba* a ese año. "Teman al fuego que tiene por combustible a las gentes", recita.

El jueves previo a Acción de Gracias del setenta y nueve, a los días del asalto a la embajada, el dueño reunió a ambos en la cocina. Mi padre descargaba la camioneta. Con orgullo de cazadores, presumían haber conseguido una pierna de cordero de buen tamaño. La traía al hombro. Cuando cuenta ese día, mueve los dedos en el aire así palpara el tacto de la carne cruda, firme, y la grasa elástica del animal. Su ropa cubierta por un delantal de plástico blanco, ensangrentado. Finge confusión sobre lo que vestía mi madre para ir al trabajo. Antes y ahora, siempre usó vestidos largos y una chamarra o saco corto para cubrirse del frío.

Vive en el conflicto de una vergüenza inadecuada. Se siente responsable por haber hecho de *madar* una mujer que cobra salario.

El propietario le pidió al chofer que fuera a llenar el tanque de gasolina. Le dio dinero. Lo guardaba en un clip en el bolsillo frontal de la camisa. A los meseros les faltaba una hora para iniciar su turno. *Madar* moldeaba las bolas del pan y con las manos confeccionaba pequeñas pelotas blancas. El silencio de un restaurante es mortuorio. Como la tumba de Adán en Najaf, dice mi padre. Cree que la imagen se puede emular sin haberla presenciado. Quizá tenga razón. Es más sencillo imaginar esa tumba que una cualquiera. Es el silencio que, a ella, todavía le impide hablar de ese episodio. Por eso lo escribió en la carta.

—¿Han estado en una cocina árabe?

La negativa de los dos. Sus muecas.

—Usan menos hierbas que las persas. Aun así, están llenas de colores. De muy distintos colores. Los aromas son más fuertes. Hay vapores incluso en los platillos secos.

El hombre les suplicó ocultar sus nacionalidades.

—Digan que son persas —temía por ellos y por su restaurante. Por

sus clientes y sus pagos, por la posible confusión de la policía con su familia—. Sean todo menos iraníes. De Irán es el Ayatola.

Las distintas diásporas se hicieron una. Estudiantes, maestros, empleados de cocina, conductores de taxis, hombres de petróleo. Aquí eran tantos los iraníes y a todos les pidieron algo parecido.

—¿Le suena familiar, agente Narwani?

Hemos impregnado de ese sentimiento las calles y la gente lo ha respirado. Algo hemos hecho mal para despertar en los demás sus impulsos de supervivencia.

Lograron evitar los insultos por meses. En sus puestos, los protegían las paredes de la bodega y las llamas de las estufas. El calor del carbón quemándose en el horno. Los salvaba la despreocupación de los clientes por dónde se cocinaba lo que comían y qué pasaba por la vida de quienes preparaban felicidades ajenas.

La hija de familia, alimentada desde niña por sirvientas drusas, amasaba y robaba un poco para su casa. Primero. Después, a la primavera siguiente, sus hurtos le daban forma a la desesperación. Modeló la sensatez de la inexistencia. Figuras sin sentido alguno más que calmarle los nervios.

Tras el aviso del dueño continuaron sus labores. Su relación con los demás empleados transitaba bajo los cánones de la calle. La indiferencia de este lugar.

Si en un momento los americanos se extrañaron de los iraníes protestando contra el Shah, al instaurarse el poder de Jomeini fueron vistos como traidores. No sólo de su patria sino de la que los recibía.

Cuando la diáspora se comporta como *ghetto* hay dos opciones. Miedo al mundo de afuera o miedo a perder el mundo de dentro.

Las primeras persecuciones iniciaron sin necesidad del mandato oficial. Los arrestos incrementaron la violencia a los días de la entrada a la embajada.

—¿Quieres más café? —Narwani señala el vaso de Pirsing.

El oficial toma su vaso de cartón con la mano derecha. Siente la temperatura. Levanta la tapa de plástico y acerca la nariz. Huele el frío.

—No ahora, gracias.

No me ofrece.

Entre las organizaciones de estudiantes circuló una recomendación que pedía a los iraníes caminar en grupos. Altos y fuertes adelante. Las mujeres al centro y los varones más rápidos unos metros atrás, para estar pendientes por si los seguían. En caso de detectar una patrulla, éstos corrían a la vanguardia para dar alerta y dispersarse.

Al ver grupos de extranjeros en las banquetas lejanas a las

universidades, los vecinos marcaban al número de emergencias y reportaban actitudes sospechosas. Ninguna cafetería fue centro de reunión por mucho tiempo. Las *masjids* más frecuentadas tenían vigilancia de día y de noche. En el archivo de CBS encontré una entrevista con el alcalde. Justificación bajo pretexto de cuidar a la comunidad.

Dentro de una de las mezquitas, mi padre dirigía su frente a La Meca.

Dos creyentes desaparecieron el terminar de rezar. Estuvieron presos una semana.

—¿Agua? —Pirsing señala mi botella, casi vacía.

—Me vendría bien —Narwani se adelanta a mi respuesta. La arrebata y se queda con ella.

Ese mes no hubo fiestas para la comunidad que se asumía parte y, tampoco, para los que aparentaban un mayor grado de *americannes* con tal de integrarse. Tras una conferencia de prensa convocada en la universidad del estado, la comunidad rechazó invitaciones a cenas de dar gracias. Los dos hombres arrestados fuera de la mezquita durmieron cuatro noches en la cárcel de Santa Rita. Los golpearon, desnudaron y quitaron los papeles. Se burlaron de ellos por no estar circuncidados. La recomendación en el texto del dictado no siempre se acata. Los obligaron a caminar para que otros presos los vieran completos. Prisioneros de migración. Los liberaron sin presentar ningún cargo.

Al caminar durante el día, las personas gritaban contra la gente que les parecía iraní. Se reunían frente a los dormitorios escolares, frente al consulado. *Nuke Iran. Bring them back.*

—Tiempos espantosos —hasta ahora, ella no había probado las galletas. Las come dando mordidas diminutas.

—¿Seguro está bien? —el oficial apunta la mirada a mi vaso con café.

En la calle, los estudiantes que protestaron contra el Shah eran acusados del secuestro de la embajada.

Nosotros convertimos a todos los iraníes en simpatizantes del Ayatola.

—Nuestro café nunca está bien.

Madar, cuenta mi padre, hablaba al dormir. Pronunciaba el nombre de sus hermanas. Zaynab, Kuthlum y Ruqayyah aparecieron en los sueños. Aparecieron los letreros que pintaron en la fachada de su casa en Teherán.

Dormían en el mismo cuarto. El departamento lo compartían con otros cinco. Todos recién llegados. La renta de los dos primeros meses

corría a cargo de hombres organizados desde la *masjid*. Se permitía la estancia de uno y, en casos excepcionales, dos meses más, pagados por los estudiantes. El tiempo considerado para encontrar alojamiento con recursos propios. La Organización de Estudiantes Iraníes contaba con un esquema similar, en el que era posible encontrar espacios sólo para mujeres o sólo para hombres. Los dormitorios mixtos, como el que ocupaban *madar* y *baba*, dependían de necesidades particulares, sobre todo de parejas que, comúnmente, se formaban en la actividad del campus y en los empleos temporales.

Según la memoria de mi padre, ellos eran los únicos entre sus conocidos que compartían infancia.

A dos de sus compañeros los deportaron antes de la primavera siguiente y con el tercero, algunos años menor, el padre de Amri, alquilaron un nuevo espacio al final del periodo escolar que no cursaron.

Ella despertaba en la cama. Él, en una alfombra con cobija y la almohada de lana. Aún no habían hablado de casarse.

—¿Cuánto tiempo vivieron en San Francisco? —Narwani es escéptica.

—Nueve años.

—¿Durmieron así por nueve años? —Pirsing, angustiado.

—Un hijo no piensa en cómo duermen sus padres.

La incomodidad es más escrupulosa ante el sexo que con las miserias de todos los días.

—Intentaba bromear. Hablaron de casarse poco tiempo después.

—Dijo que se casaron diez años más tarde —escéptica y quisquillosa.

—Hablar fue suficiente.

La crisis de la embajada en Teherán fue tan larga que, para abril, Estados Unidos rompió relaciones diplomáticas. Irán ya había declarado lo propio unas horas antes. Los ocupantes de la embajada quisieron entregar la custodia de los funcionarios secuestrados al gobierno del Ayatola. Jomeini rechazó la propuesta.

Dice el texto que Dios es el mejor de los intrigantes. El texto ha envejecido.

En el salón de prensa de la Casa Blanca, el presidente Carter anunció la cancelación de acuerdos comerciales, expulsó a los diplomáticos iraníes. El cónsul tuvo que abandonar el país esa misma noche.

Se limitaron las exportaciones, incluyendo las medicinas que mi abuelo le compró a mi madre para sus dolores. Congelamos las inversiones iraníes en Estados Unidos y se prohibió la migración de

ciudadanos provenientes de Irán.

—¿Los periódicos? —a algunos policías todavía les preocupa la prensa.

Cada periódico del mundo publicó las declaraciones transatlánticas. *Le Monde*, *The Guardian*, el *Wall Street* y el *New York Times*, incluso el *Sunday Tribune*. Circularon fotos de los funcionarios y ciudadanos secuestrados. De los enemigos de Jomeini, colgados por el cuello desde los brazos de grúas en las avenidas. De los contrarrevolucionarios fusilados en la carretera del aeropuerto Sanandaj. Sólo que, también, todos pasaron por alto que las visas de los iraníes que permanecían aquí fueron canceladas de inmediato.

—¿Sus padres apoyaban al Shah? —si así son sus conversaciones maritales, pobre del marido.

—Lo detestaron tanto, que la única persona a la que podían odiar más era a Jomeini.

—Como el Sheik —termina su galleta en una mordida más grande que las anteriores.

—Lo dudo.

Baba y *madar* le reclaman el pasado que los hizo huir en solitario. Su alma no conoce los viajes voluntarios.

—¿Sus visas? —se limpia dos dedos frotándolos entre sí. Deja caer las virutas sobre la mesa y el piso.

—Inválidas.

Pirsing intenta anotar. Su pluma falla. La deja a un lado sin mayor insistencia. Baja la mirada a su pecho. Su cuello se llena de pliegues. Una vena brota hacia la nuca. Toma otra pluma del chaleco. No tiene tapa. Es mecánica. Con el pulgar acciona el resorte, saca la punta. Raya el papel. Le doy qué escribir.

—Inválidas, junto con otras ciento cincuenta mil visas —vuelvo a ponerme los lentes—. ¿Sabía, oficial Pirsing, que la mayor parte de estudiantes extranjeros eran iraníes?

—¿En San Francisco?

—En cada estado.

Baba, *madar*, Abu Amri y su mujer, nos visitaron el primer domingo del segundo mes en Berkeley. Entraron al dormitorio y tras verificar el emplazamiento de la *lota*, Amri y yo caminamos con nuestros padres alrededor del edifico y recorrimos la avenida Durant hacia el este. Abu Amri señaló al otro lado de la calle, pasando el estacionamiento público en donde habían dejado su auto, sin notar, el letrero anunciando D'yar.

El restaurante prometía comida medio oriental que ambos ocultamos en nuestras descripciones telefónicas. Amri, para evitar la

confesión que le habría hecho reconocer el gusto recién descubierto por el falafel con aguacate mexicano. Yo, para que *baba* no me interrogara por el estado de la cocina. Condición que ignoraba de la misma manera que cualquier persona lo hace, a diferencia de él, que adoptó el ritual vergonzoso de pararse a saludar cocineros y verificar su lugar de trabajo. Afortunadamente, la ausencia absoluta de comida iraní en el menú orilló a su desinterés inmediato y a medio kilómetro de quejas, preferibles a la anticipación de juicios que vendrían varios años más tarde. Sofía trabajó en el lugar apenas se mudó a la ciudad y sumó reclamos culinarios a las aversiones de *madar*.

En la calle College doblamos a la derecha, rumbo a la Berkeley Masjid en Derby. Mientras, las madres aprovechaban el viaje para conocer a un médico holista que aseguraba, tras una revisión minuciosa, diseñar terapias personalizadas y realizables en casa para quitar cualquier tipo de afección. Desde que su situación financiera lo permite, *madar* ha probado todos los procedimientos, remedios y teorías que la ayuden a reducir sus constantes dolores de abdomen. Lo único que medianamente sigue resultando es la colección de analgésicos que le recetó el doctor de la madre de Amri hace más de treinta años.

Al llegar a la mezquita yo seguía fumando el cigarro que prendí antes de la esquina con la calle Derby. Abu Amri interrumpió el regaño de *baba* que le siguió a su aspiración del humo saliendo de mi boca. Mandó a su hijo con mi padre y en cuanto se quitaron los zapatos y colocaron a un lado de la puerta, puso su brazo encima de mi hombro. Con la otra mano le dio un golpe a la boquilla. De un tirón con el índice sobre el pulgar lo tiró al piso. Así supe que, en 1980, le fue imposible continuar sus estudios. Tuvo que esconderse durante meses y *baba* logró matricularse hasta la liberación de los funcionarios en Teherán.

Madar entró al ciclo siguiente gracias a que el arrepentimiento le ayudó a tramitar primero una beca en nombre de la infamia y luego su nacionalidad.

El dueño del restaurante les dio llaves para cerrarlo tras de sí, bastante más tarde del fin de labores. La policía dejaba de patrullar conforme se apagaban las luces y era más seguro caminar sin temor a detenciones que añadían el riesgo de ser expulsados a un país a donde no podían deportarlos.

Según Abu Amri, en la comunidad se corrió el rumor de un estudiante que salió de vacaciones a Canadá y a su regreso, por carretera, lo detuvieron en la frontera mientras se dirigía de regreso a Michigan.

Ningún iraní se atrevió a salir del país. No por avión, menos por tierra.

Noche tras noche, *baba*, *madar* y Abu Amri se reunían en la sala de su departamento para revisar los periódicos que mi padre había recogido durante la mañana. Servían pan *taftoon* con aceite de oliva e intercambiaban ediciones y asomaban a los titulares en espera de una noticia que anulara sus posibilidades.

—¿Todos hablaban inglés? —guardaba la pregunta varias notas atrás. No creo que se atreva a preguntarles lo mismo a las personas que llegan a su mostrador.

—En esa época, Irán era una mala sucursal de Texas.

A *madar* le gusta decir que ella ha habitado en tantos limbos que hizo de ellos su casa.

El mandato de registro para iraníes tenía fecha límite. Quien no acudiera sería expulsado y deportado a un país con el que habíamos roto relaciones, por lo que ni siquiera existía un mecanismo directo para su deportación.

Nadie se esperó a los últimos momentos. Antes de que venciera el plazo, casi todos los iraníes en el territorio habían entregado direcciones, nombres completos y horarios de clases. Con la cancelación de las visas, en un instante, perdieron sus documentos de estancia legal. A Abu Amri lo arrestaron en la oscuridad de un cine. Se ríe al contarlo. Esposado, llevó las manos al rostro para evitar que alguien lo reconociera. Para cuando nació Amri todavía tenía un expediente con el registro de Prisionero de Migración. Por la falta de vuelos hizo amigos en Santa Rita. Negros detenidos por ser negros o por creerlos musulmanes, árabes por considerarlos iraníes, judíos por tener facciones similares a los árabes que eran vistos como iraníes.

Los alimentaban bien, pero dormían sentados. Recargados entre paredes y espaldas.

—¿Sus padres?

—Tuvieron suerte. Las celdas se quedaron sin espacio.

Durante dos meses, cada iraní que quedaba en la calle acudió a las entrevistas acordadas en la etapa de registro.

—Tenían otros dos compañeros —leyó las notas de Narwani.

—Detenidos en una biblioteca. Los enviaron a Londres.

Mis padres recuerdan sus libros. Los dejaron en el departamento.

Olvidaron sus nombres y sus formas.

Afuera del Departamento de Migración, *baba* y *madar* se abrieron paso entre las personas que agitaban sus pancartas frente a un nuevo y más sólido cerco policiaco. Traían caballos. *Madar* no veía uno desde sus clases de equitación. Intentó acariciar la crin de un animal. *Baba* la

abrazó por la espalda. La tapó con sus brazos y colocó su cabeza sobre la de ella. Ella se cubrió la cara con un abrigo, como antes lo hizo su padre. No leyó lo que *baba* ni lo que Abu Amri y sus compañeros escucharon gritar afuera de su ventana. "*Deport all iranians. Get the hell out of my country.*" "*Down with iranians.*" "*Camel jockeys, go home*!" "*Nuke Iran, hurt iranians*."

Durante el interrogatorio claudicaron. Cedieron ante la conversión con la que se harían americanos.

Con su registro les fue asignado un número.

—Un caso —quiere minimizar algo más grande que ella.

—Un número —defiendo el testigo de la ignominia.

Dentro del edificio de migración, los números anteriores aguardaban su turno para entrar a una oficina con un vidrio esmerilado en la puerta. Siluetas difusas.

La hicieron pasar sola.

—Dentro, una mujer vestida como usted la observó de pies a cabeza.

Madar puso sobre la mesa su pasaporte, su visa engrapada. Su hoja de registro. Su carta de admisión a la universidad. Un recibo de compras de comida. La carta firmada por un decano que le autorizaba retrasar el inicio de clases por razones de salud. Los boletos de transporte usados para mostrar sus rutas. Una receta. La caja de analgésicos para sus dolores.

La funcionaria de migración recogió el recibo. Pasó su dedo de arriba a abajo, siguiendo la lista de productos. Jugo de granada, pan, yogur, dos melocotones. *Madar* es capaz de repetir lo que compró hace décadas. Desde ese día compra cien gramos de jamón. Lo veían pudrirse hasta que llegué a sus vidas.

—No compra cerdo. ¿Musulmán?

—Jesuita.

—¿Puede probarlo?

—Dígame cómo.

—¿Desayunó?

—Café.

—¿Con leche?

—El café se toma sin nada.

La mujer salió del cuarto.

Ella permaneció sin saber nada de mi padre. Tratando de adivinar su nariz a través de lo opaco del vidrio.

Volvió minutos más tarde junto a un policía y una bolsa de papel de estraza, sin logo ni marca. Plato de cartón envuelto con aluminio. Cubiertos de plástico.

—Tenemos café con leche, crema. Mitad y mitad. Completa —advirtió la mujer. Agitaba al interior de un vaso de papel encerado, un palo de madera con forma de abatelenguas.

Ración de huevos con doce tiras de tocino. Ni siquiera estaba bien cocido. Cuando *baba* lo cuenta repite el diálogo que afirma le lloró *madar*.

—Entendimos que su padre no la acompañó —Pirsing revisa sus hojas.

—Nunca hemos necesitado estar para saber lo que sucedió.

Jamás ha confundido palabras o cambiado su orden, dice. Es exactamente el mismo recuerdo. Los años no siempre borran. Ambos funcionarios se quedaron de pie para verla comer dando diminutas mordidas. La grasa aún estaba cruda. Era elástica. Eran ligas. Escurrían de su boca. Caían gotas brillantes en el abrigo.

Fueron más benevolentes con *baba*.

Salieron como entraron, él insistió en tirar la ropa.

Aún la guarda.

De vuelta en el departamento, *baba* le pidió marcar a sus padres para saber de su condición. Ella sabía que no obtendría línea. El consuelo de mi padre ignoraba, o prefería ignorar, que toda llamada a Teherán era considerada hostil y que cualquier comunicación entrante tendría la misma suerte a oídos de los guardias de la revolución.

La prudencia de mi madre selló la tumba de una familia que no conocí más que en las anécdotas de las sesiones en la cocina.

No me digan que si todo está en orden pueden seguir sin temores. Los temores son los que les permitieron seguir vivos.

ده

dah

١٠

Baba vio a *madar* perder noción del tiempo frente al formato de naturalización. Abajo del membrete, el espacio para su nombre permanecía vacío después de varios minutos con la pluma de plástico en la mano. Sin tocar el papel. Surcaba en el aire sus distintos nombres. Primero con el alfabeto hecho de todos los días desde su llegada, de izquierda a derecha. Ya tan habitual que pensaba en él, aunque imaginara en el de la infancia. El nombre siguiente lo trazaba de derecha a izquierda, apuntes aéreos para la lengua que, de cierta forma, se iba diluyendo al no tener a quien enseñarla. Dibujaba identidades porque presionar la punta del bolígrafo e imprimir una línea vertical tenía el peso de lo definitivo. Como en los libros, como en los textos que leyó *baba* en Najaf, como en el que cedió ante el chantaje de un burócrata corrupto para llegar a América. *Madar* había llenado los campos restantes. Ocupación, estudios, estado civil, hijos, religión. Para mediados de la década de los ochenta, aún era aceptable preguntarlo y presunta obligación responder. Y si no era obligatorio ni aceptable, era común y exento de ofensa tomarlos en cuenta, disfrazarlos u ocultarlos en los periplos de cualquier trámite.

Maestra, aún no recibía el nombramiento a directora escolar que les hizo mudar a San Diego. Posgrado en Educación. Soltera para efectos legales. Los planes se habían anunciado a cada uno de los amigos. Las bromas alrededor de la displicencia traspasaron una generación para molestarme con Sofía. Compartieron su intención de boda con todos los funcionarios en el Departamento de Justicia que les entrevistaron al solicitar su condición de asilo. En alguna otra oficina al solicitar el permiso de trabajo. Al aplicar el examen para la licencia de conducir, la licencia para ejercer.

Ella pronunciaba en voz queda sus ciento veinticinco nombres bajo la luz de la lámpara en la sala del departamento en Pasadena, el único regreso a Los Ángeles de *baba*. Sentada en el sofá con los documentos que había llevado mi padre unas noches antes, él la veía desde la silla en la cabecera del desayunador de madera y patas de metal para dos personas que cumplía las funciones de comedor principal.

—¿Y si éste también cambia? —separó la mirada del papel.

—Éste ya es para siempre, *azizam*.

—¿Para siempre seré Fatimah?

Al principio de la toma de la embajada, en sus primeros meses, la orden del presidente Carter fue revocada por un juez y vuelta a invocar por otro. Entre tanto, algunos estudiantes fueron deportados. Unos más, por las mismas razones que impulsaron al chofer de mi abuelo a abandonar su trabajo, decidieron regresar al país viejo y

apoyar la construcción de la República Islámica. Mis padres no tienen memoria de los que volvieron conforme pasaron los años. No porque no se acuerden de ellos, sino porque a lo largo del exilio jamás supieron de ninguno.

En cambio, Abu Amri cree haber visto a uno de sus compañeros en Santa Rita. Está casi seguro de que lo reconoció de reojo en la transmisión de un reportaje que daba cuenta del vigésimo aniversario de la revolución. El milenio terminaba sin Jomeini, otro empezaba con un nuevo ayatola. Jamenei. Como su antecesor y aquel compañero de prisiones, vestía el turbante negro de los clérigos chií. Sonreía en la felicidad y consuelo de la fe.

—Siempre has sido Fatimah, por eso tienes que usar ese nombre —insistió con pedagogía.

Mis padres accedieron a firmar la solicitud de asilo apenas se les ofreció la opción. Hay quienes saben usar la tragedia y están las coincidencias. Apariciones fortuitas. Ellos. Perdidos entre los efectos del arrepentimiento.

La campaña de Reagan contra la reelección de Carter fue increíblemente americana, me recordó *madar* al ayudar a preparar uno de mis exámenes al acercarme a la titulación. Su gestión en la crisis de la embajada se transformó en uno de los principales argumentos del ganador para denostar el pasado. Para mis padres y para Abu Amri, en la política iraní se usa el pasado para detestar el presente. De seguir vivo, Abu Hasan diría algo parecido. A la familia de Uthman le es indiferente, prefieren no interesarse en esos temas.

Baba y *madar* corrieron con suerte. No dudaron qué hacer con ella.

Él sabía, porque lo pensó repetidamente, que la sustitución de identidades tuvo menos consecuencias de las que *madar* suponía. Le causaron temores maternales cada salida del país en los viajes de mochila y condiciones deplorables que organizaban Amri y Uthman para conocer Canadá, Brasil o Argentina. Tienen la obsesión de ir a visitar países donde las diásporas les permitan sentirse en casa. Nuestros padres aprueban, contentos. Le habría aumentado la presión de enterarse de mi partida a Tijuana. La salida de Irán era un asunto poco comparable con el registro en hoteles o clínicas que no exigían número de Seguridad Social. Si bien muchas de las razones para ocultar su origen estaban justificadas en su momento, la desaparición de su familia, mis abuelos y tías, también anuló los favores producto del contacto y negocios con el gobierno del Shah.

Cuando tomó posesión el presidente Reagan y al día siguiente liberaron a los rehenes, *madar* era una iraní más entre todas las que obtuvieron la Tarjeta de Residente Extranjero. Enmienda política de

rivalidades ajenas. Su entrada a Estados Unidos, la visa de estudiante, la inscripción a la universidad, todas compartían un solo nombre.

—¿*Green Card*?

—No, oficial Pirsing. *Resident Alien Card*. Sin fecha de vencimiento.

—Fueron revocadas —la agente se retira los lentes. Pone sobre la mesa. Toma un trago de su taza—. Necesitamos café nuevo —deja oír un ligero asco a su bebida.

—Para entonces ya eran americanos.

Ocupó el lugar de las otras mujeres sin ser ellas. Sólo una fue alumna y maestra. Las demás, las que en 1979 no recogieron sus identificaciones en Teherán, vivieron un instante en realidades que desplazaron la realidad máxima.

Baba llevó a casa los formularios cuatro años y un día después de obtener la tarjeta de residente. Un correo postal le dio aviso la semana anterior. Cumplían con los requisitos para aplicar por la ciudadanía. Tras dos inviernos en Pasadena, mi padre mantenía el primer empleo de tiempo completo que consiguió al salir de la facultad. Conservan una relación ambigua de su tiempo en el condado. De la vida diaria. Trasladarse desde San Francisco los alejó de Abu Amri. La construcción del edificio en el que *baba* diseñó la tubería de extracción de aire, se retrasó más de lo planeado. Sin el apoyo y confidencialidad masculina de su amigo al comprar el sofá con el que amueblaron su departamento rentado, no tuvo más remedio que ceder frente a *madar* por la tela aterciopelada de color café oscuro que escogió dando un solo argumento: no lo tendría que limpiar tan seguido.

Que su mujer trabajara menos era suficiente impulso para desechar la lona blanca que encajaba con sus gustos y sigue sin amueblar la casa de mis padres.

Madar recargó su espalda en la comodidad que no necesitaba limpieza frecuente. Extendió su brazo con el formulario en la mano. Agitó la pluma y sonrió con timidez.

—¿Lo termino mañana?

—Entierra esta noche a todas las mujeres con quienes he dormido.

Tomaron juntos los cursos de ciudadanía.

El primer día como americanos fue su segunda graduación. Los acompañó Abu Amri y su novia. Amri ni siquiera estaba en planes. Manejaron las dos horas de San Diego a Pasadena para verlos jurar y recibir felicitaciones. Muchos funcionarios los saludaron de mano en mano. La fuerza de los apretones se relacionaba con la expresión de un salón lleno de nuevos americanos. Nerviosismo o confidencia al escuchar su nombre en la voz de un hombre vestido con traje azul y camisa blanca. Corbata roja. Lo vieron llegar al Departamento de

Justicia-Migración y Servicios de Naturalización cargando un portafolio esposado a su muñeca. Los certificados.

—Vamos a ser naturales, Tariq —sentada en la silla de junto, le dio un codazo a mi padre. Niega haber visto su mueca pícara.

—¿Qué somos ahora, *azizam*? —su inseguridad con el inglés admitía cualquier entendimiento equivocado.

—Antinaturales, Tariqui. Ni persas ni iraníes.

Un oficial de policía se acercó, les pidió silencio. Abu Amri volteó al techo para no observar a sus amigos, ni recibir condena de la mujer que para el Nowruz siguiente presentó como su esposa.

En el salón de Servicios de Naturalización, una mujer gruesa, rubia y anciana, se colocó delante de las sillas. Vestía pantalones, según la madre de Amri que, para ese entonces, aparentemente, se sentía más cómoda con una falda negra y no contemplaba las recurrentes mallas rosas con tacones y abrigos estampados de cebra que usa actualmente. Pena de Amri. La rubia subió a un pequeño templete con mesa al centro. Les llamó a ponerse de pie. Compartían cuarto con orientales, negros, filipinas y pocos hispanos. Eran los únicos iraníes. Dos palestinos ocuparon los asientos a su lado.

—¿Sabe qué les dijeron, agente Narwani?

—Juraron a la bandera.

—No. La mujer les insistió en no olvidar sus raíces, sus costumbres y su lengua.

Uno a uno pasó a la mesa a firmar ocho hojas engrapadas. Aquella risueña les felicitó con la alegría de una reclutadora de esquema piramidal. De un cura tras mojar la cabeza de un recién nacido en la pila del bautismo.

—Después juraron a la bandera, a la constitución y a Dios, obviamente —Narwani quiere que haga memoria de lo que no viví.

—¿Cuál Dios? —fracasé en ocultar la alegría que acompaña mi pregunta.

Los dos respiran la incomodidad de tiempos asépticos.

—Dios —confía en la respuesta que carga al cuello.

—Para nosotros no hay más que uno. Es uno y unitario. *Tahwid*.

Dice Abu Amri que *baba* no agradeció, como sí lo hizo mi madre cuando, al entregarles su certificado de nacionalidad, un oficial, otro, de pie junto a la señora gruesa y risueña, les aplaudió mientras afirmaba: ¡Buen trabajo!, ¡lo hicieron muy bien!

Baba entró en conflicto, aún no terminaba todavía su encomienda en el edificio. En burla al relato de esos años, Sofía jugó con una frase que, de funcionar en otra lengua que la suya le habría hecho gracia a *madar* mientras intentaba seguir al pie de la letra su lista del

supermercado: “Es un presupuesto. Lo supuesto es una adivinanza”.

Madar lloró. Sostuvo entre los dedos, con la delicadeza destinada a la cocina, una bandera diminuta. El asta, un mezclador para el azúcar del café. Quien se la dio, un funcionario más, agitó con vehemencia al ritmo de un sonajero infantil. Su sonrisa replicaba la de un infante maravillado por descubrir el movimiento.

Al unísono requerido en la promesa de lealtad, le siguió la intención amable y menos solemne, aunque fallida, de una recepción que incluía el brindis apropiado para el Departamento de Tránsito. Mesa de melanina cubierta con mantel de textil impermeable. Poliéster implorando incendio. Resistente a las manchas. Copas rellenas de sidra sin alcohol. Jugo de manzana carbonatado. Afortunadamente. Era viernes.

La habitante del limbo fue ciudadana gracias a una hoja de papel. El abuelo Abd Allah habría estado orgulloso y ese orgullo la llenaba de rabia. Abdicó en todo, a sus hermanas, a su casa y a los decorados de niña.

Pirsing levanta la mano con la que sostiene su pluma. De un movimiento de pulgar vuelve a accionar el mecanismo. Esconde el punto. Gira. Confirma con la mirada. Espero no haga lo mismo al probar la seguridad de un arma de fuego. Recoge las hojas que fue llenando con notas. Pasa las primeras. Abanica el papel como cartas de póquer. Narwani revisa las propias. Se lleva la pluma a la boca. Toma su taza.

—¿Trajiste uno nuevo?

Pirsing niega la obviedad en una especie de temblor lateral. Se levanta de la mesa. Toma su vaso, levanta el anuncio de cerámica en manos de su compañera. Voltea a verme.

—¿Usted?

—No, gracias. Supongo que no tardaremos mucho más.

Guarda su pluma mecánica en el bolsillo apropiado del chaleco. Abre la puerta. Ella aprieta la mirada. Sus lentes están perfectamente pulidos.

Afuera quedan los viejos. El sobrino se ha sentado a unos sillones de distancia. La espera quema sus recursos. Incluso el tiempo se agota al detenerse. No comen, no beben. Dejan de ser al avanzar la tarde y convertirse en noche.

—Debió dejar de llover —suelto el comentario para evitar el silencio. Me equivoco. Ella aún tiene qué decir.

—Faltan piezas.

—Le he contado todo. De mis abuelos y de mis tías. Del abandono. La renuncia. Najaf y las turquesas. Los meses de persecución —sé que

a usted no le gusta llamarla de esa manera. No me juzgue—. Sus trabajos, amistades y temores. Saben de Sofía y el carácter maternal y posesivo de mi madre. Los consuelos de *baba*. Les he dado recetas de cocina y métodos terapéuticos para afrontar los secretos. Nociones de lo inconcluso. He intentado explicarles cómo hicieron un lugar del no lugar que representa el exilio.

—Nos ha dicho poco de los doce.

—No hay nada de ellos más que lo que está en los textos, en los dichos de los dichos.

—¿Los doce nuevos? Confirmó que es posible.

—Jurídicamente. Dentro de la tradición. Lo único seguro es que muchos esperan al *Mahdi*.

—Los mencionó su padre en 1988, durante la llamada que entró desde Najaf —todo este tiempo esquivó el origen de la amenaza.

Registro de telegramas, de llamadas. Entradas y salidas. América siendo americana.

Necesitaba que estuviéramos solos.

Separa su torso del filo de la mesa. Recarga los hombros en el respaldo de la silla. Siento un ligero golpe en la pantorrilla. Es inmutable. Ella. Estiró ambas piernas. Las cruzó. El tacón bajo del zapato se detuvo al tocarme. Un filo particular el de la goma. Quizá madera o piel bien trabajada. Alcanza a raspar ligeramente sin atravesar tela. La temperatura de una herida superficial incrementa y desaparece en un instante. Se recupera.

—Muhsin Najafi, sus lentes están sucios. ¿Me permite?

Sin incorporarse de su asiento extiende el brazo. Lo mantiene tenso. Sostengo las patas de los lentes con cada mano en las sienes. Me congelo. Muevo las pupilas entre la capa grasosa de los vidrios. Trago saliva. Es mínima. Necesito beber agua. Tengo la boca, la garganta y el estómago secos. La taza con residuos de café frío se encuentra más cerca. Uso la derecha para llevármela entre los labios, sin soltar la zurda de mis gafas. Brillos aceitosos cambian de color la superficie líquida de los asientos reflejando la luz del cuarto. Para quebrarlos sirve el azúcar, los químicos y el polvo imitando crema que le añaden a lo que se bebe en estos recintos.

—Démelos. No será la primera vez en que una agente federal los ayude.

—¿Perdone?

—En esta frontera. Con su madre.

—Cruzó por Otay.

El puerto de entrada tenía poco de inaugurado y la novedad seducía.

Para *baba* y para *madar,* la vida durante los primeros nueve años fue una mezcla entre el allá donde se terminaba el Medio Oriente y el acá de Occidente. Se hicieron aburridos como la existencia que no pide más que vestir como los demás. Cosa que hacían, nunca con la consciencia de aquello que no lo exigía. Ser comunes entre los normales. El reto imposible de sopesarse a sí mismos. Nada de Irán. Sólo ser iraníes en América.

—¿La llamada de Najaf?

—Aún no llegaba.

—¿La esperaron para casarse?

—Esperaban mi anuncio.

A la llegada de Jomeini le siguieron diez días de manifestaciones. Algunas fueron protestas contra el Shah, otras, jolgorio en nombre del Profeta, de los imanes, del Ayatola. *Marjah*. *Marjah* él. *Marjah* Jamenei. Dice usted que también *Marjah* el Sheik Bizhan. Diez, también, los años que pasaron hasta que cargó un hijo porque se lo imploró mi padre. Diez capítulos los de *baba* para narrar su travesía rumbo a Teherán, así como la vida en diez hebras de azafrán que cuenta mi madre en la cocina.

—¿Cómo se llama el compañero de su padre?

—Hasan ibn Ali.

… Ahí llegan los doce de su Sheik.

—Mintió —aprovecha que estamos solos para acusarme.

La intriga moderna es de quienes sienten el poder de la divinidad.

Se acerca a la mesa. Ha dejado los lentes sobre su nariz. No es grande como la mía. Ancha y ligeramente curva. Espejo de la semilla. Pone sus manos encima de la carpeta sin recortes. Cada uno está frente a nosotros. Desplegados. Las palmas extendidas. Los dedos abiertos. Una navaja pasaría fácilmente entre ellos sin rozar el anillo. Ahora aproxima su boca. Quiere espetar un motivo, entrar al universo de una historia que no corresponde a sus inquietudes. Entrar por los pasos de la montaña que los divide. Su propia ley se lo impide. Se ha detenido a lo largo de horas por las zonas llenas de sal en los relatos. Las que queman e incomodan. Las que hacen estériles sus suposiciones. Si tan sólo hubiera leído el libro que escondió *baba* en mi primera mudanza, entendería lo oculto en las palabras.

—En ningún momento he mentido, agente Narwani.

—Omitió el nombre del compañero de su padre.

—Disculpe, por favor. Se lo acabo de dar —el tono de mi voz cambia involuntariamente.

—Hasta ahora.

—¡Pero no lo había preguntado! —estoy cansado.

—Debió aceptar el ofrecimiento del oficial Pirsing.

Baba y *madar* me llamaron a la sala el día siguiente de mi sexto cumpleaños. Sólo Abu Amri supo de la llamada de Najaf en 1988. Le hicieron prometer que nada más podía decírselo a su mujer. Se lo recordaron al nacer su hijo. Ningún secreto resiste tanto tiempo y menos los que cobran evidencia en la edad. Prefirieron no arriesgarse a la indiscreción natural del matrimonio. Para cumplir la tradición que empezó cuando el tío del Profeta se hizo cargo de él, eligieron decirme antes de enterarse que la lengua de la madre de Amri había tropezado con otros padres y madres de la escuela a la que entramos en el siguiente verano.

Así descubrió la piedad de las navidades el hijo mayor de los vecinos cristianos. Por un compañero de clases. Esconder sus regalos cada diciembre fue una precaución de vecindario para alargar la ilusión del hermano menor.

Yo seguía desenvolviendo los regalos de la noche anterior cuando escuché a *baba* gritar mi nombre. *Muhsin, Muhsin*, ven con nosotros. Los dos esperaban en el sillón. Tenían las manos agarradas. Los dedos entrecruzados.

Narwani vuelve a abrirse el costado del saco. Busca algo. Mete la mano opuesta en el bolsillo interior izquierdo. Retira un envoltorio diminuto. Cuadrado. Blanco. Jala una esquina para romperlo. Escucho el rasgar del papel metalizado.

—Sus lentes —insiste. Me muestra una toalla húmeda perfectamente doblada.

Dejo el café sobre la mesa. Intento hacer coincidir el vaso con la marca redonda del goteo previo. Es pegajosa.

—Pirsing debe estar fumando, ¿no cree agente Narwani?

No contesta.

Le entrego mis lentes. Deshace el doblez de la toalla en un zarandeo. Se cubre los dedos con la tela. Limpia sutilmente ambos lados de las micas.

—Es mejor con agua. Es peor no ver —explica.

—Gracias.

Calló al escucharme hace unas horas. Pareció ignorarme al decir que a Hasan ibn Ali lo perseguía la gente de Jomeini.

Devuelve los lentes. Impecables. Tanto como pueden estarlo. La raya en el cristal es más visible que hoy en la mañana. Los círculos de la limpieza con la camisa muestran la nitidez que desemboca en bruma.

—¿Qué quería Hasan ibn Ali?

—Recuperar su trozo de papel. El Nastaʿlīq de Emad Hassani.

—Dijo que se había perdido.

—En la embajada americana de Teherán.

—No me engañe. ¿Por eso Fatimah Zahara viajó a Tijuana?

—No —hago una pausa. Arrebol de enterrador—. Fue a recogerme. Me adoptaron.

Si tuviera en su poder otra lista conocería algunos nombres más. Narjis, Sawsan, Rayhana, Sham'u-n, Mali-ka. Los que usó la mujer africana con la que el compañero de mi padre vivió en las cuevas de Baghouz. Les siguieron otros siete estudiantes de Najaf, luego se sumaron cuatro más.

—Baghouz es Siria —tiene fresca su memoria. Es selectiva.

—Baghouz es muchas cosas.

—El Estado Islámico se refugió ahí. Las incendiamos.

—Daesh. Todos nos hemos refugiado en una cueva. Otros las han incendiado antes.

La gente de Najaf sabe esconderse entre la roca. Hasan ibn Ali pudo ser el primero en nuestra época. Entre Najaf y Baghouz, de un punto al otro, hay quinientos kilómetros de nada. Desierto y tierra con helechos diminutos y pardos que no beben más que dos gotas de rocío en las madrugadas. La lluvia es escasa. Luego se escondieron los civiles de 2003, cuando las tropas norteamericanas asediaron la ciudad sagrada.

Dañaron la mezquita del Imán.

Baba no durmió esa noche. Se enteró por las noticias. Salió de la cama, tomó el álbum de fotos y dobló la única fotografía que guarda de su infancia. Mi madre la trajo consigo desde Tijuana. La trajo conmigo y se la puso encima de los brazos a la altura de mi pecho, cubierto por cobijas rodeando mi cara. Él me cargaba. Recuerdo de lealtad.

—¿La adopción fue legal?

—De habérmela ocultado estarían cometiendo falta.

A Hasan ibn Ali lo expulsaron del seminario por discutir la prudencia en la Ley del Jurista. A diferencia de Jomeini, creía que su pronunciamiento implicaba claudicar a la espera del *Mahdi*. Lo castigaron arrodillándolo con las palmas extendidas. La cabeza en medio de los hombros y los brazos. El *Marjah* le golpeó las yemas de los dedos con una vara fresca y larga de *balut*. Sin cortar, limar, ni pulir. Con los nudos de las bellotas para acentuar el impacto. Le golpeó hasta que se le borraron las huellas en la piel y se mostró la carne y ésta dejó de sangrar.

Tuvo que pedir ayuda cinco veces al día para rezar. Para limpiarse. Durante tres meses.

Baba no escuchó sus gritos. Tardó una tarde en encontrarlo, tirado en el suelo de un patio en una casa abierta. Al lado de una fuente sin agua, a las afueras de Najaf. Muy cerca del puente que cruza el río. Límite de la ciudad. A unos cientos de metros del lugar donde robaron al vendedor de turquesas. Lo levantó del suelo sin cuidar sus ropas. Las pintó de rojo por cubrirle las heridas para que no le vieran en la calle, en ese estado. Al entrar a su edificio subieron al cuarto donde dormía *baba*. Se asomó por la ventana. Su calle vacía. Salvo por una mujer marroquí que barría la entrada y ésta se volvía a ensuciar por los vientos de climas cálidos. Limpiaba con el pelo cubierto por un chador opaco. *Baba* la llamó. Subió al silbido de mi padre.

Dice que era la mujer negra más bella que había visto en su vida. Negra como la noche. Como la noche que me llamaba Amri por cariño. Dulce, generosa. Al caminar a la *masjid,* cuando era chico, repitió muchas veces que no tenía derecho a olvidarla ni a reclamarle nada a *madar*. Lo curó. Por sus cuidados sanaron las manos de Hasan ibn Ali.

Había salido de su país con otras mujeres para el peregrinaje a La Meca. Cometieron errores en la ruta del *Hajj* por seguir los rayos del sol y no los de la luna. Sólo ella se salvó de Argelia, de Libia, de Egipto, del *West Bank*. En Jordania, su soledad viró al norte y nunca pisó Medina. En Najaf trabajaba de sirvienta para evitar nuevos infortunios y para poder pagar un boleto de camión que la llevara a la península.

—¿Qué les pasó a las otras mujeres?

—Dice *madar* que encontraron marido.

Tras el castigo, Hasan ibn Ali se quedó en la ciudad. Oculto. Todos nos ocultamos. Algunos por más tiempo. Ocultaciones menores o mayores. Veintidós días o sesenta y nueve años. Da igual. *Baba* le llevó *kleichas* de dátil durante su convalecencia.

Le leía y la instruía, mientras le pasaba las páginas del Corán y lo escuchaba recitar suras. Recitaban juntos. Por las noches, ella remojaba algodones del cuello de una botella de arak y limpiaba sus yemas. Los secaba con soplidos. Casi besos. Primero apareció una capa blanca y viscosa. Semanas después se tornó amarillenta y más sólida. A los días comenzó a secar. Su salud era tan fuerte que no arrojaba olores. Volvió a tener piel, perdió toda sensibilidad. Fue capaz de sostener el carbón sin quemarse. *Baba* recuerda verlos jugar, parados uno frente al otro. Ella con las manos sobre sus palmas intentado recuperarse, aparentado una araña muerta y de cabeza. Hasan ibn Ali, *abu*, movía sus dedos como si le hiciera cosquillas. Movimiento hacia abajo. Veloz. Instantáneo. Golpe a los dedos. Nada. Doscientos golpes

sobre las cicatrices sin el menor estupor o daño.

Se unieron en *sigheh* muchos años antes de que la ley en Irán lo nombrara, y se hiciera popular entre los adolescentes para conocerse y dormir juntos sin desobedecer las reglas. Los jóvenes han seguido la tradición y las soluciones del Profeta. *Baba* ignora cuánto tiempo duró el matrimonio temporal y si lo renovaron frecuentemente. Si el najafí dispuesto a preguntarles una primera vez se atrevió a hacerlo en otras ocasiones.

Hasan ibn Ali se despidió al entregar el Nastaʿlīq. Aprovechó la luna llena para tomar camino rumbo a Siria, a Baghouz. Viajaron junto a otros siete escolares.

—¿Cuál era su nombre?

—Fatimah.

—¿Como su madre?

—Ella.

Narwani se empuja de la mesa. Separa del respaldo. Toma su pluma y la libreta de Pirsing. Apunta el nombre de mi madre. Dos veces. Busca su taza. Reflejo e instinto. Mira a través de las ventanas. El oficial aún no vuelve.

Madar levantó el teléfono en 1988. Su cable era largo, de unos diez metros. Amarillo casi crema. Lo compraron para hablar al caminar de la sala a la cocina. Según ellos, podían entrar un par de pasos dentro de su cuarto y ver la televisión.

Al contestar y pronunciar su nombre a manera de saludo la línea se quedó muda. *Aló, aló*. *Baba* detectó el romper del silencio y tomó el auricular de su mano: Tariq Najafi. Buenas tardes. *Baba* es un hombre amable que saluda todo el tiempo.

Vengo de una zona del mundo que se ha destruido antes de ponerse de acuerdo en cómo hacerlo. Ni a la muerte le hemos permitido tener orden. Somos el recuerdo de lo que creímos que podríamos ser. Somos la presencia de aquello que fuimos. Pero fuimos más nuestros propios escritos y dichos que la verdad de lo que sucedió. Porque si aceptáramos qué hicimos no nos atreveríamos a vernos a los ojos y llamarnos comunidad. Sólo que siempre hemos dicho que la comunidad es lo que más nos importa.

Esperamos al *Mahdi* por una sola razón: la incapacidad de resolver nuestros problemas.

Para 1988, en Siria, el gobierno de Hafez al-Assad mantenía la persecución contra los Hermanos Musulmanes. Seis años después de la masacre que ordenó en Hama, se corrió el rumor de la presencia de miembros de la Hermandad en las cuevas de Baghouz.

Las tropas de la Cuarta Brigada subieron la montaña. Tiraron latas

de gas y prendieron fuego. Al huir del humo y el escozor los golpearon.

—¿No eran los Hermanos?

—Era Hasan ibn Ali, ella, y los once creyentes que les siguieron.

—¿Cómo supo esa historia?

—Se la contó Hasan ibn Ali a mi madre en Tijuana.

Baba y él hablaron por teléfono durante horas. Se encerró en la cocina, pasó el cable por debajo de la puerta abatible con ventana de claraboya y cocinó el café que bebió solo. Preparó una segunda jarra para que mi madre lo perdonara.

Salió cargando el aparato y sosteniendo, en la otra mano, un papel con la dirección de un restaurante, mitad tugurio, en la avenida Revolución. Dejó el teléfono en el desayunador y arrodilló frente al sofá. Se disculpó sentado en el suelo. Le abrazó las pantorrillas y suplicó por haberle mentido al decirle que por siempre sería Fatimah.

Madar cruzó la frontera con su pasaporte americano. Acordaron que habría una mesa reservada para la señora Radhiah en el lugar donde se encontró con Hasan ibn Ali. Ninguno de los dos se sentiría cómodo al pronunciar el verdadero nombre de mi madre.

Al cumplir seis años me llamaron a la sala.

Madar contó que al salir de la cueva de Baghouz los golpearon como si *siete vacas gordas se comieran a siete vacas flacas*. Al verla embarazada los militares le patearon el vientre. La empujaron por una vereda y rodaron aventándole piedras a la panza. Amenazaron con asesinar a sus hijos y avergonzar a las mujeres. A los doce hombres les sostuvieron por la espalda para que la vieran. Hasan ibn Ali les respondió a gritos que no tenían derecho a usar las palabras del dictado. Los abandonaron al no distinguir la sangre y las lágrimas de la tierra en sus caras, sus ropas y sus extremidades. Encima del cuerpo desvanecido recitó con culpa: “tener al vengativo de maestro es tener a un muy mal maestro. Maestro pródigo, hermano de los demonios”. Le contó a *madar*.

No tema preguntarme si la mataron, agente Narwani. Usted que ya no teme nada, tema mi respuesta.

Respiraba. Quedó con vida. La suficiente para sentir los dolores de un hijo dentro. Para avisarle al padre de su hijo de lo evidente y consolarlo.

Antes de morir, le rogó que mientras viviera hiciera lo imposible por *impedir que los opresores se ataviaran con el vestido de los hipócritas y formaran parte de la oración*. “Ellos no, Abu Muhsin.” Y *madar,* conmigo al frente, cargando el juguete sin abrir que me obsequió Uthman, pronunció esas mismas palabras así lo hubiera escuchado

ella.

Era un caballo de plástico, montado por un policía.

Bajaron de la llanura que rodea las cuevas con sus últimas contracciones. Cuando no pudieron avanzar más, le pidió al menos herido de sus compañeros que le diera el *ghameh*. Éste se lo quitó del cinto. Depositó en la mano derecha. Desvainó el cuchillo, recorrió con su yema el doble filo sin sentir corte. Con el acero de Damasco entró a la carne, capa por capa, para abrir el útero. Su mango pequeño y guarda recta permitió la precisión que salvó una vida. La mía.

Había pasado del tiempo. Llevaba más de nueve meses de embarazo. Entre los que bromearon en la antesala de *shawwal*. Su última broma. El décimo mes. El de la ocultación del Imán.

Antes de Saint Vicent fui registrado en Qa'im. El primer pueblo del lado iraquí de la frontera, en el camino a Najaf.

Lo más parecido a ello. Imprimió mi nombre en un libro de familia. Fatimah escrito en tinta negra por uno de sus compañeros. Las manos nunca volvieron a tener fuerza para que sostuviera el cálamo. Por el libro pude viajar entre hemisferios y *madar* me llevó en brazos de lado a lado de la frontera.

Volvió a Estados Unidos esa tarde.

En el hospital de Pasadena no hicieron una sola pregunta. Aceptaron en la credulidad que la tradición alentaba el parto en casa y reclamaba un mes sin salir de ella. La madre de Amri les dio a las enfermeras los detalles exactos, explícitos, escatológicos. La felicitaron.

Aquí se felicita por lo que uno no hace.

Pasé tres semanas en cuidados. Aislado. Precaución por higiene y enfermedades. A *madar* y a *baba* los trataron como amish. Llevó su *lota* al hospital y le negaron la entrada.

—Dos cafés calientes.

Pirsing ha abierto la puerta con su antebrazo. Presionó la manija sin derramar gota. De un golpe de cadera se empujó al interior. Pone la taza de cerámica frente a la agente Narwani. Lo ve de ida y vuelta sin atención. Sin cerrar la boca. Sin aligerar la mirada que lleva minutos rechazando el parpadeo. Le aproximo el plato. Ve las galletas. Niega con un ademán. Con el dedo.

Algunos suspiros expelen aire frío.

Me llevo la mano al pecho.

Valdría la pena esperar a que se corte la penumbra de las verdades. *Madar* enseñó a ser compasivo con lo diáfano.

Separo el aire que nos divide. Las palabras otorgan la facilidad de una hoja alveolada. Me reclamó que faltaban piezas. Pequeñas. Esas

puestas en el tablero para evitar intrascendencias.

—Los seguidores de Jomeini le buscaban por enterrar a su mujer en Najaf, en Baghouz y en Medina. La provocación era mayúscula.

La enterró en tres tumbas falsas. Nadie profanaría el cuerpo.

Pirsing asoma discretamente a las notas de Narwani.

—Estoy perdido, ¿qué provocación? —tengo que reconocerlo. Extrañaba al oficial.

—Sobre una de las tumbas quiso construir una *masjid*. Se lo prometió. Colocó una alfombra apuntado a La Meca. Usó las estrellas para guiarse. Ahí rezaron los apóstatas. En las otras puede que descanse la hija del Profeta. La única que llegó a la vida adulta y le dio herencia. *Sayyid*. Madre de los creyentes.

—¿Por qué ahí? —Narwani no escatima tacto ni miseria.

—El peso gravado en las lápidas. Nuestra fe es práctica.

Narwani da un sorbo de su taza.

—Tiene razón. Nuestro café no es bueno.

Pirsing desiste en levantar su vaso de cartón. Ella señala los recortes de periódico a mi lado de la mesa.

—¿Puede?

Los tomo uno a uno y voy apilando. De grande a pequeño.

—No se apure. Todos juntos.

Me detengo en la foto del Gran Sheik Bizhan Hussain Najafi con Abu Kavan al Muhandis.

—¿Puedo quedármela?

—Puede acompañar al oficial Pirsing. No creo que llueva de noche. Podrán fumar tranquilos.

Repliega sus piernas a la silla. Impulsa hacia atrás. Se levanta. Abre su carpeta. Le entrego los papeles. Pirsing le sigue en acto de cortesía jerárquica. Ella recoge los que le quedan cerca. Cierra. Retira los lentes. Dobla y guarda en el bolsillo frontal del saco. Con maestría cierra el botón superior. Da vuelta y jala la puerta. Ha dejado las hojas dobladas. Se detiene bajo el marco.

—Señor Najafi. ¿Qué dijo su padre después de colgar el teléfono?

—¿A *madar*? Que era momento de aceptarlo. Le recordó que nunca sería madre —señalo mi abdomen.

—La puerta en Teherán, claro —con el dedo acomoda sus lentes. Acerca el armazón a las cejas.

—Hablaron de la rotura en sus entrañas. Del interior de la cicatriz. De los higos y el cordero que comerían en su boda. Los comieron. Un primo de Abu Hasan mandó una caja con dátiles de Medina. El Ayatola la obligó a adoptarme. La generosidad de *baba* y *madar* fue la más grande. Un acto de justicia al fin de los tiempos.

—Jomeini. Correcto.

Avanza por el pasillo. Sigue de largo a la familia de viejos. Vuelve a detenerse. Niega ligeramente con la cabeza. Regresa. Camina al mostrador principal. Pasa al área delimitada para el personal de la garita. Se dirige a los abrigos. Toma un impermeable. Es amarillo. Letras azules para el nombre de su agencia.

El oficial indica mi mochila. Me pongo de pie. La cargo. Llevo al hombro. Quito los lentes y sostengo en mi mano. Los he vuelto a ensuciar.

—Señor Najafi, había dicho que tenía una sospecha.

—La tenía.

—¿Puede decirla ahora?

—La agente Narwani.

—¿Dijo algo inapropiado?

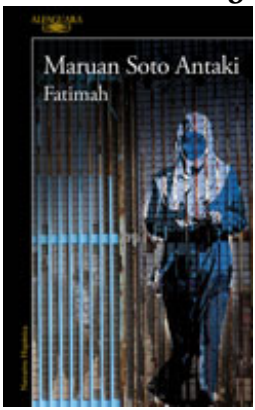
—Creía haber descubierto al *Mahdi*.

Sergio Gálvez

Maruan Soto Antaki es autor de las novelas *Casa Damasco* (Alfaguara, 2013), *La carta del verdugo* (Alfaguara, 2014), *Clandestino* (Alfaguara, 2015), *El jardín del honor* (Alfaguara, 2016), *El mal menor* (Alfaguara, 2018), y de los ensayos *Reserva del vacío. Ensayo sobre la muerte como invención literaria* (Taurus, 2015), *Pensar Medio Oriente* (Taurus, 2016), *Pensar México* (Taurus, 2017) y *Pensar Occidente* (Taurus, 2018). Es una de las voces referentes en México para analizar el mundo árabe. Colabora con distintos medios nacionales e internacionales, donde trata temas relacionados con Medio Oriente, cultura, política, religión y filosofía.

@_Maruan

«Nosotros no migramos. Nosotros nos vamos al exilio.»



En medio del *Muslim Ban*, Muhsin Najafi, un estudiante norteamericano de origen iraní, es detenido al intentar regresar a su país desde Tijuana. En el interrogatorio se adentra a las intimidades de la Revolución Islámica, así como de una generación de iraníes a los que, en 1980, el gobierno de Estados Unidos, tras el secuestro de su embajada en Teherán, transformó en indocumentados al anular sus visas.

Confundido con árabe, Muhsin tiene que explicar su raíz persa y justificar la identidad del exilio. Nombrado en honor al nieto de Mahoma que no llegó a nacer, su apellido coincide con el de un clérigo iraní, enemigo del ayatola, que parece estar usando la tradición chiita para conformar una organización rival.

Inspirado en la vida de Fatimah, única hija del Profeta que llegó a la vida adulta y le dio herencia, el juego con los textos sagrados del islam sitúa a la mujer en el punto más alto de la religión y acusa la condición a la que ha sido sujeta.

Maruan Soto Antaki hace de la historia de Muhsin Najafi el relato de la familia de Mahoma, para escribir una novela que se desarrolla en el conflicto actual de Occidente con Irán y de la relación de Estados Unidos con México.

Fatimah

Primera edición digital: noviembre, 2019

D. R. © 2019, Maruan Soto Antaki

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Estudio Sagahón, por el diseño de portada
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://cempro.com.mx) ISBN: 978-607-318-662-9

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice
Fatimah
yek
do
se
chahâr
panj
shesh
haft
hasht
noh
dah
Sobre el autor
Sobre este libro
Créditos